

PENELOPE DUNN

A romantic couple is shown in a close embrace, about to kiss. The man, on the left, has dark hair and a beard, and is wearing a white shirt that is partially unbuttoned. The woman, on the right, has blonde hair styled in a braid and is wearing a dark, low-cut top. They are positioned in front of a window with light blue curtains. The overall mood is intimate and sensual.

*Compartiendo
la misma*

CAMA

Compartiendo la misma cama
Ella busca recuperar lo que es suyo, él
encuentra mucho más

PENELOPE DUNN

Sin vosotras nada de mi trabajo e imaginación sería posible.

*Gracias por dedicar vuestro valioso tiempo a leer cada una de mis líneas y compartirlo con
más gente.*

Gracias a cada una de ustedes, mis fieles amigas.



Copyright: Publicado en Amazon

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en sistemas de ninguna forma o por algún motivo, ya sea electrónica, mecánica, fotocopia, grabado o transmitido por otro medio sin los permisos del autor. Por favor, no participe o anime a la piratería de este material de ninguna forma. No puede enviar este libro en ningún formato.

CONTENIDO DE LA NOVELA

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[EPÍLOGO](#)

CAPÍTULO 1

ANA

Estoy totalmente impresionada. “¿Cómo dices?”, pregunto.

“Es absurdo”, manifiesta con sorpresa mi hermana menor.

El abogado de mi padre, Alexis, intenta mostrarse relajado y peina su cabello suavemente. No tengo motivos para desconfiar de él. De hecho, confío totalmente en cada una de sus palabras y acciones. Ha laborado tantos años para nosotros que se considera un integrante más de nuestra familia.

“Sé que papá no sería capaz de atreverse a hacer eso. Supongo que todo es una equivocación. Es realmente insólito”, digo en voz baja, pero él niega con su cara.

“Quiero ver su testamento, por favor, porque pienso lo mismo”, dice Natalia.

Le cede los documentos a mi hermana. “Ana, Natalia, era su voluntad, se los aseguro”, dice viéndonos fijamente. “Yo mismo escribí su testamento, luego su padre lo leyó, estuvo de acuerdo y firmó los papeles necesarios. Era su voluntad, se los aseguro”.

Hablamos sobre ese tema con mamá unos días antes de la partida definitiva de nuestro padre. Por eso, Natalia está tan asombrada como yo. Entiendo lo que está pensando, pues el mismo pensamiento atraviesa mi mente.

En ese momento, nos acercamos a la cama de nuestra madre. Sabíamos que solo podíamos brindarle calidad de vida, porque su enfermedad la había deteriorado tanto que ya no era posible sanarla. Esperábamos que se sintiera bien en sus últimos días de vida. “Quisiera pedirte algo”, reveló mamá en voz baja.

Estaba dispuesta a hacer cualquier cosa que me pidiera. “Seguro, mamá”, le dije, con toda la seriedad del mundo.

“Quiero pedirte que hagas todo lo necesario para conservar nuestra casa. “Siento que este hogar es parte de nuestras vidas. En estos muros están las historias de mis padres y mis abuelos. Hay vida aquí, lo sé. Esta ha sido mi casa desde que nací. Lo mismo pasó con mis padres, y con ustedes. No quiero que nadie, salvo tú, se haga cargo de ella. Como eres la hija mayor, debes prometérmelo. Quedará en tus manos, así como mi madre la dejó en las mías al partir para siempre. Debes cuidarla hasta que tengas un hijo y puedas dárselo como herencia familiar también. Debemos... conservarla”, dijo, tomando mi mano con la poca fuerza que le quedaba.

“Te lo prometo, mamá”, dije con fuerza.

La idea de que otra persona comprara nuestro hogar no había pasado por mi mente hasta ese momento. Esperaba tener hijos y que crecieran en ese espacio, al igual que mis sobrinos, si Natalia finalmente decidía tener hijos. Era nuestra casa, y mi deseo era que siguiera siéndolo mientras estuviéramos vivos. No podía estar en otras manos que no fuesen las mías, porque era parte de nuestra identidad y nuestras vidas, como decía mamá.

Esperaba honrar ese compromiso, y no me importaba si eso implicaba cualquier sacrificio. Sin

embargo, las cosas estaban cambiando. Al parecer, alguien me lo quitaría. *Nos* lo quitaría.

Esa persona era Cristina. Nos quitaría nuestro hogar, ese que mi madre adoraba con toda su alma.

Cristina estaba sentada en silencio, y su atuendo negro de pies a cabeza le ayudaba a simular que de verdad lamentaba la pérdida de papá. “¡Papá no le habría heredado La Estancia a esa... mujer!”, dijo Natalia con fuerza. “Ella no simpatizaba con este lugar, o, mejor dicho, lo detestaba, y él era consciente de ello. Dijo que era una montaña de excremento. ¡Lo dijo en las narices de papá!”, dijo, señalando con su mano a nuestra madrastra.

“Entiendo, Natalia, y no sabes cuánto lo lamento. Realmente tengo las manos atadas. La Estancia, el área circundante y todas las hectáreas de bosque cercanas pasan a manos de Cristina por decisión de su padre”, dice nuestro abogado, y nos ve con una expresión de melancolía.

Papá había dicho que dejaría la casa en mis manos. Entendía lo especial que era el lugar para nosotras, en especial para mí. Mamá le había pedido como último deseo que me la dejara como herencia. Y la había puesto a mi nombre, pero solo por un tiempo, con la única finalidad de evadir impuestos.

Había sido idea de su contador. Luego le había asegurado a mi madre que, al fallecer, la pondría permanentemente a mi nombre. Fui testigo presencial de ese hecho. Incluso había llorado al momento de decírselo. Entonces me siento en el borde de la cama. Aún no creo lo que está sucediendo. No entiendo cómo es posible.

Ahora soy yo quien cree que va a llorar. No puedo creer que nuestro padre haya faltado a su palabra y nos haya dejado a nuestra suerte. ¿Por qué lo haría? No lo entiendo. Lo acompañé hasta el día de su muerte. “Ana, hija adorada, te amo”, susurró. “Eres mi hija mayor. Has sido mi favorita desde que naciste. Organicé todo para que nadie ajeno a nuestra familia te perjudique ni te quite la casa”, dijo. Sostuve su mano durante su último aliento y me vio fijamente.

¡Hizo todo lo contrario a lo que dijo que haría!

“De todos modos, su padre preparó todo para que ambas puedan vivir en el apartamento que dejó en El Rosal, si Cristina acepta. Pueden estar tranquilas. No van a quedarse en la calle”, dice Alexis, tocando el hombro de Natalia.

“Creo que no es necesario oír nada más sobre casas”, responde Cristina. “¿Eduardo me legó algo más?”, dice. Se nota su molestia.

“Desafortunadamente, no. Solo ese apartamento y una pensión de por vida que podrás disfrutar hasta que mueras”, revela con crudeza Alexis.

“¿Nada más?”, pregunta con fuerza. “¿Ese viejo tacaño no me dejó nada, nada más?”.

“No”, responde Alexis.

Su cara muestra su creciente molestia. “¿Pero y la empresa? Las prendas antiguas de oro, la casa en Canadá y la de Malta...”, pregunta.

Alexis respira con fuerza. “Lo repartió entre toda la familia. De todos modos, la suma mensual que recibirás es alta. Creo que tienes suerte”.

“¿Alta? No quiero pensar cómo sería si fuese baja”, le dice con altivez. “Merezco mucho más, por todo lo que me esforcé por nuestro padre. Ese viejo avaro y vil no me dejó nada más, a pesar de

que tuve que limpiar su tras...”.

Me levanto con furia. Aunque no sé cómo lo hago, me pongo de pie y camino hacia Cristina. Le doy una bofetada en su mejilla izquierda, y el sonido que produce mi movimiento es tan fuerte que retumba en las paredes.

Cuando puede voltear, noto la expresión de odio genuino en la cara de Cristina. No obstante, entiende que sus acciones me han hecho perder la compostura y olvidar mi educación, así que frena sus deseos de levantarse y golpearme.

Natalia sonríe ante mi osadía. Es la primera vez que lo hace durante la reunión.

“Vete. No mereces estar en este hermoso hogar. Solo eres una puta malvada que se casó con mi padre por dinero. No entiendo qué vio mi padre en ti. Quiero apretar su garganta, pero no lo hago. “Será mejor que salgas de aquí”, le grito en cambio, con fuerza.

“Yo sí lo sé. No es ningún misterio. Sé cómo cabalgar un pene. Soy más talentosa que muchas otras mujeres. Tal vez pueda enseñarte a hacerlo. Creo que te hace mucha falta aprender de ese tema”, dice, y empieza a reír abruptamente.

“¡Me das asco!”, lanza Natalia.

“Sal, o te sacaré a patadas”, le exijo, con mis manos apretadas.

Cruza sus brazos antes de salir. “Lo haré, pero antes de hacerlo les diré que voy a vender esta mierda. Quiero que antes del lunes desocupen este espacio. Si no lo hacen, lo lamentarán”, informa, sonriendo maliciosamente mientras nos mira.

CAPÍTULO 2

ANA

Creo que voy a tener un infarto. Mi corazón acelerado hace que piense en ello. No puedo decir ni una palabra. Tampoco sé qué pensar.

“Ana, ya puedes estar tranquila. Esa loca se fue”, dice Natalia, y pone su mano en mi muñeca.

Se me ocurre una idea y empiezo a hablar con mi voz quebrada. “Usaré mi asignación mensual para comprar esta casa de una vez”, digo. Subo mi mano y sujeto con fuerza la de Natalia. Giro para ver a Alexis.

Pero él niega con su cara. “Eso no va a pasar”, dice. Lo veo con asombro.

“Por otra razón desagradable, supongo”, dice Natalia.

“Lo que sucede es que puedes disponer de ese dinero solo cuando cumplas veintiuno”.

“¿Cómo? ¿Qué llevaría a nuestro padre a decidir algo así?”, digo. La noticia me sorprende aún más y crea más incertidumbre.

“Algunas personas mayores toman ese tipo de decisiones cuando sus hijos son adolescentes o llevan una vida... un poco intranquila. También lo hacen porque consideran que quienes rodean a sus hijos podrían engañarlos o hacerlos caer en trampas terribles”, dice Alexis, y luego gruñe ligeramente y levanta sus manos.

“Ya tengo veinte. La gente que me rodea tiene buenas intenciones, y llevo mi vida con tranquilidad. Papá era consciente de ello”.

Alexis encoge sus hombros y se queda en silencio.

Suspiro y caigo en un sofá cercano. Entiendo que ese diván está allí porque papá quería que sus clientes se sintieran cómodos al visitarlos, pero ahora siento que es parte de una historia. La historia de terror que estoy viviendo por sus decisiones.

Mis manos están atadas mientras el espacio que ha sido el hogar de nuestra familia por cinco siglos es vendido como un pedazo de madera. Quedará en manos de gente ajena a la casa. Sé que podrían remodelarlo por completo. Incluso tirar todo. Tal vez usen el espacio en el que está enterrada mi abuela y mi madre para construir algo más. No puedo dejar que lo hagan. Ahora que lo pienso, me doy cuenta de que no hubiera imaginado, por muy pesimista que fuese, que viviría todas esas cosas tan terribles durante la lectura del testamento de papá.

Natalia camina hacia mí, se arrodilla y toca mis manos.

“Tiene que haber algo que podamos hacer. Quiero conservar La Estancia. Fue el juramento que le hice a mamá. Le aseguré que siempre sería parte de nuestra familia, como ha sido hasta ahora”, digo, y subo mi cara para ver a Natalia.

“¿Sí hay algo que podamos hacer?”, le pregunto mientras me levanto con prisa. Él frunce su ceño y luego sonrío ligeramente, aunque su expresión no indica nada más.

Se quita sus gafas para limpiarlas y yo tomo aire en espera de su respuesta.

Natalia también está expectante.

“Puedes hacer algo, aunque tal vez no quieras hacerlo”, responde, revisando los documentos frente a él.

“Cuéntanos”.

Aclara su garganta y me ve fijamente. “Como habrás notado, ustedes tienen el cuarenta y ocho por ciento de las acciones de la compañía de su papá”.

Natalia no entiende nada. Yo también siento que me habla en otro idioma.

“No lo había notado. Y es cierto. No sabía nada sobre el asunto. Solo había escuchado que ya no seríamos dueñas de La Estancia. Continúa, por favor”.

“Antonio José Vélez es el dueño del cincuenta y dos por ciento restante”, dice. Natalia abre su boca de par en par.

Antonio José Vélez. Es un hombre con cabellera negra perfectamente cortada, una piel dorada por el sol, perforaciones en algunas partes de su cuerpo, una expresión desafiante en sus ojos y una anatomía trabajada durante años en un gimnasio. Su cara es provocativa, pero por lo que había dicho papá, no debía dejarme llevar por esa apariencia seductora. Es un tipo diabólico para los negocios. Negocios que se tratan casi siempre de comprar empresas. Empresas que se mostraban débiles o con resultados negativos inesperados. Hacía ofertas hostiles a los accionistas para comprarlas e insistía hasta que lo lograba. Aunque me siento cada vez más confundida y perdida, la imagen de Antonio Vélez llega paulatinamente a mi mente.

“¿Antonio José Vélez tiene la mayoría de las acciones de la empresa?”, pregunto, con mi voz expresando mi incredulidad.

“¿Dime que es mentira!”, pide Natalia.

Alexis niega con su cara. “Es verdad. Adquirió esa mayoría accionaria hace dos o tres años”.

Dos o tres años, pero yo no sabía nada de nada. Recordé que papá siempre me contaba lo que sucedía en la compañía. Lo había hecho desde que yo tenía diez años, para despertar el interés de mi hermana y el mío en la compañía. Tomo aire y levanto mi cara para intentar pensar con claridad.

¿Por qué papá lo habría hecho? Solo una razón llega a mi mente: la empresa estaba tan mal que la única solución que había visto mi padre era cederle la mayoría a Antonio. Papá había vendido parte de la compañía a ese sujeto sin decirnos nada. Se había desprendido de la mayor parte de su empresa, la que había fundado y planeaba dejarnos como herencia, supuestamente, a un cazador de empresas en aprietos que seguramente la desgazaría para venderla otra vez y ganar más dinero.

“¿Por qué? ¿La empresa tenía dificultades?”, le pregunto.

“Hasta donde recuerdo, siempre tuvo buenos resultados”, dice Natalia.

“Los tuvo. La empresa era exitosa. Me parece que la participación de Antonio la hizo más exitosa de lo que ya era. Creo que vender las acciones fue el mejor negocio que pudo hacer su papá”.

“¿De qué modo se relaciona ese señor con La Estancia?”, pregunto. Otras interrogantes aparecen en mi mente.

“De ningún modo. Sin embargo, en el testamento queda claro que, si una persona tiene el setenta por ciento o más de las acciones de la compañía, tendrá la potestad de parar la venta o alquiler de la casa o el terreno alrededor. Queda claro que ustedes no llegan a esa cifra, pero en caso de que... de que... te convirtieras en la esposa de Antonio Vélez... Cristina no podría vender la casa, y la comprarías cuando cumplas veintiuno, con tu herencia”.

Natalia abre sus ojos de par en par.

“Es un chiste, ¿verdad?”, pregunto. Mis ojos también están muy abiertos.

“No. Solo haciendo eso podrás quedarte con La Estancia”.

¿Entonces deberé casarme con Antonio Vélez para conservar la casa?

CAPÍTULO 3

ANA

¿Cómo es posible que esto ocurra? Debo estar en otro planeta o en un sueño macabro. No encuentro otra forma de entenderlo. Creo que alguien me arrojó a una realidad paralela.

“Hermana”, dice Natalia en voz baja, haciéndome volver a la realidad. “Te aseguro que todo estará bien. No te preocupes”. Da un paso y toca mi mano con delicadeza.

La incertidumbre me consume. Veo su cara. Intenta darme aliento, a pesar de su corta edad. Solo tiene dieciséis, por lo que debo ser yo quien afronte la realidad con todas mis fuerzas. Me he encargado de todo tras la muerte de mamá, aunque cada día que pasa creo que lo hago peor. ¿Qué debo hacer ahora? ¿Cómo enfrento la situación? Honestamente, no tengo idea. Giro para decir algo, pero me cuesta hablar.

Aunque no nos parezcamos en nada, somos hermanas de sangre, y tenemos un vínculo muy fuerte. Estoy dispuesta a hacer lo que sea por cuidarla. Ella intenta sonreír, algo que yo no haría en este momento, para brindarme tranquilidad, y levanta su cara, radiante como el sol. Sé que es la misma sonrisa que tenía mamá. Los ojos verdes de Natalia también tienen el tono de la mirada de nuestra madre. Mis ojos negros, así como el matiz dorado de mi cabellera, en cambio, son herencia de nuestro padre.

“Sé que encontraremos una solución. No te preocupes”, dice, reiterando su frase.

“¿Cuál?”.

“Me casaré con Antonio”, responde, sonriendo otra vez. Ahora se ve un hoyo en su mejilla derecha.

“¿Qué sentido del humor tienes”, digo. Sonrío ligeramente.

“De hecho, lo haría gustosamente”.

“Natalia, ¿qué cosas dices? Solo tienes dieciséis. Ese hombre casi te dobla la edad. No permitiré que te cases con él”, digo. La convicción con la que lo dice me hace abrir ampliamente los ojos.

Agita su cara con desdén. “Eres excelente... para arruinar mis planes”, dice, y yo cruzo mis brazos y volteo. No quiero ver más su cara por los momentos.

“Ojalá nuestro padre no hubiera conocido a esa arpía”, exclama con ira.

El tono ardiente de sus palabras me hace girar para verla. ¿Cómo era posible que detestara tanto a Cristina y yo no lo supiera? Siempre estaba en la secundaria, por lo que apenas compartía unos ratos con ella.

Apenas habían estado juntas por unas semanas de vacaciones. Además, Cristina aún no había afilado sus garras. Había estado a la altura, pues nos hospedábamos en casa de un ministro sueco, su hermosa esposa y sus lindos y rubios hijos.

Mi hermana empieza a llorar.

Entiendo que nuestro padre tenía el derecho de volver a casarse. Además, estaba segura de que

nuestra madre hubiera deseado que él continuara con su vida y compartiera sus días con una mujer que lo hiciera muy feliz, aunque esa idea de felicidad implicara para Cristina otras cosas. Imagino que él fue feliz con ella, sobre todo al principio de la relación, aunque ya yo no quería recordar los motivos ni indagar otros. Era una mujer mucho más joven que papá.

No entendía cómo un hombre experimentado e inteligente como él no había podido detectar sus verdaderas intenciones. “Natalia, no te pongas así. Sé que papá estaba contento con ella”, le digo suavemente, aunque sé que miento.

Tal vez la soledad y la tristeza por la muerte de mamá lo llevaron a estar con ella. Seguramente papá quería volver a vivir esa inexplicable química que tenía con nuestra madre, o simplemente quería disfrutar la compañía de una mujer tras las agotadoras horas de trabajo intenso en la empresa. Conocía esa sensación de tristeza. Yo también la había sentido cuando mi madre partió.

Pero no entendí la verdadera razón del fracaso de su segunda unión. Solo sé que no salió bien. Cristina mostró sus verdaderas intenciones poco tiempo después. Dormía en el apartamento de El Rosal casi siempre, para no presenciar sus discusiones. Visitaba a papá solamente los días feriados o los fines de semana. La tristeza y la soledad de nuestro padre era evidente, pero no había manera de ayudarlo.

Pero ahora sí podía ayudar a mi familia, en especial a mi hermana menor. Entonces me levanté y vi a nuestro abogado. “Voy a contactarte en el transcurso de esta semana. No te imaginas la gratitud que siento por tu labor con nosotros a lo largo de estos años”, le digo y luego giro para tomar la mano de Natalia. “Natalia, debes acompañarme. Hay muchos asuntos que resolver”. Ya pensaba en lo que podía hacer.

CAPÍTULO 4

ANA

Entro en el apartamento de El Rosal y de inmediato noto el lujo del lugar, lleno de grandes cuadros y ornamentos de plata. Veo su traje, una combinación de pantalón ceñido y una blusa de seda. Su pequeña gata está acostada en una almohada sobre el sofá de cuero. “¿Viniste a decir que lamentas haberme dado una bofetada? Sinceramente, me cuesta creer que lo hagas”, revela Cristina cuando me ve.

“De hecho, sí quiero disculparme. La ira impidió que pensara en lo que estaba haciendo. Es la primera vez en veinte años que le doy una bofetada a alguien.”.

“De todos modos, supongo que te emocionó hacerlo”, dice, frunciendo su ceño. No entiendo la cara de asombro que pone después.

“No lo disfruté. Es obvio que no podría hacerlo. Ya te dije que la rabia no me permitía pensar con calma”.

“Ya no importa. De todas maneras, no aceptaré tu fingida disculpa. Sé que no es sincera. Además, ‘quiero disculparme’ es una simple expresión. Si realmente lo sientes, demuéstremelo. Permite que yo también te abofetee”.

Entiendo que es una arpía, como dijo Natalia. Le propiné una bofetada en un momento de ira y suma confusión. Me había dejado llevar por las emociones, cegada por la forma en la que se había referido a mi padre, quien ya no podía defenderse. Ahora, no obstante, con la cabeza fría y el tiempo que había pasado, igualmente ella quería pegarme, solo para vengarse de mí y mostrar su poder.

Quise salir rápidamente de ahí, no volver nunca más, pero pensar que tendría que casarme con Antonio Vélez me causó más pánico que pensar en recibir una bofetada de ella. Cierro los ojos y los abro otra vez. “De acuerdo. Puedes darme esa bofetada ahora”. Abro mi boca, con miedo, y siento que llegará a mi pecho.

Su gata levanta la cara para verme. Al parecer, entiende cómo me siento.

Ella se levanta del sofá y se queda inmóvil. Aunque su tamaño no me intimida, sus tacones altos la hacen ver como si fuese un gigante ante mi pequeña estatura. “Muy bien, nena”, le dice a la gata antes de verme.

Sé que quiere hacerme lo mismo que le hice, pero es distinto, porque el deseo de lastimarme y vengarse es muy fuerte. Se dirige hacia mí. Camina con firmeza y noto la alegría en su cara.

“¿Preparada?”, me pregunta. Cuando está a unos centímetros de mí, me muestra su sonrisa malévola.

“Como nunca”.

Lleva su mano derecha atrás y luego la impulsa con fuerza hacia mi mejilla. Siento que voy a llorar, pero contengo mis lágrimas con todas mis fuerzas. Evito darle el gusto de que vea mis lágrimas. Su movimiento produce un ruido tan poderoso que me altera. Mi rostro me pica. Se va

hacia la derecha, pero rápidamente la muevo. Siento que voy a encenderme pronto, pero evito tocar mi cara dolorosa. “Supongo que mi deuda está saldada”, le digo.

“Así es”, dice, jadeante de emoción.

Subo mi cara para verla, sin parpadear.

“No te imaginas por cuánto tiempo he querido darte esa deliciosa bofetada”, dice, y luego gira. Se sienta otra vez con su gato y frota la mano que usó para golpearme. “Dime a qué viniste realmente”, me pide, aunque ya sabe el motivo de mi visita. Me muestra una ligera sonrisa.

“Quiero que nos vendas La Estancia”.

“¿Cómo lo harás si no puedes usar tu dinero por ahora? ¿Cómo la comprarás? ¿Piensas prostituirte?”, pregunta, y frunce su ceño, aunque su expresión es fingida. Sé que quiere avergonzarme más de lo que ya lo ha

“Venderé... Natalia y yo venderemos nuestras acciones. Conversamos con el contador. Nos dijo que las acciones valen casi el triple que La Estancia”, digo, antes de tragar grueso.

Baja su cara y toca a la gatita. “Me cuesta creer que eso sea cierto”, dice con malicia.

Sé que no desea conservar la finca, pero le gusta tenerla para deleitarse al vernos sufrir por ella. Luce como una depravada, disfrutando con nuestro sufrimiento. No sé por qué nuestro padre creyó que ella manejaría mejor ese lugar que nosotras. Es una lástima que ya no podamos conversar.

Si pudiera hacerlo, le pediría que me explicara qué rayos pasaba por su mente. Solo había logrado separarnos del lugar que más amábamos. A pesar de que había muerto solo unos días antes, ya había logrado que me molestara por sus últimas acciones. Además, me sentía mal por sentirme así, ya que él no estaba con nosotras. Dejo de pensar y veo a Cristina. Quisiera tomarla por la cintura y lanzarla contra la pared, pero me contengo de hacerlo.

“Cristina, por favor. Quiero que te detengas a analizar por un momento en tus acciones. Esas acciones valen más que La Estancia. Te lo ruego, Cristina. Era el hogar de mamá. No sé por qué papá te lo dejó. Me había dicho que sería mío. Por lo que más quieras, entréganoslo. Sé que no deseas conservarlo. Te lo suplico. Hazlo por... mi padre “, le digo, intentando mantener la compostura, aunque sé que no lo logro.

“¿Creí que no viviría para verlo! La reina, la chica con poder y belleza, se humilla ante mí ¿Puedes ver lo que estás haciendo?”.

“Sí. Te lo pido por favor. Si en algún momento quisiste a mi papá, hazlo por él. Lo sé. Estoy humillándome. Y lo hago porque no quiero que esa casa pase a otras manos”.

“Bueno, podría hacerlo por él”, dice exhalando. “Aunque quiero hacer lo que me pides, ¿te das cuenta de que no tengo ganas de esperar meses hasta que cumplas años y puedas darme *mi* dinero?”.

“Entiendo. Tal vez las acciones puedan funcionar como aval. Luego le pediría un préstamo a uno de los antiguos socios de papá o a una amiga de nuestra madre. Ninguno de ellos se negará”, digo. Entiendo que tal vez tenga otras intenciones. Lo sé por su mirada. No obstante, hablo porque quiero intentar convencerla.

“¿Crees que estén dispuestos a darte una suma tan alta?”, pregunta. Veo la inquietud en sus ojos.

“Estoy segura. Buscaré ese dinero y te lo daré. Trataremos de forma directa, sin trabas ni burocracia. Así no tendrás que contactar a una agencia de bienes raíces, pagar comisiones ni sortear demoras”.

“¿De verdad?”. Su cara me demuestra que tal vez esté pensando en lo que esto diciéndole.

“De verdad”, le digo, exaltada.

“Consideraré lo que me dices, pero quiero que me digas algo. ¿Qué quiere decir SC?”.

“¿Cómo?”. Mi sonrisa desaparece de inmediato. Todo mi entusiasmo se detiene.

“SC”, reitera, con calma. ¿Qué quiere decir? Sé que Natalia y tú se refieren a mí de ese modo”.

“Son solo apodos que usamos. Nos divertimos llamando a las personas con nombres de personajes de series de televisión, pero no es nada importante. Lo hacemos para entretenernos un rato”, respondo. La veo fijamente y trago grueso.

“¿A qué personaje se refieren cuando me pusieron ese alias?”, pregunta. Sonríe, y recuerdo los momentos en los que ha mostrado esa sonrisa real. La vi cuando se casó con papá. Cualquier persona desprevenida creería que es una buena persona al ver esa linda sonrisa. Pero es solo una ficción más.

“SC se refiere a la protagonista de la serie Santa Catalina”, digo, suspirando. Entiendo que, a pesar de su discurso, puede cambiar de opinión en cualquier momento. Podría llegar con un cheque o un maletín lleno de billetes, e igualmente podría negarse, solo para disfrutar con mi tristeza. No obstante, la determinación que sentía me obligaba a seguir intentando. La posibilidad podía ser remota, pero debía aferrarme a ella.

“¿Santa Catalina? ¿Podrías darme datos sobre ella?”, pregunta, con curiosidad. “Creo que vi esa serie, pero no lo recuerdo”.

“La transmitieron el año pasado”, le recuerdo.

“Sí... Recuerdo que al final de la serie la quemaron en una plaza”, dice. Veo el enojo en su cara.

“Así fue, pero te decimos de esa manera porque sabemos que te encantan todos los artículos de valor, como a ella”, digo, mientras paso la mirada por el sofá de cuero e imagino la gran suma que debe haber gastado en él.

“Para ti soy una imbécil, ¿cierto? Esa niña y tú siempre han creído que están por encima de mí y no valgo nada. Pero ya no importa. Me quedaré con todo y ustedes tendrán que irse sin un centavo. Ahora soy yo quien está por encima de ustedes”.

“Cristina, sé que eres una persona muy astuta. Si vendo las acciones, podrías obtener más dinero que por La Estancia. Solo detente a pensar esto: ¿qué motivos tienes para dispararte en un pie?”, le pregunto, con un tono de ansiedad que me exaspera, pero no logro controlarlo.

Sonríe luego de hacer silencio. “No los tengo. Y sí lo soy. Soy muy hábil para los negocios. Soy tan inteligente que no esperé que tu papá dejara este mundo. Más bien salí para encontrar a otro hombre pudiera hacerse cargo de mí rápidamente. El dinero, como verás, no me hace falta. Podría iniciar un incendio en esa pocilga, con tal de que no te quedes con ella”.

Entonces me doy cuenta. Haga lo que haga, no vale la pena conversar más con Cristina.

Simplemente no va a ceder. El odio que siente por mí se lo impide. Suspiro y me alejo para salir de allí, pero sé que no voy a rendirme. Tengo otra alternativa. Es radical, pero podré hacerlo. Por la casa.

CAPÍTULO 5

ANA

Entonces emprendo el camino para ir al edificio en el que trabaja Antonio Vélez. Ha pasado una media hora desde que salí de El Rosal. Veo a su secretaria, y me pregunto si ya me siento lo suficientemente valiente como para pedirle que me permita verlo, aun cuando no he solicitado una cita con él.

Puedo notar sus ojos sobre mí. Aunque estamos a varios metros, noto su molestia y su deseo de darme una patada para que salga de ahí. Supongo que hay una pregunta atravesando su mente. ¿Qué me llevaría a ver a un empresario exitoso como Antonio? Tal vez crea que estoy ahí porque soy una más de las chicas que ha conquistado, aunque en realidad soy yo quien deba “conquistarlo”.

Es obvio que ni se imagina lo que sucede conmigo.

Doy un paso para llegar a su escritorio, aunque me queda claro por su cara que no está dispuesta a ayudarme en absoluto. Veo su uniforme immaculado y una etiqueta en la que aparece su nombre, Paula Benítez. “¿Qué puedo hacer por usted?”, me pregunta.

“Buenas tardes”, le digo, mientras sonrío e intento parecer relajada. “Soy Ana Terán. Quiero hablar con el señor Vélez. Quiero hacerle algunos comentarios respecto a las acciones que tiene en la compañía de mi familia, Las Saetas. Solo tomará un momento”.

“¿Reservó una cita?”, me pregunta. Recuerdo que cuando saludé y le mencioné la empresa a la primera recepcionista, me dejó dejado entrar sin problemas, pero Paula no se mostraba muy dispuesta a hacer lo mismo. En su cara no había el menor rastro de sorpresa ni alegría.

Niego con mi cara. “Aunque no lo hice, este asunto reviste mucha importancia”.

“Entiendo, pero tiene una junta en este momento. No podrá atenderla”.

“Cuéntale, por favor, que debemos conversar sobre Las Saetas. Puedes decirle que soy Ana Terán”.

“Le repito que está en medio de una junta”, recuerda, con tono muy serio. “Tal vez si me deja su número telefónico, podré ver si tiene tiempo disponible para verla mañana, la semana que viene o...”.

Si salgo del edificio no me sentiría tan valiente como para volver. Llegué hasta allí solo porque aún sentía que mi cuerpo vibraba tras el episodio con Cristina. Eso me había dado la valentía que necesitaba, pero igualmente una parte de Antonio Vélez me causa escalofríos y me inquieta. Entonces abro mi boca. “Eso no va a pasar”, le digo, interrumpiéndola. La veo fijamente y dejo caer mis manos en su escritorio mientras me acerco a su cara. “Mañana será demasiado tarde. Debo reunirme con él en este preciso instante”, le digo, con tanta fuerza que me parece que tengo doce años y estoy armando un berrinche. De todos modos, me digo que estuvo bien detener su negativa.

“Le diré esto una vez más y luego no lo repetiré”, me informó, con su tono lejano, “mi jefe se encuentra en una junta de negocios. Luego tendrá otra junta muy importante. Como verá, hoy no

podrá atenderla”.

“Pero debo hablar con él”, le digo, y empieza a llorar a cántaros. Hay muchas cosas que dependen de esto. Sé que no comprendes nada de lo que te digo, pero esto es vital. Mi vida...”.

“Comprendo”, dice, y me interrumpe. “Probablemente tu vida depende de ello, pero sus órdenes siempre han sido claras: no debo interrumpirlo cuando está en una junta de negocios, como ahora”, dice, y descubro el tono irónico en su voz. Es un tono que ni siquiera intenta ocultar. Entonces se levanta. “Como creo que ya no debe estar aquí, debo pedirle que abandone el edificio, señorita... Terán. Si no lo hace de inmediato, le pediré a los agentes de seguridad que la escolten a la calle”.

Antonio Vélez está ahí, a solo unos pasos, y yo tengo que contarle lo que sucedía. Es ahora o nunca. Sé que Paula dirá otra cosa, pero antes de que lo haga, comienzo a caminar y concentro mi atención en los pasillos. Hay una gran puerta de madera que imagino que da a su oficina. Tal vez la paranoia me hace ver cosas. Tal vez podrían llevarme a la cárcel, pero siento que tengo que hacerlo.

Tomo aire y entonces uso ambas manos para empujar la gran puerta, más pesada de lo que creí. “¡Oiga! ¿Qué hace? ¿Adónde cree que va?”, me pregunta Paula, pero decido enfocarme en la puerta de madera de ébano. Estoy decidida a entrar sin tocar.

Entonces lo veo. Su traje es más elegante que cualquier cosa que haya visto antes. Sé que le costó muchísimo dinero.

El sujeto que lo acompaña está tan sorprendido como él, pero mi determinación es la misma. Antonio, en tanto, frunce su ceño, por lo que supongo que está molesto, pero rápidamente abre su boca. No puede creer lo que ve.

“Vine a conversar contigo, Antonio”, le cuento, de prisa. “Y es sobre algo muy serio”.

Se queda en silencio y me mira de arriba abajo, como si estuviera viendo una criatura mitológica. Entonces gira para ver a su socio. “Luis, ¿nos dejarías a solas, por favor?”.

Antonio Vélez está frente a mí y no puedo dejar de verlo. Recuerdo las emociones que despertaba en mí cuando lo veía en alguna de las veladas organizadas por la compañía de papá. Era un cosquilleo que despertaba en mis profundidades y luego se mudaba al resto de mi cuerpo.

Era tan fuerte que sentía que iba a desmayarme cada vez que me encontraba con él. En ese momento, intenté no pensar en ello. ¿Por qué ocasionaba esa reacción tan extraña? No lo entendía. A fin de cuentas, los sujetos como Antonio me causaban una profunda repulsión. Además, me irritaba saber que yo no le causaba nada en absoluto.

Cada dos semanas cambiaba de mujer, y no dejaba de verme como una chiquilla que debería seguir en la secundaria. El hombre llamado Luis asiente y va hacia la salida. Doy un paso para abrirle camino, aunque su mirada inquieta me ve en todo momento. Dejo escapar todo el aire que reservaba en mis pulmones y suelto mis manos empapadas.

Pero entonces noté que me veía con algo de malicia. Se fijó en mis curvas y luego se puso de pie. Avanzó hacia donde yo me encontraba. Con cada paso que daba, mi cuerpo se exaltaba más y más. Sentí el olor de su loción y me pareció que ya no podía controlarme.

Tal vez estaba loca. Tal vez no debía ir allí. Tal vez no debía abrir esa puerta. Seguramente no aceptará mi propuesta. Seré su hazmerreír. Me pedirá salir de ahí y buscar a otro hombre que se sienta atraído por mí. De todos modos, tenía que hacerlo. Si él aceptaba, podría quedarme con La Estancia. Tenía que tratar de convencerlo, o me arrepentiría el resto de mi vida. Sí, tal vez estaba loca, pero debía hacerlo. Por mi familia y por mí.

CAPÍTULO 6

ANTONIO

Luis, nuestro agente en el sur del continente, abandonó la sala y cerré la puerta. Estábamos hablando sobre los últimos detalles de una compra a punto de concretarse cuando ella llegó. Había llegado tras salir de su hogar, a horas de El Rosal, solo para verme y hablar sobre un asunto tan relevante que no podía tratarse por teléfono ni correo electrónico. Debía partir en un avión en poco tiempo, por lo que tendría que pedirle que se marchara y luego podríamos hablar con calma. “¿Puedes explicarme a qué viniste? Abres la puerta sin avisar, interrumpes mi reunión y sigues sin dar detalles”, le digo, aunque ya sabía quién era...

Se trataba de Ana Terán.

La conocí en un evento que su padre había organizado un evento para inaugurar un edificio, y acudí como invitado. Era el primer evento de negocios de esa empresa al que iba. Su incomodidad por los tacones que usaba era evidente. Además, no paraba de sudar. Se había apoyado en mi hombro para no caer, y me pareció que mis venas empezaban a latir. Intenté fingir que no pasaba nada, pero Eduardo, un tipo diestro en las cosas del sexo, se dio cuenta de lo que pasaba.

No pude decir nada más que un saludo, pues la había llevado afuera para que no habláramos. Entendí su reacción. Yo era conocido por haberme acostado con muchas mujeres. Si un tipo así se acercara a mi hija, yo también la habría protegido de ese modo. Apenas había cumplido dieciocho años cuando en ese momento, cuando la vi por primera vez.

Ana continuaba estremeciéndome, aunque tenía tiempo sin verla. No la había sacado de mi mente. Incluso había soñado con su mano en mi hombro en muchas ocasiones. Esa mirada intensa que derrumbaría las defensas de cualquier ciudad amurallada y conquistaría a miles de hombres. Era raro, porque no suelo tener una relación muy profunda con el sexo femenino.

Supongo que es una reacción natural tras haber estado con muchas. Empecé a verlas como si todas fuesen iguales. Además, no tenía tiempo para tener una conexión fuerte con ninguna por mi trabajo.

Me parecía que en cualquier momento perdería el control y le arrancarí la ropa, la tomaría por la cintura y le haría el amor sobre la mesa de la cocina, sin importar si había comida sobre ella. Por eso, aunque fui a muchos almuerzos de Las Saetas luego de ese encuentro, siempre evité hablar con ella. Me parecía que era lo correcto.

Me parecía que Ana era una de esas chicas que podría ocasionarme inconvenientes. Lo sabía solo con ver su cara. Y no se trataba solo de “inconvenientes”: me traería graves problemas. Además, me costaba controlarme cuando se acercaba a mí.

Su cintura pronunciada, sus muslos gruesos, su delicada boca y su cabellera dorada cayendo sobre sus hombros, además de esos ojos oscuros, despertaban el ardiente placer que sentía al tenerla cerca de mí. A pesar del tiempo que había pasado, mi deseo continúa intacto. Con cada encuentro me parecía que estaba más atractiva que antes.

Puedo verla con calma, como no he hecho desde la primera vez que nos vimos. Noto el profundo rubor en su cara, así como la trenza que usó para recoger su larga cabellera. Intenta mostrarse

calmada, pero está claro que está aturdida. Lo sé porque tiembla. Además, me ve como si me hubiera descubierto en medio de un delito. Jamás hubiera pensado que llegaría a mi oficina ni que me observaría de ese modo. Suspiro y apoyo mi cuerpo en la puerta.

“Puedes tomar asiento”, le pido. Le indico la silla. Al principio se muestra reacia, pero luego asiente y acata mi sugerencia. Es la misma que ocupaba Luis unos minutos antes.

Entonces tomo asiento también.

Alguien abre la puerta. Es Paula. Asoma su cara para ver lo que sucede. Se fija en la cara de Ana y luego me ve con frialdad.

“Le pedí a dos agentes de seguridad que suban, jefe”, informa.

“Vuelve a llamarlos y pídeles que se queden en recepción”, digo, mientras niego con mi cara mientras levanto mi mano derecha.

“¿De verdad quiere que lo haga?”, pregunta Paula. Veo el asombro en su cara.

“Así es”.

Guarda silencio mientras espera por una posible orden adicional. Cuando se da cuenta de que no diré nada más, saca su cabeza y cierra la puerta. Estoy con Ana, a solas, otra vez.

Tengo una nueva oportunidad de concentrarme en la chica que ha venido a mi oficina, Ana. Desde mi lugar luce agotada. Aparentemente está muy estresada o sufriendo de insomnio. Recuerdo que Eduardo falleció hace pocos días. Tal vez sigue sintiendo un profundo dolor por ello. Tomo asiento nuevamente.

La incredulidad salta a su cara. “Hemos descubierto que eres el dueño de parte de Las Saetas”, me dice de prisa. “Creo que necesitaré esas acciones para algo urgente”, dice. Como Paula ya no está, Ana también se fija en mí mostrando lo preocupada que está.

“De acuerdo, pero aguarda un segundo”, le pido, levantando mi mano para que no hable más. Supuse que Eduardo había hablado con ustedes, o al menos contigo. “¿Cómo es que lo descubrieron ahora?”.

“No lo hizo, lo que me parece muy extraño. Siempre quiso que nos involucráramos en sus negocios. De hecho, mi hermana se sentía tan molesta por la recurrencia del tema que le pidió que no volviera a mencionárselo. Tenía ocho años entonces”, dice. Niega con su cara y entiendo que no habló con ellas.

“Entiendo”, respondo, con calma.

“Pero el punto es que, en la lectura de su testamento, el abogado familiar nos contó que eres el dueño de parte de la casa, los terrenos y las hectáreas que lo rodean. Dime si eso es verdad. ¿Eres el propietario?”.

Realmente no sabía de qué me había adueñado con el paso del tiempo. Había comprado las acciones hacía un par de años. Tal vez alguna cláusula estipulaba que me convertiría también en propietario de su finca y la casa que estaba en ella. Al firmar un contrato, me fijaba principalmente en los estatutos de las ganancias. Lo demás se lo dejaba a mis abogados. Aunque eso nunca me había preocupado, cuando mencionó “lectura de testamento” entendí que ahora tenía más propiedades que antes. Hago una pausa, y entonces abro mi boca.

“Parece que así es, aunque no estoy seguro. No entendí sus motivos, pero Eduardo dijo en varias oportunidades que incluiría La Estancia como garantía o algo parecido, aunque no creo que pueda vender esa propiedad de una forma tan sencilla. Aunque no recuerdo los detalles ahora, al parecer el trato fue más complejo de lo que creí en ese momento”.

Supongo que está pensando en algo. Y también creo que fue porque requiere mi ayuda para concretar algo que tiene que ver con esa casa. “Dime qué ocurre, Ana”, le pido. Asiente y ve hacia los lados.

“Papá legó la finca completa a Cristina, mi madrastra”, suelta. Siento que está vomitándolas en lugar de decirlas, porque le cuesta hablar. “Ahora quiere venderla, pero a cualquier otro comprador que no sea yo”. Suspira antes de ponerse de pie. Empieza a caminar en círculos.

No entiendo qué llevaría a Eduardo a tomar una decisión como esa. Ya conocía a Cristina y sabía que solo estaba con los hombres por dinero. De hecho, ni siquiera lo ocultaba. Incluso, en nuestro último encuentro había dejado entrever que se arrepentía de haberle pedido matrimonio. Estoy impresionado por su revelación.

“Entonces”, dijo a continuación, “Natalia, mi hermana menor, y yo, vamos a quedarnos sin herencia. Solo tengo una opción: conseguir los derechos del contrato que firmaste hace dos años con papá”.

. “¿Y lo que propones es...?”, pregunto. Reclino mi cuerpo sobre mi silla y la veo fijamente

“Natalia y yo te cederemos todas nuestras acciones en Las Saetas. Estoy hablando del cuarenta y ocho por ciento que aún no posees. Serías el único dueño de la empresa”, dice. “No nos quedaremos con nada”.

Rayos. Si bien la empresa ha estado en horas bajas, podría recuperarla y convertirla en uno de mis activos más valiosos y modernos. La boca se me hizo agua. En serio parece una propuesta atractiva. Supe que Ana notó mi interés. Noto que su mejilla no está ruborizada sino inflamada. Sospecho quién le causó esa inflamación. “¿Qué debo hacer para que eso suceda?”, le pregunto. ¿Ceder mis derechos del contrato? No estoy al tanto de esos detalles. Si estás de acuerdo, le pediré a mi abogado que...”.

“Tendríamos que convertirnos en marido y mujer”.

CAPÍTULO 7

ANTONIO

¿Oí oído lo que creía haber oído? No hay forma de que Ana Terán llegue a mi oficina, me vea fijamente, con una expresión de total seriedad, y me dijera, o, mejor dicho, me arrojara lo que acababa de arrojarme. Eso no podía suceder, ni siquiera en una realidad paralela. “¿Me dirías de nuevo lo que acabas de decir? Me parece que no oí con claridad”, le digo. Siento que necesito que alguien apriete mi mano para saber que realmente está pasando lo que creo que está pasando.

“No es necesario, porque sí oíste bien. Y te aseguro que no me alegra hacerlo”, responde, sonriendo ligeramente. “Si lo hacemos, solo sería una unión falsa”.

Definitivamente, podría casarme con ella. Aunque muchos hombres se enfadarían por sus palabras, no fue mi caso. Muchas chicas harían mucho más que sonreír ligeramente de solo pensar en casarse conmigo. Contraer nupcias, no obstante, no es algo que me parezca interesante. A pesar de esas convicciones, ya me imagino cómo sería regresar cansado del trabajo y que una chica tan sensual me reciba. Paso mi mirada por sus piernas seductoras, sus caderas poderosas y sus tetas.

“Como no puedo comprar, vender o pedir las acciones de Natalia”, me cuenta “debo ser tu mujer para obtener los derechos. Solo puedo impedir que Cristina venda La Estancia si nos casamos. Seríamos los únicos accionistas, lo que nos daría poder de veto. Ahora Natalia y yo no lo tenemos, pues no contamos con las acciones necesarias. Las tendríamos si me convierto en tu esposa, como te planteo en este momento”.

La expresión de ilusión en su rostro me indica que quiere hacer todo lo que pueda para que le dé una respuesta positiva y así lograr lo que se propone. No podía negar que anhelaba decirle que sí.

A fin de cuentas, deseaba tomar su cuerpo, ponerlo sobre mi escritorio, quitarle esa ropa y sentir esa piel rica bajo mi... Entonces recuerdo su frase. “Ser tu mujer”. Repaso esas palabras mientras la veo sin parpadear ni un segundo. En mis años de experiencia como hombre de negocios nunca me habían planteado algo tan alocado como lo que Ana dijo.

“¿Estás de acuerdo?”, me pregunta, y dejo de pensar en su cuerpo excitante.

“Pero, Ana, hay más valor en las acciones que en esa finca”, digo, deseando que no hubiera interrumpido mis pensamientos maliciosos. Entonces niego con mi cara.

“Lo sé, y me importa un carajo”, suelta, con molestia. “La Estancia ha sido el hogar de nuestra familia por siglos. Tengo que mantenerla con nosotros”.

“Entiendo, pero no podré ayudarte”, digo. “No es nada personal. Te pido disculpas, pero...”.

“¡Óyeme!”, grita, interrumpiendo. “Solo así podré quedarme con mi casa, con nuestra casa. Es una de las cosas más importantes de mi vida. Supongo que me comprendes. Solo ponte en mi lugar”.

“Te entiendo, Ana, pero seguramente habrá otra forma de que conserves ese hogar”, respondo. “No se trata de...”.

Se nota su tensión. “Estoy dispuesta a hacer lo que me pidas. *Cualquier cosa* que me pidas”, interrumpe, viéndome fijamente.

Haría lo que le pidiera para satisfacerme, y mis bolas comienzan a agitarse por sus palabras. Yo también siento una fuerte tensión que se levanta repentinamente en mi cuerpo. Carajo. Cómo la deseo. Quizás se debe a que he querido tenerla y no he podido. Tal vez no podríamos estar juntos en una cama, pero su frase, su revelación de que podría pedirle cualquier cosa y lo haría, hizo que mi cuerpo se estremeciera, especialmente mi pene.

Entiendo que lo que propone implica muchas cosas. Y no se trata solo de negocios. Sé que tenerla no será una locura, pero debo pensar en todo lo demás. Veo que no me quita sus ojos de encima. Decido levantarme.

Doy un paso hacia ella y descubro la figura de sus tetas, asomándose ligeramente por la delgada blusa que los cubre, así como su sostén. Supongo que es un sujetador de encaje, pues sus pezones presionan la tela con fuerza. Los imagino en mi boca, mientras mi garganta se llena con esos círculos deliciosos... No obstante, su cara de preocupación me impide hacer algo más.

Levanto mi brazo para tocar su mejilla. Casi me contagia con la temperatura elevada de su cuerpo. “¿‘Cualquier cosa?’”, le pregunto suavemente.

A mi parecer, debería tener un hombre que le haga el amor al menos dos veces cada día. Lo pienso cuando toma aire y baja su cara. Se siente avergonzada porque entiendo de lo que estoy hablándole, si bien hace un esfuerzo por simular que no lo hace.

Noto cómo el sol hace que sus ojos brillen más, lo que es nuevo para mí. “Sí. Todo lo que me pidas”, dice tras una pausa mientras asiente. Habla suavemente y sube de nuevo su cara para verme con su mirada profunda y oscura.

Le cuesta respirar y sostener su mirada sobre la mía. Levanta un poco más su cara, y veo cómo sus senos suben y en un instante vuelven a bajar.

“Muy bien. Sube esa falda. Quiero ver tu vagina”, le pido, y me cuesta creer que acabo de solicitarle algo así. Quito mi mano de su cara, tomo aire y tomo asiento de nuevo. Entonces la contemplo una vez más. Me doy cuenta de que su falda se levantó ligeramente. ¿Tendrá ropa interior o se habrá atrevido a llegar sin nada que cubra esa rica vagina? Estoy seguro de que el sabor de su clítoris encantaría a cualquier hombre.

“¿Cómo dices? ¿Quieres que lo haga ahora? ¿En tu... en tu oficina?”, dice. La petición la ha dejado en shock. Traga grueso mientras me ve con incredulidad.

“Sí. Recuerda que dijiste qué harías lo que te pidiera”, digo, y encojo mis hombros.

“Podría llegar alguien”, dice. Respira con dificultad. Empieza a sudar.

“Eso no sucederá”, respondo, y sonrío de par en par.

“Supongo que te convertirás en mi esposo”.

Me afeité en la mañana, como siempre, y luego desayuné, como siempre, pero ahora una mujer estaba pidiéndome matrimonio... como nunca me ha pasado. “Así es”, digo rápidamente.

Aclara su garganta mientras sube su falda. Hace silencio y se detiene cuando la lleva a sus muslos.

Ahora sí. Está ruborizada. Qué linda es. Siente temor. Su timidez me parece muy tierna.

Deja sus ojos sobre los míos y empuja la tela encima de sus caderas. Sí, lleva ropa interior. Es de

seda blanca y el encaje es amarillo. Luce adecuado para una doncella que no ha sido tocada por ningún hombre.

Noto que también me cuesta respirar.

Pone su mano en su cintura para empezar a bajar su ropa interior.

No puedo dejar de ver cómo su vagina aparece ante mí.

¡Por todos los cielos!

La afeitó perfectamente.

Cuando vuelve a subir su ropa interior, me doy cuenta de lo empapada que está. ¡Cielos! No soy el único que está muy excitado. Mi boca se humedece mientras mi pecho no deja de vibrar. Siento el dolor en mis bolas y mi pene sube rápidamente. Debo mantener la distancia y sofocar el deseo que tengo de dar unos pasos para poner mi boca entre sus ricas piernas. Su voz diciendo una y otra vez mi nombre mientras se viene aparece en mis pensamientos.

Ya sé lo que está pensando. Me he acostado con tantas chicas que ya conozco todas las señales. Ana me ha dado varias: desea estar conmigo. Podrá atenderme como me merezco una vez que nos casemos. Aunque Eduardo se esforzó por alejarla de tipos como yo, solo logró que se sintiera atraída por mí. “Voy a... redactar un acuerdo prenupcial... lo más rápido posible”, digo, intentando parecer serio.

Baja su cara y plancha su falda con sus manos. Si cara sigue sonrojada. “Lo verás y harás las observaciones que consideres necesarias”, digo después.

“Y podrás mudarte conmigo ahora mismo”, le digo, con tono autoritario. Me doy cuenta de que la estremecí tanto como ella lo hizo conmigo. Estoy feliz por nuestro reencuentro.

“¿Qué dijiste?”, pregunta. Se muestra muy sorprendida.

“No quiero que Cristina tenga motivos, sean válidos o no, para hacer preguntas sobre nuestra unión”, le cuento. “Sé que ella y su abogado escrutarán lo nuestro, Ana...”.

“Tal vez tienes razón”. Asiente, pero se niega a ver mi cara.

“La tengo. Y no olvides que también tienes que cumplir con lo que te corresponde”, digo, viéndola detenidamente y logrando que ella me vea.

El tono de su piel se torna rojizo.

¿Habrá tenido novios o será una inexperta en la cama? Es obvio que es soltera, pues ningún hombre inteligente permitiría que ella saliera de su hogar sin él, pienso, y me doy cuenta de lo mucho que me emociono cuando se ruboriza. Aunque me cuesta mantener la distancia, cómo quisiera hundir mis labios en esos ricos labios. Desearía probar esa boca tan delicada lo antes posible.

Sobre todo, con amenazas latentes... como yo.

“Claro que lo haré”, dice mientras vuelve a asentir. Le cuesta respirar.

Puedo afirmar que he llegado a un gran acuerdo de negocios, uno de los mejores de mi vida. No solo tendré más acciones; también tendré más *acción* durante la noche. Acción muy real. Y

placentera. Apoyo mi espada en mi silla y le muestro una gran sonrisa, mientras pienso en las horas por venir.

CAPÍTULO 8

ANA

¿Será posible que controle la ansiedad que despertó en mi cuerpo? Al salir de su oficina, en poco tiempo llegué a la casa en la que viviría con él. ¿Por cuánto tiempo? No lo sabía. Esperaba que al solucionar el tema de La Estancia pudiera volver a ella. Pensar en todo lo que sucede hace que me emocione, aunque también estoy muy nerviosa.

Apenas habíamos estado en su oficina por un rato, pero sentí que el deseo se había volcado sobre mí.

Estábamos en sintonía, pero... solo fue una experiencia fugaz. De todos modos, me afectó bastante. Y sentí que, si quedaba otro minuto allí, no podría mantener la calma. Charlamos en ese lugar, le conté lo que sucedía y estuvo de acuerdo casi de inmediato en darme las acciones de Las Saetas si me aseguraba que contaba con él para frenar la venta de la finca y el espacio circundante.

Me quité la ropa interior para enseñarle mi zona más privada. Era la primera vez que me atrevía a hacer algo así para complacer a un hombre. Pero no me sentía molesta ni asombrada en absoluto. Al contrario, estaba... caliente. Esa imagen de lo que sucedió no sale de mi mente.

Además, parecía que quería devorarme como su comida favorita. Que deseaba tomarme en su propia oficina y hacerme el amor en su escritorio, sin pensar en nada más. Su mirada perversa continuaba también en mis pensamientos. Ese deseo infinito que se veía en sus pupilas. Recordé que muchos hombres también me habían visto con hambre, y se les notaba que estaban excitados, pero con él fue la primera vez que alguien me veía de esa manera.

El deseo que yo sentía, al igual que el suyo, era muy poderoso. Y lo mejor de todo fue lo que pensé al respecto. Quería que me tomara. De verdad lo quería. Pero no se trataba simplemente de la finca. De haberme pedido que le hiciera sexo oral hasta acabar, habría aceptado de inmediato.

Sin embargo, Antonio no sabía una parte de mi historia. No sabía que yo nunca... había estado con un hombre.

Mi plan era estudiar diseño de modas, pero sabía que mi madre pronto moriría, así que lo postergué. Para siempre. Pudiera parecer asombroso por mi edad, pero no había tenido relaciones con ningún hombre. Solo una vez un chico se atrevió a tocarme los senos. De hecho, no sabía lo que era tener un novio, una pareja. Pasé mi adolescencia entera entre libros y computadoras, estudiando. Además, con la enfermedad de nuestra madre, decidí quedarme en casa, cuidándola.

Luego tuve menos tiempo para las relaciones. Mi papá era una persona muy terca, por lo que, al enterarse de mis planes, pagó una gran suma a la Escuela de Moda de El Rosal, de modo que yo pudiera recibir las clases por internet.

Antonio lo notaría de inmediato. Sentí tristeza por él. Sabía que se sorprendería, para mal, al descubrir que no tengo experiencia sexual.

Alexis revisó los papeles y dijo que estaba en orden. Se establecía que íbamos a estar “casados” hasta que yo pudiera tener La Estancia y Antonio pudiera recibirlas acciones de la empresa de mi padre. Y eso era, básicamente, todo. Mantuve esa realidad en mis pensamientos mientras

comenzaba a leer el acuerdo prenupcial. Quería revisarlo minuciosamente, de modo que luego Antonio no me sacara del juego, sobre todo tomando en cuenta que tal vez no le gustaría mi forma de interpretar mi papel de esposa.

Aunque no debería angustiarme, empecé a experimentar esa sensación. Recordé la cantidad de mujeres que había visto a su lado, y cómo ninguna lo acompañaba en más de una ocasión. Intenté pensar en mí misma como una mujer diferente en vez de verme como una más. Me parecía estupendo. Estaba feliz de que Antonio me ayudara. Sabía que casarse conmigo podría afectarlo en lugar de beneficiarlo, pues muchas mujeres ya no se acercarían a él.

Entonces me recordé que solo era parte de un trato. Que no iba a ser mi esposo real.

Toleraría que no me viera de ese modo porque lo que más quería era que me apoyara para Cristina no vendiera nuestra casa, antes de que note que lo mío con Antonio... Tenía que frenar esa venta a como diera lugar. Además, no tenía claro si planeaba continuar buscando mujeres en bares y clubes, a pesar de ser mi marido. Imaginé que lo haría. Nuestro trato no prohibía algo como eso. Creí que no estaría bien que lo hiciera, pero intenté pensar en algo más positivo. Solo esperaba que lo hiciera con la mayor reserva posible.

“¿Es usted la señorita Terán?”.

Escucho mi apellido al bajar del taxi que pedí. Es un hombre, con unos cuantos años. Sonríe amablemente al verme. Su traje es elegante y su cabello está lleno de canas.

“Así es”, respondo. Pongo el bolso con mis cosas en mi pecho.

“Estoy aquí porque trabajo para el señor Antonio. Mantengo todo en orden. Si me lo permite, tomaré su bolso y la llevaré a su dormitorio. Oh, y mi nombre es Alberto. Es un gusto conocerla”, afirma.

“Lo primero no hará falta. Puedo llevarlo. Es ligero. De todos modos, puede llevarme al dormitorio”, respondo mientras sonrío. La imagen de la mudanza de Natalia a El Rosal llega a mi mente. Alberto nos habría sido de mucha ayuda en ese momento, pues mi hermana se llevó muchas maletas.

Asiente y empieza a caminar. Voy detrás de él. Un camino de piedra nos lleva a la entrada. Aunque La Estancia brilla por su antigüedad y majestuosidad, Los Dragos destaca mucho más.

La recepción es un poema al pasado, con decenas de ornamentos de madera que hacen referencia a dioses griegos. Sus paredes están hechas de ladrillos antiguos y son altísimas. Los ventanales regalan una gran panorámica de los alrededores, hay varias fuentes en los jardines y las paredes están llenas de pinturas de la Edad Media. Además, hay muchas esculturas. En cada sala hay sofás, también de hace varios siglos. Parece un palacio celestial en la Tierra

Sé que Daniela, mi mejor amiga, suspiraría con el aire antiguo del lugar. Le maravillaría una casa como esa, por lo que me digo que en algún momento voy a pedirle que venga. Disfrutará bastante esa visita...

CAPÍTULO 9

ANA

“Por fin llegas. Alberto, por favor lleva su bolso a su cuarto”, dice Antonio. Sonríe mientras baja las escaleras. Su voz me sorprende y me saca de mis pensamientos.

Entonces acepto dárselo. Toma mis cosas y sube por las escaleras. “Con gusto, señor”, dice Alberto.

La presencia de Antonio se hace más poderosa. No está vestido para trabajar. Es la primera vez que lo veo de ese modo. Solo tiene unos jeans rasgados y una camiseta blanca. El contraste resalta su mirada y la hace ver aún más intensa.

Si bien le muestro una sonrisa, por dentro siento que voy a caer al piso en cualquier momento. “Buenas tardes”, le digo, susurrando.

“Estoy feliz por tu llegada”, asegura educadamente.

Tal vez no lo he conocido bien, y hay otros aspectos de su personalidad que aún no he visto, como la gentileza. Siento que habla con sinceridad, pero me digo que debe ser mi imaginación. Para mí, él solo es un lobo, muy feroz, a la caza de su próximo negocio exitoso.

Se pone justo frente a mí. Me regala una sonrisa cálida... y sensual. “También estoy feliz”, digo.

El personal que tiene a su disposición organizará la ceremonia lo antes posible. Nunca creí que mi “boda” sería de ese modo, pero necesito hacer algo radical para solucionar el problema que tengo. Siento esa emoción en mi cuerpo una vez más. ¿Cómo es que realmente voy a ser su esposa?

Entonces toma mi mano como si fuese su novia. “Te daré un paseo por la casa”, me cuenta.

Había estado convencida de que me percibía como una jovencita, alguien que debía estar con otro chico, pero en ese momento me di cuenta de que no era así. Estaba muy equivocada. Totalmente equivocada. Cuando mis dedos tocan los suyos, siento un choque veloz entre mi emoción y el calor de mi vientre. Imagino que se da cuenta del deseo que despierta en mí. Tal vez lo supo al tocar mi rostro mientras estuvimos en su oficina. Creí que iba a arder si seguía tocándome.

“Entonces esta será mi casa”, digo con ironía.

“Así es. Y tendrás todo lo que necesites. No te hará falta ir al centro por nada”, dice. Gira y me ve fijamente. Veo que su sonrisa aparece de nuevo.

“¿En serio? ¿A qué te refieres?”, le pregunto mientras frunzo mi ceño.

Entonces toma el pomo de una puerta y la abre. Es un espacio para juegos. “A mí. Suelo estar acá casi siempre”, dice.

Es la primera vez que veo un espacio como ese. Las había observado, pero solamente en la televisión e internet. Aunque mis padres siempre tuvieron dinero, era limitado. No lo usaron para construir una piscina infinita ni fuentes con réplicas de la torre Eiffel en el jardín. “Vaya”, digo mientras sonrío forzosamente. Suelta mi mano y de inmediato me siento tan aliviada que dejo de

sudar. No logro concentrarme con sus toques. Mis ojos pasan por el lugar. Siento mucha curiosidad por lo que veo. Hay una enorme mesa de billar en el medio de la sala.

“¿Crees que exageré?”, me pregunta.

“Parece la casa de una estrella de rock. Es todo”, digo, y encojo mis hombros.

Cielos. ¿Hay algo en Antonio que no sea perfecto? Me fijo en su esbelto cuello mientras levanta su cara para reír sonoramente.

“Puede que tengas razón, pero esta casa fue una herencia de mi padre. No he tenido tiempo para hacer arreglos ni cambios. Paso mucho tiempo en la oficina, por lo que apenas noto lo que sucede o está a mi alrededor”, me cuenta. Poco a poco recupera la calma y me ve fijamente. Todavía está sonriendo por mi chiste.

“Lo importante es que tengas un techo sobre ti”, le digo mientras veo el resto de la sala. Sus palabras me sorprendieron bastante. Empiezo a sentir que es un... ser humano, con defectos y virtudes. Oh... esa no es una buena noticia. Sentir empatía por él no es mi objetivo. Podría empezar a sentirme atraída por él, y no quiero que eso suceda.

“También hay un espacio con máquinas para ejercitarse, como caminadoras y bicicletas, y al fondo de esa sala encontrarás un spa. Además, un entrenador viene los lunes y los viernes para ayudarme a ejercitarme. Podría ayudarte también”.

Volteo y noto el tamaño de la piscina que vi al llegar. ¿Por qué no empaqué ropa para bañarme? Me parece que fui ingenua al no hacerlo, pero no pensé que habría una piscina del tamaño de un campo de fútbol en mi nuevo hogar. “Los ejercicios no son mi pasatiempo favorito”, digo.

“Nunca es tarde para comenzar”, afirma con seriedad. Entonces sale salimos del lugar y cierra la puerta.

“Aquí hay un pequeño museo y una biblioteca”, dice. Luego abre la puerta y sonrío. Como no toma mi mano una vez más, siento algo de molestia. ¿Por qué? No debería, pero esa emoción simplemente despierta en mi cuerpo.

También sonrío al ver la cantidad de libros nuevos en la biblioteca. Parece la biblioteca de una universidad. La lectura sí me apasiona mucho, aunque no he tomado un libro tras la muerte de mamá, lo que siempre lamento. Ahora podría retomar ese hábito. Sé que tendré mucho tiempo libre, pues Alberto me ayudará en lo que hará falta.

Un agradable aroma a gardenias inunda mi nariz. Es un olor que se mezcla con piel limpia y algo que desconozco. “¿Sueles leer?”, le pregunto cuando paso. Él está dentro y sonrío. El lugar está tan limpio que no hay ni un rastro de polvo.

“Claro. No preparé esto solo para que lo vieras al llegar”, dice, con ironía.

Llego al primer estante y veo los títulos que tiene. ¡Vaya! ¡Este es uno de los mejores libros que he leído!”, le digo, mostrándole uno de los libros. Se trata de *El Túnel*, de Ernesto Sábato. De hecho, el ejemplar es de la misma edición que leí cuando tenía diecisiete. Luego noto que un par de sofás gigantescos están en el centro de la biblioteca.

Ya puedo verme sobre ellos, leyendo mis historias favoritas. Creo que es el mejor plan que podría llevar a cabo al estar allí. Un momento después, me obligo a separarme de su cuerpo para que la

fragancia no me seduzca más.

Se ve impresionado. “¿De verdad?”, me pregunta.

Asiento y sonrío. “Lo he leído varias veces. La primera fue cuando tenía catorce, creo. Fue el primer encuentro que tuve con la literatura para adultos. Me convencí enseguida de que era el mejor libro de la historia”, digo. Paro y noto la extrañeza en su mirada. “¿Qué pasa?”, le pregunto, también extrañada. “¿Por qué me ves de ese modo?”.

“Es la primera vez que alguien dice que también le gusta”, me informa. Sube su cara y me ve sin parpadear. “Lo digo porque también es uno de mis libros favoritos”, dice. Toma el ejemplar y pasa sus dedos por las páginas. Siento que le tiene cariño a la historia.

Siento que levanta cada hormona de mi cuerpo, lo que me emociona, pero al mismo tiempo me hace sentir perdida. También me siento algo confundida, pero me agrada la sensación. Mi pecho vibra rápidamente. “Tal vez no has conocido a las personas correctas”, le digo con jocosidad. Su respuesta es una sonrisa cálida. Ese gesto me hace enloquecer.

Gira y veo cómo se fija en mis mejillas, y luego en mis labios. “Probablemente tengas razón”, dice en voz baja. Pone *El Túnel* en el lugar en el que estaba.

Noto su mirada intensa, pero mis razonamientos no me permiten dejarme llevar por un hombre de su tipo. Conozco su fama. No puedo ni siquiera compartir algunas frases atrevidas con él, porque sé que correría muchos riesgos.

No necesito más adrenalina. Lo que debo hacer es llegar a un acuerdo sobre las normas que seguiremos para no dejarme llevar ni ser su hazmerreír.

Sigo creyendo que tiene un pensamiento similar al que atraviesa mi mente. Intento contener la ansiedad, por lo que dejo de verla. Sé que está a solo un paso, por lo que podría acercarme y sentir sus labios en los míos... lo que deseo hacer. Pero no puedo.

Un deseo arde dentro de mí. El deseo de avanzar, permitir que ponga su boca sobre la mía, lleve mi espalda a un estante y descubra mi piel. “Me gustaría ser sincera sobre algo”, digo, con tono muy serio, o al menos eso creo, pues mi garganta devela lo que siento.

Pero sé que tengo que frenar. No estaremos juntos.

Ese deseo impulsivo y feroz no va a interferir en mis planes. A fin de cuentas, Antonio no me atrae mucho, en realidad... ¿o sí? Entonces recuerdo que hay asuntos que requieren toda mi atención. Le juré a mamá que mantendría la casa, el hogar en el que Natalia seguiría creciendo.

“Seguro”, me dice. Noto cómo su tono de hablar se vuelve repentinamente serio.

“Entiendo perfectamente lo que haces con las empresas. No me gustaría formar parte de ese asunto. Solo estaremos juntos por lo nuestro, si es que podemos llamarlo así. Lo que haces con las empresas en aprietos... no me interesa en absoluto ni me parece correcto. Además, quiero aclarar que no vine porque sienta algo por ti. Entiendo que seguramente habrá alguna unión física, pero no ocurrirá nada más. No lo permitiré”, le indico.

No sé si está molesto o quiere decir algo más, porque se lo reserva. “Claro”, dice. No logro entender lo que hay más allá de su frase.

“Tal vez tengamos los mismos gustos literarios, pero somos distintos. Muy distintos”, digo,

llevando mis cabellos atrás. “¿Comprendes?”. Siento que tengo que parar, pero me cuesta. Estoy hablando sin pensar mucho.

Me ve sin parpadear, y su cara empieza a mostrar una linda sonrisa.

Esa sonrisa que levanta mis hormonas y me hace querer lanzarme sobre él, algo que nunca me había pasado con un hombre.

“Muy bien”, susurra.

CAPÍTULO 10

ANTONIO

Pasaron solo unos segundos luego de que creí que tendríamos una conexión muy seria, pero tal parece que todo fue producto de mi imaginación. Ana levanta su cara y cruza sus brazos sobre su pecho. Su lenguaje corporal me indica que no quiere o simula no querer estar cerca de mí.

Sé que estamos cada vez más cerca, sin nada ni nadie que nos separe, excepto las frases que acaba de decir, señalando que desea mantenerse lejos de mí... por ahora. Sí, me molesta todo lo que sucede, pero me esfuerzo para no demostrarle nada. Tengo que evitar que produzca algún efecto singular en mí, pero lo que ha hecho hasta ahora ha logrado que empiece a sentir algo muy fuerte. Quizás es solo el deseo que reprimí por años o que era una chica prohibida.

Escucho y se nota su molestia, pero le restó importancia a su reacción. No soy su amigo para consolarla. Nos unimos a ella por negocios, con algo de sexo añadido. “Tranquila”, le respondo. Me muestro lo más calmado posible. “Te comportarás como lo que eres: mi mujer. Y cuando ya no quieras estar conmigo, te dejaré en paz”, digo.

“Eso pasará más rápido de lo que creemos”, susurra.

“Tal vez te equivoques”.

Desde mi lugar puedo notar cómo se entrecorta su respiración.

“Acompáñame. Te enseñaré tu habitación”, le digo, y empiezo a caminar. Entiendo que mis palabras le han causado un profundo dolor, pero quiero continuar.

Escucho sus pasos detrás de mí.

Siento que no manejo la situación, y eso me perturba. Suelo controlar todo lo que pasa. Es lo que me conviene. Cuando otros se apoderan de la escena, puedo perder dinero o influencia. Eso es malo para mis negocios. Y para mí. Me siento estresado rápidamente. Hace poco charlamos divertidamente, pero ahora hay una fría neblina de distancia entre nosotros. Y eso me causa dolor en mi espalda y mis hombros.

Entonces la vida que he llevado aparece en mi mente. Una vida llena de chicas, bares y sexo. Podré llevarlas al apartamento del este de la ciudad, como siempre hago, para que no se acerquen a mi verdadero hogar. Un hogar que también es mi refugio, pero que ha sido profanado por una chica que me demuestra que no se siente precisamente atraída por mí. Entiendo que no debo dejar que ella me afecte. Podré olvidarla cuando esto termine y retomaré mi antigua vida.

Subo las escaleras, camino por el pasillo y la llevo a su habitación.

Es claro que Ana no quiere decir nada más. Camina muy cerca de mí. Sus brazos siguen sobre su pecho y sigue en silencio.

“Este será tu cuarto”, le digo mientras levanto mi mano para pedirle que pase. Siento la suavidad de su aroma, aunque hay algo ligeramente fuerte que llega a mis narices al final. El perfume enmascara su aroma real. No me gusta saberlo.

“No entiendo. *Tú* duermes aquí”, dice al pasar y ver el sitio por primera vez. Gira y se nota su sorpresa.

“Lo sé perfectamente”, le digo con seriedad.

“Espero que no pienses que dormiré en tu dormitorio”. Sonríe, pero es una sonrisa forzada.

“Al quedarte aquí, tendrás una ventaja. Te cansarás de mí y entonces te mudarás a tu propio dormitorio”, digo. Frunzo mi ceño y suspiro.

“Perfecto”, responde.

“Te ayudaré con tu maleta”.

Ana niega con su cara. “Puedo hacerlo sola. No soy tan inútil como crees”, dice con rapidez. Toma su bolso, pero este se le resbala y cae al piso.

Me arrodillo para tomar el bolso. Lo sujeto, subo y veo su cara. Como está muy cerca, puedo ver lo que acaba de hacer: humedeció su boca y apretó su labio inferior con fuerza. Aún se ve la marca de sus dientes en su labio. Además, el brillo misterioso de su mirada me hace desearla más y más. “Parece que trajiste herramientas para construir un castillo”, le digo.

“Antonio”, dice en voz baja mientras sus músculos se tensan “Creo que...”.

Pero no la dejo decir nada. Llevo mi boca a la suya y contengo sus palabras.

Mierda. El calor de su cuerpo en mi oficina se percibía a metros de distancia. Incluso sentí el aroma de su vagina empapada. Así que mi beso es un intento, atrevido, claro, de demostrar mi punto.

En caso de que esté equivocado, iré al este para dormir en mi apartamento mientras ella se queda en mi hogar y “disfruta” su soledad. Tal vez estoy actuando como un maniático. ¿Por qué la beso si acaba de decir que no quiere nada conmigo? Cree que soy un idiota. Y dijo que no quiere acostarse conmigo, que solo lo hará por el trato que tenemos. Pero eso es mentira. Estoy seguro de ello. Fingió en todo momento. Estoy entre esas dos opciones...

Aunque tal vez tenga razón...

Estoy actuando de un modo extrañamente salvaje, pero siento que no me controlo. Deseo ver su piel y tenerla. Poseerla con instinto animal. Uso mi lengua para jugar con sus labios y siento cómo se estremece. Siento su sabor, algo que nunca había disfrutado. Carajo. Qué rico sabor. Muevo mis dedos por su cuerpo y a llegar a sus caderas me detengo. Presiono mi pecho con el suyo.

Nunca había deseado tanto tener a una mujer.

Se mueve con sensualidad y hambre. Es obvio lo que desea: saciar su sed con mi erección. Aprieta mi pecho y luego lleva sus manos a mi cabellera, tomándola con fuerza. Sus gestos demuestran que quiere tenerme cerca. Parece que solo quiere más y más. Impulsa su trasero y sus caderas chocan con mi pene.

Estoy en mi dormitorio, con Ana Terán saboreando mi boca mientras siento cada curva de su piel excitante. Estoy apoyándola contra mi pecho mientras pienso cómo será tenerla bajo mi pecho, desnudarla y ponerla en...

Pero no puedo hacer nada más, porque alguien llama a mi puerta. Ana no se da cuenta porque

continúa sumergida en un océano de placer. Cuando logro alejar mis labios, me ve fijamente y sus mejillas se ruborizan velozmente. “¿Sucedió algo?”, me pregunta en voz baja. Vuelven a tocar la puerta y Ana puede oírlo. Entonces se sobresalta. Y su pena es mayúscula. Tanto, que baja la cara y no vuelve a ver mi cara por unos segundos. Noto que sus labios lucen más gruesos y su mirada brilla con fuerza.

“Pasa”, le pido, pero solo puedo pensar en la dulzura de Ana. ¿Cuándo había estado con una chica que sentía vergüenza porque alguien tocara la puerta e interrumpiera un beso? Tal vez nunca.

Entonces abren la puerta. “Disculpe que haya venido y lo haya interrumpido, señor Antonio”. Es Alberto. Está tan serio como siempre, aunque una sonrisa ligera aparece en su rostro. “Están llamándolo por teléfono. La persona afirma que es urgente y debe atender cuanto antes”.

Si le pido a Alberto que se vaya, la haría mía en unos minutos. Quiero hacerlo pronto, pues estoy tan excitado que necesito soltar mis líquidos, pero me digo que debo esperar. Y que ella espere también. Sé que, al aguardar un tiempo, se liberará con mucho más placer. Quiero decirle que le pida al interlocutor aguardar unos minutos, pero decido no hacerlo. Noto la tensión en sus músculos, el sudor en sus mejillas y su aliento jadeante. Y lo más placentero: la lujuria que arde en sus ojos.

Giro para verla. Noto su confusión. “Iré en un minuto”, digo. “Te lo agradezco, Alberto”, le digo.

Salgo del dormitorio, y sé que se excitará al recordar lo que dejamos a medio camino. Era exactamente lo que quería lograr.

CAPÍTULO 11

ANA

Creí que estaba disfrutando tanto o más que yo, pero veo que se marcha rápidamente como si nada hubiera pasado. Estoy sola. Solo el shock me hace recordar que aún estoy en la tierra. Lo veo y no entiendo nada. No sé qué acaba de suceder.

Y su colonia aún se siente en la habitación.

Mis labios piden besar los suyos. Nadie me había besado así. De hecho, nadie me había besado. Y su beso despertó un incendio en mi piel. A pesar de que me molesté cuando se fue, me dejo llevar por la fragancia. El aroma es tan fuerte que lo siento en cada parte de mi piel. Rayos, cómo deseo que vuelva. Y no solo se trata de deseo. Se trata de... necesidad. Mi piel exige tocar su piel.

Bajo ninguna circunstancia me negaría a seguir lo que estábamos haciendo.

No dejo de sentirme avergonzada y atemorizada. La mezcla de emociones me aterra. Me molesta tenerlo aún en mi mente. Tal vez notó que ansiaba estar con él, pero me intriga saber si notó... mi virginidad. ¿Se negó a seguir sus movimientos por esa razón? ¿O tal vez no sé besar? La sensación de incertidumbre me inquieta.

Tiene que ser otra cosa. No puede tratarse de eso.

Los espasmos de placer recorren mi piel, aunque sé lo absurdo que es sentir algo así. Apenas hace unos minutos le revelé que no quería tener nada con él.

Y he cumplido mi palabra. Pero “nada” tiene una excepción: no mezclaré mis sentimientos, pero puedo pasar un rato agradable con él mientras soy su esposa.

Pienso en la forma en que me vieron sus ojos antes de irse. Esa intensidad en ellos me demostró que quería volver. Que volvería en unas horas. Entonces analizo todo con calma, y creo que he estado exagerando. Seguramente atenderá la llamada, regresará y concretaremos lo que faltó. Me siento ansiosa otra vez al pensar en esa posibilidad.

Unos veinte minutos después entiendo que no regresará. Su intención fue dejarme sola para que pensara en él y lo recordara entre suspiros de deseo. Mierda. Si quería que me tocara pensando en él, no lo haré. No suelo hacer eso. No he tenido tiempo para ello en los últimos meses. Pasé la mayor parte del tiempo atendiendo a mi madre, por lo que el deseo sexual quedó relegado. Y aparte de ello, en mi vida no había ningún sujeto ni siquiera remotamente parecido a Antonio.

Doy un paso para comprobar que la puerta está asegurada. Después de hacerlo, me acuesto y toco mi vagina. Sí, voy a hacerlo. Al tocar mi clítoris, me doy cuenta de que sigue inflamado y vibra. Por Antonio.

Respiro con fuerza mientras cierro los ojos. Llevo mi mano a mi vagina. Hago presión sobre ella. La froto de arriba abajo, soltando mis músculos. Me digo que son sus dedos y no los míos los que están tocándome. Están sobre mi clítoris y su pene grueso y hambriento se cierne sobre mí.

Pienso en todo lo que haría con mi cuerpo si llegara.

En mi imaginación, cuando mis bragas llegan al suelo, Antonio me exige que me ponga en su escritorio, sentada, y que separe lo máximo posible mis piernas. Acato, como una sirvienta obediente. Lleva su rostro cerca de mi entrepierna. Me recreo con nuestros cuerpos en su oficina. Las fantasías brotan una por una en mi mente.

Todos mis músculos se exaltan. No hay manera de contenerme: pronto tendré un orgasmo. Bajo mi cara y puedo notar su deseo ardiente una vez más. Toma mis labios vaginales con calma, y luego se centra en mi clítoris. Fija su mirada en la mía para ver cómo reacciono ante sus movimientos. El deseo estalla en mi vientre a medida que sus manos pasean por mi zona íntima.

Sigue tocándome, y un par de dedos recorre mi entrada. “Te preguntaré algo, aunque ya sé la respuesta. Ningún hombre te ha tocado, ¿cierto?, me pregunta.

Es obvio que tiene experiencia. Podría satisfacerme, aunque yo sea virgen. Asiento como puedo. Me pregunto qué sentiré cuando me penetre con su pene. ¿Será doloroso? ¿O placentero? ¿O será doloroso y placentero?

“Te reservaste para mí, ¿verdad?”, me pregunta en voz baja mientras lleva un par de dedos a mi interior.

Estoy impresionada. No sabía que sería tan agradable. Inicialmente creí que sería terrible o doloroso, pero no es así. De hecho, decido insertar un dedo adicional, pensando que dos dedos sí equivaldrían al tamaño de su pene. Pongo mi dedo dentro y comienzo a respirar con dificultad. Siento los líquidos, lo jabonosa que estoy.

Quiero sacar de mi ser todo lo que siento. Lo he querido desde que vio con deseo mi vagina en su oficina, demostrándome con su mirada las ganas que tenía de poseerme. Aunque estoy clara en que mi mano no puede proporcionarme el placer que él me daría, sigo.

Sé que Antonio me pondría entre sus brazos con sus fuertes manos para ponerme cerca de su pecho. Me daría un beso poderoso como el que me dio temprano, llevando su lengua a mi garganta para saborear toda mi boca sin pensar en nada más y descubrir mis sabores. Impulso mi trasero para subir mis caderas. Luego muevo mis dedos con más fuerza mientras arqueo mi espalda. Son movimientos que no puedo controlar. Empiezo a gemir y mis ojos siguen cerrados. Recuerdo que alguien podría oírme o darse cuenta de lo que pasa, pero decido concentrarme en mi placer.

Siento que Antonio está conmigo, que su boca sigue besándome, si bien ni siquiera está en la habitación. Entonces me libero finalmente. Me veo obligada a morder mi boca para ahogar mis gritos. La liberación sacude todo mi cuerpo. Cada célula de mi cuerpo se agita desbocadamente.

Recupero lentamente la calma y veo el techo de madera sobre mí.

Acabo de llegar a su hogar, pero aun así me siento en el borde, como si no pudiera estar ni un segundo más sin su compañía, o tuviera que buscar el modo de liberarme. El clímax desaparece poco a poco. Siento que aterrizo en la realidad. ¿Qué rayos sucede conmigo? ¡Tuve un orgasmo en su habitación! ¡En su cama! Perdí el control de una forma tan salvaje, y no entiendo por qué.

Es obvio que va a tocarme otra vez, o al menos eso creo. Porque de lo contrario, no me habría dejado hambrienta y expectante. Planea tenerme así para cuando volvamos a estar juntos. Suspiro, y la imagen de sus ojos deseosos vuelve a mi mente. Es lo que Antonio desea que yo haga. Quiere que me sienta así. Busca despertar mi desesperación. Que ansíe sus caricias.

Decido dejar de pensar y cerrar mis ojos. He tenido tanta presión los últimos días que pronto me duermo. Siento la colonia de su piel en su casa y sueño con él mientras la noche pasa.

CAPÍTULO 12

ANA

Aunque intento que el sol no me quite el sueño, es imposible. Quisiera seguir durmiendo, pero no puedo. Es la mitad de la mañana y despierto. Supongo la hora que es por los rayos del sol que me abrigan desde el cielo y se abren paso por uno de los ventanales de la habitación.

Estiro los brazos mientras me ilusiono con la idea de que, al girar mi cara, Antonio estará del lado derecho de la cama, ofreciéndome una sonrisa o durmiendo todavía. Eso no sucede. Solamente estoy yo. ¿Qué se habrá hecho? ¿Qué hora es exactamente? No sé nada al respecto. No tengo una computadora ni un reloj cerca, y mi celular está completamente descargado.

Quiero que descubra mis senos y mi vagina. Me caliento tanto al pensarlo que deseo que venga cuanto antes. Lo noto cuando me pongo de pie y busco el cargador para conectarlo a mi teléfono. Entonces estiro mis brazos y busco algo de ropa en mi bolso. Me quito la ropa que tengo y voy al baño del dormitorio. Hay un gran espejo en él, en el que puedo ver toda mi piel. Me impresiono al verme. ¿Qué pasará con Antonio si me ve sin ropa, como estoy ahora? No lo sé, pero la imagen de mis dedos en mi clítoris, tocándome como hice anoche, llega a mi mente.

Tomo una ducha rápida, cepillo mis dientes, me pongo la ropa y desconecto el celular. Descubro que Natalia ha llamado en un par de ocasiones y Daniela en quince. Sé que muchos se acercarían a mí por dinero, pues mi padre era un hombre con una gran fortuna, pero no es el caso de Daniela.

No se acercó a mí por interés. De hecho, no me ha pedido un favor jamás en su vida. Al fallecer mi papá, estuvo conmigo en todo momento y “acampó” en la sala de estar de mi casa para darme consuelo y ayudarme con los servicios funerarios. Decido escribirle, porque no quiero despertarla. Suele levantarse tarde los fines de semana.

Sonrío al recordarla, guardo mi celular y salgo del dormitorio. Cierro la puerta y descubro que no hay nadie en el pasillo. La casa es enorme y cualquiera se extraviaría fácilmente, pero trato de recordar dónde estuve al llegar. A pesar de que me esfuerzo, siento que en cualquier momento me perderé. Además, estoy algo confundida. Bajo las escaleras, y solo me encuentro con un gran silencio.

Entiendo que debo hablar con Daniela lo antes posible. Me dará el mejor consejo posible para manejar la situación. Comprendo el origen de las sensaciones que experimento. Es el deseo que siento por él. Es como si me llamara desde la distancia. Mi cuerpo me exige buscarlo, a pesar de la inmensidad de la casa.

Estoy llegando al último escalón. “Feliz día, señorita Terán”, dice un hombre. Me sorprende, pues no había visto a nadie.

Cuando giro, veo de quién se trata. Es Alberto. “Feliz día, Alberto. Me sorprendiste”. Acaba de abrir un par de grandes puertas.

“Espero no haberla molestado. La llevaré al comedor”.

“No me molestaste. Y no quiero ir allí. “Solo quiero saber qué está haciendo Antonio”, le digo, cruzando mis brazos sobre mi pecho en señal de molestia.

“Trabajando”, responde.

“Pero es fin de semana”, digo, y frunzo mi ceño.

Sonríe, pero es un gesto muy discreto, y no deja de verme. “No importa. Mi jefe va a trabajar sábados, domingos y feriados”, me informa con calma.

“Mejor salgo a desayunar. Pediré un taxi... a menos que haya un chofer aquí”, digo. Peino mis cabellos con mi mano izquierda. Entiendo que, con la ausencia de Antonio, será más fácil para mí llamar a Daniela.

Mete su mano en un bolsillo de su chaqueta y me ofrece unas llaves. “Mi jefe le dejó esto”, dice.

Veo las llaves con sorpresa. ¿De verdad cree que...?

Abro mi boca de par en par. Entonces tomo las llaves. Me doy cuenta de que son de un auto lujoso. ¿Cómo es posible que haya gastado tanto dinero en un auto alemán y decida prestármelo?

“Oh, te lo agradezco”, respondo.

“El auto le pertenece al jefe”, me cuenta cuando percibe mi asombro. “Será suyo mientras se hospede en su hogar”.

“Pero no he tenido la suerte de manejar un auto de esos”, admito.

“Eso no es problema. Se dará cuenta de que manejarlo es muy sencillo”, dice. “Además, es automático”, me cuenta, bajando la voz.

“Imagino que está asegurado”, le digo, también bajando la voz. Sonríe con la información que acaba de darme.

Sonríe, ahora con más amplitud. “¿Le gustaría que le explicara cómo conducirlo?”.

Recuerdo que papá hubiera preferido que ni Natalia ni yo manejáramos un vehículo con esas características. Cuando cumplí dieciocho, el regalo de mi padre fue un auto. De dos puertas. Usado. Casi sin pintura. Papá dijo que así aprendería a valorar las cosas que recibía. Luego enfermó, y la idea de tener un auto nuevo desapareció para siempre de mi mente. “¡Por supuesto! Gracias”, le respondo. Me siento muy contenta. Aunque soy una inexperta en todo lo que tiene que ver con motores y ruedas, entiendo que los autos alemanes como ese son estupendos

El tiempo había pasado y estaba a punto de manejar un Mercedes nuevo. Saberlo hace que me emocione enormemente.

¿De verdad esto está pasando? ¿En serio estoy aquí? Aparentemente sí, y puede ser muy extraño, pero me encanta. Además, me alegra y me cautiva saber que Antonio no esté, pero igualmente piense en mí y se dé cuenta de lo que necesito. Sonríe mientras voy detrás de Alberto. Caminamos al impresionante estacionamiento del exterior de la casa. En realidad, él camina; yo estoy saltando de alegría. Veo todos los autos que hay: Cadillac, BMW, Ferrari, además de otros clásicos que están más pulidos que cualquier auto que haya visto.

Jamás hubiera pensado que Antonio haría algo como eso. Tal vez me equivoqué con su apariencia o mis prejuicios. Tal vez piensa mucho en las necesidades de los demás. O quizás simplemente lo hizo porque anoche nos besamos. Él pudo haber pedido un taxi u ordenarle a Alberto que me llevara a la ciudad, pero no lo hizo. Dejó un auto para que fuese a un centro comercial por mi cuenta.

Alberto deja de caminar cuando llegamos a un auto cubierto por una capa protectora.

Él la saca, y la impresión por poco me hace derrumbarme. “No me digas que este es el auto, le pido, con sumo entusiasmo. ¿Este... es... el... Mercedes? ¡Por Dios!”.

¿Cómo es que mi vida se tornó tan maravillosa en tan poco tiempo? No lo sé, pero al pensar en ello siento cómo mi piel se llena de hormigueos. Veo el auto. Resplandece cuando el sol se cuele por una ventana y cae sobre él. Es de un elegante tono gris. Alberto lo abre y toma asiento, mientras empiezo a creer que el vehículo es un animal salvaje con ganas de liberarse. Giro y no separo mis ojos del auto ni por un segundo. Doy una vuelta y subo. El olor del cuero de la tapicería me atrapa. Todo dentro de él luce como nuevo. Los asientos son de color beige y el tablero parece una computadora.

Creo que le contagié a Antonio mi alegría. “Exactamente. Este es el auto que el jefe dejó para usted”, me indica mientras ríe suavemente.

Alberto me mostró cada uno de los botones del auto y cómo manejarlo. Debo aprender, pues será mi medio de transporte mientras me quede en la casa. “Alberto, estoy muy agradecida contigo”, le informo.

Sale del auto para que pueda ver los otros detalles. “No tiene nada que agradecer. Los dejaré a solas”, responde.

Posiblemente me gusten más los coches de lo que creí. O quizás el auto me parece perfecto y no quiero salir de él. Nunca más. Giro y noto que Alberto ya no está en el garaje. Empiezo a aplaudir y a gritar. El Mercedes me encanta.

Estoy feliz porque sé que más tarde veré a Antonio otra vez. Volverá de su oficina. Pienso en un modo de demostrarle mi gratitud por lo que está haciendo por mí. La emoción que hierve en mi interior me hace pensar que la alegría que estoy viviendo no se limita al auto.

Quería ir al centro a desayunar, pero se me ocurre una idea. Puedo ir más allá. Así daré una vuelta más larga y podré probarla y pasear con ella. Sí, ella. No se trata de un vehículo. Se trata de mi compañera. Me parece que es una mujer y está ganándose mi cariño. La llevaré a un lugar en el que se sentirá muy cómoda. Enciendo el motor y apenas lo oigo. Mis manos acarician el volante. Creo que, como dijo Alberto, manejarlo será muy sencillo.

Manejaré y se la enseñaré a Daniela.

CAPÍTULO 13

ANA

Aunque Daniela diga que estoy loca, estoy dispuesta a cumplir mi palabra. Ella no sabe que me involucré con Antonio. Se lo he ocultado por un motivo muy importante. Se sorprendería por mi historia, diría que lo que hago es una locura, que estoy actuando como una suicida. Que andar con Antonio, a pesar de que solo sea por La Estancia, no es adecuado. Me diría que diera un paso al costado, pero eso no me importaba. Tenía una meta en mente y tenía que lograrla. Mamá también estaba en mis pensamientos.

Entonces la llamo desde mi celular.

Suele pasar mucho tiempo en el centro de la ciudad, y en clubes, si no tiene que trabajar. Seguramente está en la habitación de un hombre que conoció en un bar y pasó la noche con él. Sexo sin ataduras. Trabaja en una cafetería. Es barista. Muchos clientes se acercan a ella por sexo, pero luego se apegan y luego les cuesta olvidarla. Entonces ella los despide con una patada en el culo: una frase como “solo fue sexo”. Oigo dos sonidos y luego aparece su voz. “Hola”, contesta, a secas, y sé que la desperté con mi llamada.

Su amistad es muy importante para mí, igual que lo es la mía para ella. Por eso, entiendo a los tipos que se acuestan con ella. Es una mujer con mucha alegría. Es como un tornado que arrasa con todo a su paso, pero de una forma agradable. Todos simpatizan con ella al momento de conocerla. En cambio, mi personalidad es más introvertida y pesimista. Sé que su presencia siempre me opacará, pero no me importa.

“Hola”, le respondo, con tono suave. “¿Podemos conversar?”.

“Seguro”, dice con firmeza. “Tu llamada me salvó el día. Si no hubiese sido por ti, me hubiera demorado para trabajar y habría llegado tarde. Te lo agradezco”.

Me desanima su información. “Vaya. No sabía que trabajas los sábados también”, le digo.

“Claro. No tengo la suerte que tienen otras personas de quedarse en su casa durante los fines de semana a no hacer nada”, dice, con tono jocoso. Después ríe y me cuenta que una compañera enfermó y va a suplirla.

“Estupendo. Quiero... necesito contarte algo”, le digo, y suspiro.

“Ana... ¿pasa algo?”, me pregunta, con tono preocupado.

Es la amiga número uno de mi lista. Es la única con la que realmente cuento para salir del foso en el que me hundí tratando de salvar mi casa, la casa de mi familia. ¿Debo contárselo de inmediato? No lo sé. Igualmente creerá que lo que hago es absurdo. Sin embargo, se trata de Daniela. La mejor persona del mundo.

Empiezo a contarle todo desde el principio. El testamento de mi padre, las bofetadas con Cristina, luego Antonio, el matrimonio y mi mudanza a su casa. Pero omito la parte del beso que nos dimos anoche. No es necesario que actúe como un bombero que viene a rescatarme del fuego que ese “villano” de cuento de hadas inició.

“Mierda”, exclama cuando paro de hablar. “¿Tu padre... de verdad... le dejó La Estancia a esa malparida?”.

“Así es”, le digo, exhalando. “Estoy tan sorprendida como tú. Aun no entiendo los motivos de su decisión. Si alguien tenía claro que mi madre amaba ese lugar, era él. Además, ella quería que la casa quedara en nuestras manos”.

“Es que es muy extraño”, dice en voz baja. “Tu hermana y tú... bueno, eso quedó atrás. Ahora lo más relevante aquí es que tú...”.

“Entiendo lo insólito que suena. ¿Seré la esposa ficticia de un hombre por el que no siento nada para evitar que la casa se venda?”, le pregunto, completando su frase.

“De hecho, he oído muchas cosas insólitas, pero esto supera todo”, asegura. “¿Cómo te sientes? ¿Saliste de la casa?”.

“Me siento bien”, le digo con firmeza. “Salí de la casa. Y tomé un auto que... me dejó para que lo usara mientras estuviera en su casa”.

“¿Dices que te dejó un auto?”.

“Exacto”, le digo, mientras toco el suave cuero del asiento del copiloto. Sus gritos son tan fuertes que debo separar mi celular de mi cara. A pesar de ello, puedo oírlos.

“¿De verdad? ¡No puedo creerlo!”.

“Créelo. “Sé lo que estás pensando, así que déjame decirte que sí, te dejaré manejarlo”, le digo. Además... es un Mercedes”, le cuento. Entiendo que lo hago para mostrar algo de vanidad. Y que sienta un poco de envidia. Daniela ama los autos. Al decirle que estoy manejando un Mercedes, sé que empezará a saltar de emoción.

“Estupendo. Igualmente iba a quitarte las llaves cuando te descuidaras”, asegura riendo. Entonces hace silencio.

Lo que me sucede inquietaría incluso a las personas más calmadas. Por eso, hace silencio. Un silencio que me indica que siente temor por lo que pueda pasar. Entiendo el motivo de sus miedos.

“Ana, espero que sepas lo que haces”, me indica en voz baja. “Tengo tiempo en esta ciudad y conozco la reputación de Antonio con las mujeres. Sé que...”.

“Daniela, llegamos a un acuerdo. Lo nuestro es una fachada para que él reciba las acciones y yo conserve mi hogar. Sé lo que piensas, amiga. Y no te preocupes. Todo saldrá bien. Esto es lo que me propuse y lo haré”, digo. Entonces me acomodo y decido hablar con más firmeza para que ella no se preocupe, aunque tengo fuertes temores también.

“Imagino que confías en él”.

Recuerdo lo que experimenté cuando acarició mi cara en su oficina. Un arcoíris de emociones se dibujó en mi pecho y sentí que luego vendría la lluvia de placer. Me quedo en silencio mientras el sabor de su boca sobre mis labios llega a mi garganta y mi mente.

“¿Hola?”.

“Lo siento, me distraje con un auto. Alexis vio el acuerdo y aseguró que estaba en orden”, digo, sin entrar en el resto de los detalles.

“Sabes que no me refiero al contrato”, me recuerda con calma.

“Daniela, te aseguro que estaré bien. Me mantendré al margen. Se trata de un hombre. Es todo, ¿no?”.

Hace una pausa y entiendo que está pensando en lo que va a responderme. “Me encanta escucharte hablar de ese modo”, me cuenta luego, con el entusiasmo usual de su voz. “Espero que vengas pronto para subirme a ese auto”.

“Puedo pasar por ti cuando salgas del trabajo”, le digo, con una sonora risa.

“Muy buena idea. Te esperaré. A las cuatro termina mi turno”.

Enciendo el motor otra vez y abandono el lugar. Estoy tan feliz que no paro de sonreír. Quiero verlo. No quiero esperar más por su compañía. Debo buscarlo ahora. “Perfecto”, le digo, y termino la llamada. Guardo el celular y pongo ambas manos en el volante una vez más. Me siento mucho más animada. Un plan surge en mi mente, y me convengo de lo que debo hacer. Tal vez sea una locura. Tal vez se trate de lo más absurdo que he hecho en mi vida, pero las ganas de hacerlo no saldrán de mi pecho hasta que lo haga.

CAPÍTULO 14

ANA

¿Será el beso que me dio? ¿El auto que me cedió? No entiendo la razón, pero me siento más segura de mí misma. Y me encanta la sensación. Me peino mientras me veo en el espejo del auto. Mi intención es mostrarme como una de las chicas atractivas que Antonio Vélez suele conquistar. Entre mis cosas descubro un lápiz labial rojo. Pinto mi boca con él. Entonces mis labios se tornan más voluminosos e intensos. Ese es exactamente el efecto que quiero lograr.

Sé que ahora las mujeres pueden conquistar a un hombre y pedirle que satisfaga sus deseos. Un ejemplo es mi amiga Daniela. Acostumbra pasar sus noches en bares, buscar hombres para que le den placer. No veo nada de malo en ello. Creo que hay que disfrutar la vida a plenitud. Recordé lo que pasó con él en su habitación. Entendí la intención que lo movía a actuar así: esperaba dejarme necesitada de él. De su cuerpo. Logró que ahora tenga la determinación de ir en plena tarde a su oficina para que me haga suya. Al verme, quizás se asombre por lo que estoy haciendo. Pero no me importa.

Tomaré el control. Tomaré como muestra las chicas expertas que llegan sin avisar a los lugares de trabajo para que las posean en el ascensor o en un escritorio. Probablemente no se dé cuenta de que nunca he estado con un hombre, aunque igualmente no sé exactamente qué haré al llegar a su oficina, pero algo se me ocurrirá.

En la entrada no está la recepcionista que me atendió durante mi primera visita. La reemplazó una chica igualmente muy gentil. Le explico lo mismo que le conté a la chica que me atendió en la entrada. Asiente y me indica dónde está el ascensor. Paula, sin embargo, sí está en la segunda recepción. Me asombra su presencia. No entiendo qué hace en la oficina un sábado. Tal vez adora su trabajo. O tal vez está derretida por Antonio.

“¿Reservaste un turno esta vez?”, me pregunta con su frialdad habitual y sus ojos molestos.

“A partir de ahora, eso no hará falta”, digo. La veo con frialdad también.

A pesar de mis palabras, niega con su cara. “El señor Vélez no puede atenderla ahora”, dice con tono irritante. Pareciera que le enfada decir esas palabras o tener que lidiar conmigo. Tal vez no le guste su trabajo o hablar con el público. De ser ese el caso, ya debió haber renunciado.

Busco mi celular el llamo a Antonio. Atiende tras unos segundos. Exhalo profundamente y me quedo allí, sin moverme, viéndola fijamente. Debo entrar ahora en su oficina. Ella no va a impedírmelo.

“Hola”.

“Hola, Antonio. Necesito que le digas a tu recepcionista que tu futura esposa vino a verte y debo entrar”.

Paula abre sus ojos de par en par. Asiente, pero no deja de verme con enfado. Entonces me percato de que no está aquí solo por trabajo. Es obvio que siente algo poderoso por su jefe. Está claro que la noticia no le gustó en absoluto. Lo sé por su expresión.

Paso y abro la puerta sin anunciarme. Él está allí, sentado frente a la gran mesa de su oficina.

Sonríe mientras ve mi cara. Luego esa sonrisa se acentúa cuando pasa sus ojos por mi piel y luego los sube lentamente. Me ve, aún en silencio. Le alegra verme, eso es seguro.

Mi mente está nublada. El deseo de sentir sus labios otra vez en mi boca se hace cada vez más fuerte. Me quema. Necesito sentir su boca para saciar esa sed que tengo de sus besos. Debo liberar esa necesidad cuanto antes. Giro para cerrar la puerta. La aseguro con llave y me quedo por un instante frente a ella. Cierro la puerta y el eco ahoga el silencio del lugar. Empiezo a girar con calma. Dejo caer mi espalda en la puerta. Y lo veo.

Se niega a hablar, pero su mirada intensa sigue sobre mí y me demuestra lo que siente.

Empiezo a caminar hacia él. “Tengo la sospecha de que Paula siente algo intenso por ti”, digo.

¿A qué vino? ¿Por qué se vistió y se maquilló de ese modo? ¿Por qué dice esas cosas?, son las preguntas que deben estar en su mente. Abre un poco su boca, mostrando lo sorprendido que está.

Saberlo me hace sentir más segura: sus preguntas que no tienen respuesta.

Noto que ve mis muslos. Como llevo una falda bastante corta, puede ver casi toda la parte inferior de mi cuerpo. Imagino que decidí vestirme de ese modo para que me viera así, aunque no era consciente al momento de buscar mi atuendo. Doy unos pasos más para llegar a su escritorio. Mi avance es lento y firme. ¿Cómo es que yo puedo actuar así y no lo sabía? No tengo idea, pero me encanta hacerlo. Me convertí en una persona con confianza, que puede tomar el control de una situación y ser atrevida. Soy distinta a la Ana que era.

“¿Has tenido sexo con alguna de las empleadas de esta oficina?”, le pregunto. Me sorprende saber que estoy hablando sin pensar.

Empieza a sonreír ampliamente. Luego niega con su cara mientras sigue viéndome. “Jamás. Me traería inconvenientes que no necesito”, dice, y me detengo cerca de su escritorio. “¿Por qué lo preguntas? Ah, ya sé. Sientes... celos”, asegura.

“No estoy celosa, pero creo que debemos actuar como una pareja comprometida. Será difícil que la gente nos vea como un matrimonio amoroso si te acuestas con tus secretarías”, digo, y encojo mis hombros.

“Tenemos que casarnos y será el fin. Nadie tiene que creer nada”, dice, invocando el acuerdo.

“Sí, tienes razón”, digo, asintiendo.

Baja la cara y busca algo en el bolsillo de su chaqueta. Es una pequeña caja azul. “De todos modos, si crees que es importante, ten”, dice, extendiendo la caja para que la tome.

“¿Y esto?”, exclamo, con dificultad. Abro ampliamente los ojos. Tomo la cajita y la abro. Dentro de ella hay un gran anillo de oro puro.

“Algo que le dará un toque de realidad a nuestra unión”, dice, viendo mis ojos.

“¿Esto es genuino?”, le pregunto al ver el anillo. Mi padre guardó muchas joyas del siglo pasado en una caja fuerte del banco, pero no las usé jamás. Él lo había prohibido. Tenía un temor obsesivo de que algún delincuente nos lo quitara en la calle. Esperaba que Natalia y yo conserváramos nuestras manos. Ahora estoy impresionada por lo que veo.

“Obviamente”.

Me doy cuenta de que, si empiezo a usar el anillo, estaría demostrando que me comprometo en una relación que realmente no existe. No estoy con Antonio porque sienta algo fuerte por él, al menos no todavía... ¿o sí? “Creo que esto... es demasiado para mí”, le digo, viendo el anillo de oro. Está en la caja y no dejo de mirarlo mientras siento que hay algo que está mal, aunque no sé exactamente qué es.

“¿Qué te hace pensar eso?”, me pregunta. “El auto sí te agradó, y mucho”.

“¿Cómo descubriste que estaba usándolo?”.

“Lo reconozco solo con verlo”, dice, asomándose por una de las ventanas.

El tono de su voz demuestra la seguridad que tiene y lo que quiere hacer. Quiere mostrarme que está al tanto de mis sensaciones y puede jugar con ellas. No se guarda ninguna de sus opiniones. Me agrada que lo haga. Me encanta un hombre que sabe lo que quiere y lo dice sin reservas.

Extiendo la mano con la caja. Supongo que la tomará de vuelta, pero eso no sucede. Se queda inmóvil. Los gestos amables de Antonio no me convencen de que use el anillo. No me gusta saber que vale tanto dinero. Además, soy tan distraída que seguramente lo dejaré en algún lugar y luego no lo recordaré.

“Ya lo aseguré, Ana”.

“De todas formas, no me gustaría...”, digo en voz baja.

Noto el brillo en su cara y siento que me ilumino. A pesar de ello, me niego a hacer lo que me pide. “Puedes ponértelo. Ahora”, me pide con tono de autoridad.

Usa sus manos para extraerlo de la caja. Toma la palma de mi mano con las suyas e inserta la joya en mi dedo. Entonces se inclina sobre el escritorio. “Quiero ver cómo te queda”, me indica para convencerme.

Su colonia llegando a mi nariz me atrapa, así como el modo en el que se acerca a mí, el efecto que produce en mí con su sonrisa... Y no puedo decir nada. Su acción me ha dejado paralizada. Todo es muy surreal. Soñé con que algo así pasaría, como toda mujer, suponiendo lo mucho que me emocionaría cuando mi prometido pusiera el anillo en mi mano para mostrar el compromiso que teníamos. Jamás creí que sería en una situación como esta. En cualquier caso, hay un aire de emoción sobre mí, aunque no quiera reconocerla.

Subo la cara para ver su rostro. “Debemos apurarnos con este asunto. Hay que decirle a todo el mundo que nos casaremos”, digo, intentando quemar la alegría que siento.

Es obvio que siente que me controla. Noto su expresión de felicidad.

Me enfado conmigo misma por sucumbir ante mis emociones. Me doy cuenta de que mi cuerpo se ha llenado de electricidad. ¿Por qué me siento así con sus caricias?

Siento que quiere acercarse más y chupar mi cuello. “Podríamos adelantar nuestra luna de miel”, asegura, mordiendo su labio inferior.

“No lo digo por esa razón. La verdad es que...”, digo, y hago una pausa mientras miro a los lados. “Quiero hacer pronto lo de mi casa. No me gustaría que mi madrastra se deshaga de ella y no

podamos hacer algo antes”. Mi cuerpo recibe más descargas de alto voltaje, especialmente bajo mi vientre. Intento concentrarme en otra cosa.

“Entiendo. Se trata de tu casa...”, dice, llevando sus dedos a mi vientre. “Por esa razón estás en mi oficina a esta hora de la tarde. Esperabas que se concretara el trato de la finca... supuestamente”.

Intento responder, pero sus dedos en mi cuerpo captan toda mi atención.

Siento el roce de su boca con mi cuerpo, y creo que voy a perder la razón. Lleva sus labios cerca de mi cara y luego se acerca a mi sien.

“¿Olvidaste qué día es? No tenías que venir. En unas horas estaré en casa”, dice, mientras chupa mi oreja. “No pudiste esperar porque me deseas, ¿o me equivoco? Deseas que te toque... así”, dice, y pone sus dedos en mis muslos. Empieza a subirlos y me toca con fuerza. Sube su boca con lentitud y atrapa el lóbulo de mi oreja. Con sus palabras y movimientos deja claro que vine por otra razón. Además, está dispuesto a satisfacerme.

Antonio José Vélez tiene sus manos en mis piernas. No es una fantasía. Es una realidad. Apenas logro recordar dónde estamos y que un grupo de personas trabajo bajo nuestro piso. Además, Paula debe estar pegada a la puerta de la oficina. Pero eso no importa. De hecho, me gustaría que nos oyera. De ese modo sabré que no estoy soñando.

CAPÍTULO 15

ANA

Bajo mi cara y descubro que su mano sube más y tocan mi ropa interior.

Abro mi boca y sin pensarlo suelto un gemido que nunca imaginé que saldría.

“Ana, siempre has sido muy dulce y educada”, susurra en mi oreja. “Eso está bien, pero en ocasiones, puedes atreverte. Atreverte a hacer cosas... pervertidas”, asegura, insertando su mano bajo mis bragas para sentir mi vagina. Y Tiene razón. Quiero atreverme. Y también deseaba que me tocara. Veo su expresión de satisfacción. Parece que le gusta cómo reacciono.

Me acerco para apoyarme en su cuerpo, aunque creo que mis piernas cederán en cualquier momento. La sensación es tan agradable que vuelvo a gemir, con más fuerza. Usa uno de sus brazos para tomarme por mi espalda y evitar que resbale.

“Vaya. ¿Puedes ver lo húmeda que te pusiste?”, me pregunta, con un tono lleno de deseo.

Deseo que cada movimiento de mi cuerpo le indique que estoy de acuerdo con lo que está haciendo, porque no puedo hablar. Llevo un rato sin poder hacerlo. Y quiero que siga tocándome.

“¿Deseas que te tome, Ana?”, pregunta. Sube una de sus manos y sube mi mandíbula, obligándome a verlo.

Mi mundo se ha reducido a Antonio. Como puedo, asiento. Intento afirmar con mi boca, pero no puedo. Estoy ardiendo de deseo. Deseo de ser suya, que me tome sin decir nada más.

“Necesito que lo digas”, exige.

“Lo deseo. Sí, lo deseo”, digo, con tono ansioso.

Estoy desnuda de la cintura para abajo y él puede verme. Toma mi cuerpo y me sube a su escritorio. Baja su cara para trabajar en mi vagina, pero escucho que tocan su puerta. Mis palabras bastaron para que empezara a moverse con más rapidez. Toma mi falda y la sube por completo.

Apenas puedo respirar.

“Señor Vélez”, dice Paula, sin abrir. “Un gerente quiere...”.

Su mirada se sostiene sobre la mía. “Lo contactaré después”, dice Antonio, impidiendo que siga hablando.

“Dice que es urgen...”.

“Lo contactaré después”, reitera, con un tono más fuerte, tras lo que baja mi ropa interior, ve mi vagina y flexiona su cuerpo para atrapar mi cuerpo con sus labios.

Estuve muchas noches pensando cómo se sentiría un beso de un hombre en mis labios vaginales o mi clítoris, pero hubiera sido imposible que mi imaginación llegara a recrear una sensación tan placentera como esta. Cuando besa mi vagina, siento algo tan intenso que no se parece a nada que haya experimentado antes. La suavidad de su boca y la calidez que emana de ella me encantan. Me

besa con calma. Siento que quiere disfrutar toda mi zona privada.

Gimo con contundencia mientras lo veo deleitarse con mi cuerpo. Lleva su boca a mi clítoris y dibuja círculos con su boca. La emoción con la que lo hace me hace pensar que quería hacerlo desde que lo busqué por primera vez. Siempre creí que los hombres solo querían tener chicas en las camas para penetrarlas con sus penes de inmediato, pero Antonio me demuestra el gozo que siente con sus besos.

Me apoyo con mis codos en su mesa y reclino mi cara. Siento que respirar se ha vuelto muy complicado. Su boca se hunde en mi clítoris y empieza a subir sobre él con lentitud. Quiere que me adapte a sus besos. ¿Ya descubriría que no tengo experiencia en la cama?

Siento que quiere continuar y continuar hasta el fin de sus días. “Mierda. Me encanta tu sabor”, suelta en voz baja. Pone sus manos en mis caderas para llevarme más cerca.

Antonio podría lamer la vagina de cualquier otra mujer. Muchas querrían ocupar mi lugar por lo atractivo y sensual que es, pero él decidió estar conmigo. Solo conmigo. Exhalo y bajo mi cara otra vez. Lo que veo me maravilla. Sus cabellos oscuros están cerca de mi vagina. Toda su cara está enterrada en mi vagina. Me parece que no desea hacer otra cosa que no sea saborearme.

Y creo que ya está logrando que alcance un orgasmo.

Estoy cada vez más cerca. Y él se deleita al saberlo. En medio de las descargas que siento, puedo darme cuenta de lo feliz que está. “Cielos”, alcanzo a decir. La ansiedad empieza a desbordar mis músculos. Me dejo llevar por la intensa sensación. Persiste con los movimientos lentos de su lengua y traza un camino sinuoso con ella en mi clítoris mientras su cara se aproxima más a mi vagina. Creo que sabe lo que me ha hecho. Aprieta mis nalgas con fuerza y escucho sus gemidos. El sonido es maravilloso.

Estoy explotando de placer como nunca lo había hecho. Entonces sucumbo por completo. Ya no puedo soportarlo más. Necesitaba liberarme pronto. Subo mi trasero para alcanzar su rostro con mis caderas. Puedo ver las venas levantadas de mis manos. Las afino con todas mis fuerzas a la mesa. Finalmente, las descargas eléctricas que se iniciaron con el beso que me dio la noche anterior se convierten en un corto circuito.

Finalmente tomo su cabellera para reclinar su cara. El clímax continúa sacudiendo mi piel. “Mierda”, digo entre gemidos. Todo lo que había estado reprimiendo se libera. Empiezo a sentir fuertes espasmos en mi vagina, que luego se esparcen por todo mi cuerpo. Siento que voy a desmayarme en unos segundos, pero él sigue chupando mi clítoris. Lleva sus labios en todas las direcciones.

Se levanta con prisa y pone sus labios sobre los míos. Luego inserta su lengua en mi garganta. Puedo saborear mi vagina. Ahora recordaré siempre cómo me besó.

“Esa es la razón por la que viniste, ¿verdad?”, pregunta. Abre bien sus ojos a medida que se separa de mí.

Creo que mis pies están tan débiles que no podré levantarme mucho tiempo. Mis piernas cederán ante el placer del orgasmo que aún me agita. Pero debo salir de su oficina. Si me quedo, no podré resistir al deseo que aún siento. Hago un esfuerzo para subir mi ropa interior y bajar la tela de mi falda. Ahora quisiera que su secretaria no haya oído los gritos de placer que solté cuando Mis

líquidos aún están en sus mejillas. “Así es”, confieso, en voz baja. Antonio me saboreó. “Debo irme. Concerté un encuentro con una amiga”, le cuento, si bien esa cita solo ocurrirá en unas horas para buscar a Daniela. La realidad es que quiero estar a solas para pensar en lo que acaba de pasar.

Puedo ver un brillo en las paredes. Al bajar mi cara, me doy cuenta de que se trata del anillo de mi dedo. La imagen de él en mi mano es maravillosa. Además, me queda perfecto. Eso me genera algo de incertidumbre. Me pregunto cómo supo qué talla debía comprar para mí.

“Entiendo”, dice con calma mientras asiente.

Lo dejé besar mi vagina, pero dejar que me penetre y descubra mi pureza... debo estar a solas para saber si le permitiré hacer algo así. Incluso una charla con Daniela al respecto me vendría bien. Veo a Antonio, y parece que puede leer mis pensamientos. Sé que se da cuenta de que no quiero estar aquí por mi cobardía.

Sonríe ampliamente e inserta la llave para abrir la puerta. Cuando la abre, lo primero que veo es el rostro de Paula.

Paula no está de acuerdo con lo que pasa y lo expresa sin reservas. Su expresión me indica que tal vez no me oyó, pero sí pudo darse cuenta de lo que Antonio me hacía. Siento que mi vagina sigue inflamada y vibra con fuerza. Sonrío, pero en vez de corresponderme con otra sonrisa, me ve con algo de molesta. Tomo el ascensor para bajar, mientras la imagen de los labios de Antonio chupando se mantiene en mi mente.

Pero no he olvidado lo que Antonio me dijo. Me aburriré de él, se lo diré y nuestras vidas continuarán como si nada hubiera pasado. No me gusta pensar que eso sucederá, a pesar de que fui yo quien planteó el trato y las condiciones. Recuerdo a Paula. Quizás sienta algo fuerte por él. Está... enamorada. Pero eso no me importa. Es su vida.

Me pregunto otro hombre tan sensual y lindo como Antonio me dirá lo que quiere, sentirá interés por mí y me besará como él lo hizo. Ciertamente, muchas mujeres se negarían a compartir su vida con un hombre con el único objetivo de conservar una casa, pero eso no quiere decir que haya perdido la razón. Empiezo a sentir que me atrae, así como yo le atraigo. ¿Qué motivos me impedirían pasarla bien con él? Ninguno. Abro la puerta del Mercedes y subo. Tomo aire y también me pregunto si hay alguna manera de darle un final diferente a lo nuestro.

Al permitirle ser el primer hombre de mi vida, espero hacer todo correctamente y disfrutarlo, como hasta ahora lo he hecho. Al ver el edificio en el que trabaja, me digo que ya sé cuál será mi próxima parada. Y también tomo una decisión. Espero que nuestro encuentro nocturno sea lo mejor que me haya pasado en la vida.

CAPÍTULO 16

ANTONIO

Pongo el abrigo en el sofá, dejo mis llaves y mi maletín en la mesa y suspiro. Estoy llegando a casa y me doy cuenta de que el ambiente es muy distinto. No sé dónde está Alberto. Suele aparecer cuando llego para ofrecerme su ayuda, especialmente si traigo bolsas o las compras. También me pregunta cómo estuvo el trabajo. Ahora, simplemente no está. ¿Esto será idea de Ana? ¿Se relacionará con su estadía en mi oficina en la tarde? Hay un silencio agradable, los bombillos dan poca luz y hay mucha calma...

Jamás olvidaré su dulce vagina en mi boca. Causó un efecto que ninguna mujer me había causado. El sabor de su clítoris sigue en mi memoria. Y nunca saldrá de allí. Cielos, cómo disfruté esa visita. Fue la primera vez que estuve con una chica en mi oficina. También fue la primera vez que sentí tanto deseo por una mujer en mi trabajo, de tal modo que dejé de hacer todo lo que estaba haciendo. Y no me arrepiento. Me encantó su vagina y la manera en la que Ana se dejó llevar. Parecía que estaba clara en algo: no podría negarse a estar conmigo. Fue lo más excitante que he vivido. Además, sus ricos gemidos, sus ojos cerrados y la forma como se aferró a mis cabellos después de venirse, me encantaron.

Debo poseer su cuerpo... con mi pene.

Tomo las escaleras para llegar a mi dormitorio. Voy de prisa, porque ya imagino que me espera. Abro la puerta rápidamente...

Y la veo.

Abre sus ojos ampliamente al ver mi cara. Mi cuerpo se acerca al suyo. Está acostada en mi cama. Creo que es un sueño que se hace realidad para que yo lo disfrute. Dejó caer sus cabellos largos sobre su pecho. Lleva una lencería blanca muy fina, casi transparente. Es el atuendo ideal para una luna de miel.

Afinca sus rodillas en el colchón y desabotono mi camisa.

“Ojalá no te molestes por lo que hice, pero le pedí al personal de la casa que no trabajaran esta noche”, me cuenta, en voz baja, mientras se fija en el colchón. Doy un paso hacia ella y deja de moverse. Baja más su cara y descubro que no quiere verme.

“Nuestro personal”, le digo. Quito el último botón de mi camisa y tomo su mandíbula, invitándola a verme. Su boca se abre tiernamente y siento que estoy frente a una cena caída del cielo

“Antonio, debemos hablar antes de esto”, susurra. “No he estado con... espero que me entiendas. Sería la primera vez que yo...”.

Ha recibido mis caricias, pero el aire puro y dulce de su comportamiento me ha dejado saber que no tiene experiencia en la cama. Por eso entiendo sus frases. Ya había supuesto que era virgen.

Comprendo que cree que quizás no querré estar con ella o le pediré que se vaya. Muerde sus labios y me ve con expectativa.

“¿Esperas que sea el primer hombre de tu vida?”, le pregunto, murmurando. En realidad, me siento

muy contento. Saber que ningún hombre la ha penetrado me llena de calor. Me siento glorioso. Estuve equivocado al creer que solo la ayudaría a solucionar un problema con su casa.

“Es lo que más deseo”, dice. Asiente y ve mis ojos.

Tomo sus manos y las pongo encima de mi cara mientras la veo. Entiendo lo que sucederá. Estaré en su vagina hasta saciar su deseo reprimido. La cogeré y haré que quiera que siga. Acercó mi cara y beso sus labios. Unos labios llenos de pureza y dulzura. Uso mi lengua para abrirme paso en su boca. Logro que la abra, y así descubro cuánto me desea. Me deshago de mi ropa, empezando por la chaqueta y continuando con la camisa. Las lanzo al piso. Sigo trabajando en sus labios. Me alejo un poco, pero solo para llegar a mi cama y hacer que repose en ella mientras me acomodo sobre su cuerpo.

No dice nada. Solo gime e impulsa su trasero para que sus caderas choquen con mi pene. “¿Te imaginas cuánto he deseado poseerte?”, le pregunto suavemente en su oreja, y sigue en silencio.

Uso mi mano para llegar a sus muslos y luego la subo para tomar su ropa interior. Está empapada. Puedo notarlo al tocar la tela. “Esta vagina deliciosa va a pertenecerme”, le informo. Su inexperiencia queda clara con la torpeza de sus movimientos, pero eso no me importa. Al contrario, cada una de sus acciones me enciende más.

Vuelve a gemir.

“Ni te imaginas lo rica que te sientes”, le digo en voz baja. Me pregunto cuánto tiempo ha estado alimentando su deseo por mí. Tal vez mucho, porque está muy húmeda. Bajo un poco su ropa interior y llego a su maravilloso clítoris. Gime, con más fuerza, y entonces inserto un dedo en su vagina. Mi dedo se empapa de inmediato con sus líquidos. Su interior está resbaladizo.

Bajo un poco mi cuerpo para bajar parte de su sujetador, de modo que pueda ver uno de sus senos. La tela es fina y puedo bajarla con rapidez. Su seno aparece ante mí. Lo beso delicadamente y luego lo chupo. Al cabo de unos segundos, su pezón se levanta en mi lengua. Inserto un dedo más en su interior, para que termine de acostumbrarse a tener mi mano en su cuerpo. Clava los dedos de sus dos manos en mi columna vertebral. Está dejándose llevar para adaptarse a mis dedos, que llevo poco a poco cada vez más adentro. Espero que lo disfrute tanto como yo estoy haciéndolo. Por ello actúo con calma. De todos modos, puedo ser muy paciente con ella. Toda su piel me encanta, por lo que podré pasar con ella con toda la lentitud que requiera.

Manejo mis dedos con cautela, pero no paro ni un instante. Gime y su respiración se hace dificultosa.

Las chicas inexpertas generalmente no actúan de ese modo por el miedo que experimentan. No dicen lo que desean ni lo demuestran. No es el caso de Ana. Me demuestra con sus gemidos y acciones lo que espera que haga para satisfacerla. Y me alegra mucho hacerlo. No tendría ningún problema en chupar sus ricos labios vaginales todos los días. Me dirijo a su seno derecho, pero me detiene al poner una mano en mi cabeza. Entiendo que quiere llevarme al lugar en el que experimenta más placer. Me alegra que lo haga.

Empiezo a pensar en las formas en las que podré recorrer su cuerpo y cómo podré darle algunas lecciones sexuales una vez que ya no sea virgen. Sonrío para mis adentros, pensando que vamos a pasarla muy bien. Sus músculos se tensan, lo que me hace suponer que está a punto de tener un orgasmo. Me gustaría penetrarla con mi pene, pero sé que podré esperar por ella. Sé que cuando

finalmente la tenga, el placer será inmenso. Tengo una gran erección. Incluso mis bolas me duelen, pero igualmente aguardaré.

Comienza a jadear y sudar. Sus manos toman mi cabellera y sus piernas se aferran a mi cara. Abro sus piernas para bajar su ropa interior. Entierro mi boca en su clítoris sin detenerme ni siquiera para respirar. En unos segundos, un orgasmo la estremece.

Empapa mis labios con su liberación. Los sorbos con placer. Uso mi boca para limpiar su vagina hasta que queda totalmente seca. Recobra la normalidad de su respiración. Entonces subo la cara para verla.

“Hazme el amor. Ya me siento preparada para recibirte”, dice entre jadeos.

“¿De verdad lo quieres? Mi pene es inmenso. Nunca verás otro tan grande. Te dolerá, te lo aseguro”, digo en voz baja.

“Hazlo”, pide, con firmeza.

Entiendo que lo disfrutaremos muchísimo. Ese sexo va a hacerme sentir que estoy en otro planeta. Su mirada oscura se cierne sobre mi cara. Me encanta esa expresión de su cara. Demuestra lo mucho que me desea, lo excitada que está por mí. Me alegra saber que soy el primero que le causa ese efecto.

Comienzo a trabajar en mi ropa. Me quito el cinturón y luego mis vaqueros caen. Luego asiento y empiezo a quitarle la ropa. Me tomo mi tiempo para quitarla lencería. Su hermosa piel se revela ante mí. Veo cada centímetro de su cuerpo. Hay curvas, volumen, pecas. Todo es perfecto.

Se apoya en sus antebrazos y pasa su mirada por mi piel, parcialmente expuesta.

Al parecer es la primera vez que está frente a un hombre tan sensual como yo. He notado las miradas de deseo de todas las chicas con las que he estado, pero con Ana se siente diferente.

Bajo mi ropa interior. Mi pene se asoma frente a su cara. “Por Dios. La palabra ‘grande’ se queda corta”, dice bajo la palma de su mano, mientras inserto un condón en mi erección. Tapa su boca con su mano para que yo no oiga sus gemidos, pero igualmente puedo hacerlo.

Apoyo sus manos en la cabecera y aparto sus muslos. Me sujeta con sus manos. Las lleva a la parte baja de mi espalda. Introduzco lentamente mi pene en su vagina y subo mi cara para ver su cara cuando lo hago. “Tranquila, Ana. Tu cuerpo lo tolerará”, le aseguro un segundo después. “Además, voy a esmerarme para que estés cómoda”, le digo.

Me he acostado con muchas vírgenes, aunque es la primera vez que estoy con una con la que la sensación es tan mágica. Pienso que Ana estuvo guardando su pureza para cuando encontrara a un hombre que realmente se sintiera cómoda, alguien que de verdad le atrajera. Entonces llegué a su vida. Sin duda, todo lo que sucedía me hacía sentir mucho mejor. Su vagina está muy cerrada. Por poco logro entrar en ella, pero empieza a gritar. Le duele bastante. Mi erección baja un poco. “Calma”, le pido. “Te dolerá, pero será breve”, le digo cerca de su oído. No obstante, soy consciente del tamaño de mi pene, por lo que paro la penetración para que su vagina se abra un poco y presione mi pene. Pongo mi cara en sus senos y exhalo, con lo que le demuestro cuánto ansío hacerla mía.

“¿Y ahora?”, me pregunta. Entonces sonrío. Llevo todo mi pene a su interior.

Mis pelotas acarician su entrada. Abre su boca de par en par y muevo mi pene en su vagina. Extraigo una parte y luego vuelvo a insertarlo. Al cabo de un rato, todo mi pene está dentro. “Mierda...”, exclama, y luego gime.

Dejo mi pene en su vagina, de modo que pueda adaptarse a mi tamaño, pero no me muevo para que no se inquiete. La veo y beso sus labios, con calma. “¿Cómo te sientes?”, le pregunto en voz baja.

Entonces levanta sus piernas para que sus caderas suban. Con su movimiento puedo adentrarme más. “Me encanta”, susurra.

Me deslizo con más rapidez, llevando todo mi pene a sus profundidades. Voy con prisa y luego bajo el ritmo. Ana secunda mis movimientos, aunque le cuesta, intentando acoplarse a mi compás. Siento que no puedo aguantar más al ver cómo balancea su cuerpo para recibir todo mi pene. Si no me concentro, estaré liberándome dentro de poco, lo que no quiero que suceda. Empiezo a pensar en pasteles de fresas, precisamente los que menos me gustan. La imagen me parece terrible, pero la necesito para prolongar el placer.

Durante años la deseé sin que ella lo supiera y no pude tenerla. Ahora es mía. Solo mía. Nadie podrá igualar lo que estoy haciéndole. Es un hecho que me excita como pocas cosas lo hacen. Unos segundos después, nuestros cuerpos se mueven al mismo tiempo. Siento que solo estamos ella y yo en el planeta. Pone sus brazos en mis hombros y los deja allí, con fuerza. Carajo. Cuánto anhelo seguir con esto todo el tiempo posible. Lo deseo por la sensación tan agradable que estoy experimentando, pero también por sus gemidos, por su respiración ardiente en mi sien. Me excita recibir su aliento en mi cuerpo.

Creí que sería más difícil penetrarla por primera vez, pero su necesidad y su humedad la llevan a hacer cosas que ni siquiera ella misma imaginó que haría. Parece que no fui el único que aguardó por este momento. Parece que ella también quiso estar conmigo desde el momento en el que nos vimos por primera vez. Comienza a mover sus piernas para llevar sus rodillas a mi espalda. Puedo entrar con más comodidad. La expresión de su rostro me indica que le impresiona sentir tanto deseo y moverse de ese modo para que le haga el amor.

“Por... Dios”, exclama.

Pongo mis labios cerca de su oído una vez más. “Ana, quiero que te vengas conmigo”, le exijo. La intensa luz de su mirada basta para saberlo. Un nuevo orgasmo se acerca. Voy a continuar penetrándola para que acabe. Deseo que me empape con sus líquidos calientes mientras aún estoy dentro de ella.

Mi frase resulta suficiente para alimentar su éxtasis.

Mi pene está presionado por su vagina mientras ella se libera. Lo comprime en incontables ocasiones. No muevo ni un músculo mientras se mueve para sujetar mi tronco. Gime y gime. Esos sonidos son música para mí. Siento que después de años de espera, está sacando todo el deseo que reservó, esperando un momento como este. En unos segundos, sus presiones hacen que mi semen salga. Sus manos abandonan mi espalda y la veo inclinarse con rapidez. La tomo con mis brazos para ayudarla a acomodarse, y noto lo agitada que está.

Me hubiera encantado que nos viniéramos juntos. Me habría gustado ir con más calma, pero sé que luego podré hacerlo. Luego. Cuando estemos juntos de nuevo. ¿Cuándo fue la última vez que

penetré a una chica mientras me imaginaba cómo sería hacerle el amor de nuevo? Honestamente, nunca me había pasado...

Sé lo que sucede. Algo ha surgido entre nosotros. No hace falta hablar, pues nuestros cuerpos ya lo han hecho. Por primera vez, una mujer me hace sentir de ese modo. Pienso en ello y me retiro de sus profundidades. Toma mi cara y me besa suavemente. Aparentemente, quiere ampliar la experiencia. Desea continuar. La entiendo, porque siento algo parecido. Me gustaría protegerla a partir de este momento. Es la primera vez que una mujer que acabo de coger despierta ese deseo en mí. Tomo aire y me acuesto a su lado. Giro y me encuentro con su mirada. Pongo mi mano en su cara y toco su labio inferior.

A pesar de que sus cabellos están despeinados, su cara está empapada y su maquillaje se corrió un poco, sigue pareciendo una mujer hermosa. Además, ahora se siente liberada. Un hombre le ha hecho el amor como debe ser. Y ese hombre soy yo. “Me siento...”, dice en voz baja. Entonces cierra la boca y sonrío. Agita su cara y vuelve a hablar. “¿Te das cuenta? Fue algo tan mágico que ni siquiera sé cómo describirlo”.

“Lo sé. No tienes que decírmelo”, le digo, con tono tentador. “Pero podrías enseñarme... con tu cuerpo”, le digo, y obedece...

CAPÍTULO 17

ANA

Estoy llegando a la hermosa y sencilla cafetería en la que trabaja Daniela. “Hay algo distinto en ti, pero no sé qué es”, asegura.

Me siento más segura de mí misma y lo demuestro con mis pasos firmes. Ahora me parezco un poco más a ella: actúo como una chica más abierta y extrovertida. Camino hacia donde se encuentra. No quiero esperar que busque una mesa para que tomemos asiento frente a ella. Al llegar allí, supuse que se daría cuenta de lo que pasaba.

Sirve café para ambos y me ve fijamente. “Interesante”, dice mientras pone su dedo índice en su mandíbula “¿Me dirás qué ocurrió?”. Me siento y ella hace lo mismo poco después.

Recuerdo cuántas veces me ha dicho que la sexualidad no es solo un asunto de deseo, que también se trata de experiencia y respeto en la cama. Que debería buscar a un hombre que reúna esas condiciones. Y lo encontré. Pero no creo que le gusté el hombre que elegí. Ella cree que debería mantener la distancia para no involucrarme emocionalmente con un hombre como él. Ese tipo de hombres están con las chicas por una temporada y luego las abandonan. Me aseguró que conocía perfectamente ese tipo de comportamiento, pues es el que ella suele mostrar. Sonríe, pero siento dudas. ¿Cómo comenzaría la historia? Me gustaría narrar todo lo que sucedió, con todos los detalles, aunque sé que enloquecerá.

No obstante, Daniela es mi mejor amiga. Quiero decirle lo que sucedió y conocer su opinión. “Me acosté con un hombre”, suelto.

“¿Cómo?”, pregunta. Su voz es tan alta que cada uno de los comensales voltea y la ve de inmediato. Parece que su cabeza va a estallar por la noticia. Suspira durante unos cuantos segundos. Luego abre ampliamente su boca.

“Me acosté con un hombre”, le reitero, casi susurrando. No quiero despertar el interés de los comensales en mis palabras. Quiero que se concentren en sus comidas. Le pido que haga silencio, aunque no puedo ocultar mi sonrisa. Sé que no se guarda sus emociones ni sus opiniones, y que las muestra con toda la elocuencia posible. Me encanta esa parte de su personalidad.

“¿Quién fue el afortunado?”, me pregunta, aún en shock.

“Fue... Antonio”, le cuento.

“No puede ser”, exclama. “No hablas en serio, ¿o sí? Tuviste sexo, pero no con él, ¿verdad?”. Lleva sus manos a su boca.

“Es verdad. Lo hicimos en todos los rincones de su casa todo este fin de semana. Incluso pensé que esta mañana no podría levantarme. Dime que no estoy soñando”, le pido. “Tuve sexo. ¡Y fue con él!”, le cuento. “Además, reconozco que me encantó. Nunca imaginé que lo disfrutaría tanto, por mi virginidad, pero Antonio se comportó... vaya, ni siquiera sé cómo describirlo. ¡Fue tan gentil y tan agradable! Además, lo rico que está...”.

El tono de su voz y la expresión de su cara me indican que aún no lo cree. “No lo estás. Además,

sé que él siempre te ha parecido atractivo, aunque...”.

“¿Te diste cuenta?”.

“Por supuesto. Tengo ojos y oídos, ¿sabes?”, me dice, indicándome mis orejas. “Lo supe cuando me contaste que lo habías visto en las Navidades. Además, tu emoción era visible cuando viniste en su auto a buscarme”.

“No me detuve a pensarlo. ¿En serio fui tan obvia?”.

“No te preocupes. Me alegra que estés experimentando un sentimiento tan agradable”, me cuenta. “Está claro que te atrae. Y cuando digo que te atrae, ya sabes a lo que me refiero. No quiero entrar en detalles”, dice, guiñándome su ojo. Sonríe y toma mi mano con delicadeza.

Sonríe al recordar por qué acudí a Daniela. Mi plan inicial incluía dormir en el sofá o leer hasta que Antonio llegara y me hiciera suya una vez más, pero me pareció que una charla de amigas también sería buena idea. Además, debía ver las calles, los rostros de las personas y tomar café.

Antes creía que todo había sido una alucinación o una fantasía. Ahora que Daniela me ha escuchado, sé que de verdad ocurrió. Estoy tan feliz y emocionada. Creo que la alegría hará que mi cuerpo estalle en cualquier momento. “Te entiendo perfectamente”, le digo, y río felizmente. Me cuesta creer que realmente lo hice y ahora estoy contándole a una persona, sin miedo, lo que sucedió.

Daniela toma su taza y prueba su café.

Me concentro en el mío. Apenas puedo recordar que tenía uno. Me había enfocado en contarle mi historia. Entonces me ve fijamente.

Su mirada me revela lo que pasa. Hay temor en ella. El temor de que me involucre en algo que me perjudicará. “¿Sucede algo?”, le pregunto, sentándome en la silla que está más cerca de ella. Ya sé lo que va a decirme.

Hace una pausa y sé que tiene dudas para plantear el tema. “Ana, ¿esto solo se trata de... relaciones? Espero que sea así, porque pienso que no deberías apegarte a Antonio o hacer algo parecido”.

“¡Eso jamás pasará!”, le digo con firmeza.

Ella, en cambio, encoge sus hombros. “Entiendo lo que dices, pero recuerda que... estamos bajo el mismo techo. Además, también le gusta *El túnel*. Es posible que también...”.

“Es posible que también sea el momento de que no digas más nada”, dice, levantando su mano. “¿Olvidaste que no es tu esposo en realidad?”. En su cara ya no hay alegría sino seriedad. Mucha seriedad.

“No”, respondo, poniéndome a la defensiva, aunque mi mente está confundida. Me cuesta separar la realidad de la ficción.

“De hecho, jamás será tu esposo”, afirma, con algo de prisa.

De hecho, quisiera que todo lo que tengo con él fuese real. Asiento con mi cara, pero me gustaría refutar sus argumentos.

“Son solo buenas cogidas. Placer. Hay una conexión, sí, pero es solo sexual. Esto es parte de tu

contrato”, dice, con su semblante aún serio. “No es un libro romántico ni nada parecido. Debes recordarlo siempre, Ana. Muchos te asegurarán que tal vez haya surgido algo especial o entre ustedes o *debería* surgir, pero eso no tiene que suceder”.

Acabo de dejar de ser virgen, pero eso ya no le parece tan importante. Reclino mi cara y la veo. Entiendo que dice la verdad, aunque también comprendo que está arruinando un momento tan mágico como este.

“Lograste alejarte de Cristina. Ya no podrá hacerte daño. Además, tienes la posibilidad de recuperar la casa. Sí, pero eso no implica que Antonio sea el hombre de tu vida. ¿Comprendes?”.

Me gustaría regresar en el tiempo para volver a sentir que sí tenía una relación con Antonio, una que iba más allá de una buena cogida, como dijo Daniela. Trato de acomodarme y aclaro mi garganta. “Sí, entiendo lo que dices. Soy una mujer madura y sé lo que estoy haciendo”, pienso decirle, pero no lo hago. Mentiría y se daría cuenta rápidamente. Es la primera vez que hago algo así. Tal vez esa inexperiencia ponga de manifiesto mis debilidades. También por ese motivo no puedo descubrir las intenciones de los demás ni saber cuándo un hombre solo quiere cogerme y dejarme. “Comprendo todo lo que sucede”, me limito a decir, aunque creo que haberle contado lo que pasó fue una mala idea.

“Te lo digo porque tengo claro que eres una persona mucho mejor que él y puedes conseguir un hombre más comprometido”, responde. Sonríe y asiente.

“No quiero llamar la atención. Creo que esa parte no deberías decirla en la ceremonia”.

“Me mantendré callada, pero lo que te digo es cierto. Tengo experiencia en estos asuntos. Puedes buscar a un hombre más adecuado para ti. Créeme”.

No creo que haya otro hombre adecuado para mí. Podrían pasar años, incluso siglos, y él continuaría pareciéndome perfecto. “De acuerdo”, le digo, y sonrío, aunque me cuesta. Bajo mi cara para tomar café. Quiero evitar que vea la incertidumbre que surca mi rostro. Daniela dice la verdad. No puedo meterme de cabeza en una relación que se basa en un contrato y buen sexo. Pero eso no impide que me emocione cuando la imagen de Antonio llega a mi mente.

“Hemos hablado de mí, pero no sé de ti. Cuéntame cómo van tus cosas”, le pido, enfocando nuestra atención en su vida.

Empiezo a buscar entre mis pensamientos algo que me indique que Daniela no tiene razón y mis emociones sí la tienen. En solo instantes, ella y yo dejamos de hablar de mi placer sexual para empezar a hablar sobre sus asuntos. Me concentro en sus historias, pero eso no impide que sus afirmaciones se anclen a mi pecho mientras tomamos el resto de nuestros cafés.

Pero es absurdo que lo haga. Inútilmente sigo con la búsqueda. Lo hago porque necesito darme razón. Ella sigue contándome sobre su trabajo, pero se me ocurre una idea. Una idea que sé que despejará mis dudas. En unos segundos, he ideado todo lo que haré. Y cuando lo haga, mi mente se quedará tranquila.

Me despido de Daniela y salgo de la cafetería. Ya sé cuál será mi destino: la oficina de Antonio. Cuando llego allí, Paula abandona su silla para impedirme pasar. Su osadía me impresiona, pero no se lo demuestro.

“El señor Vélez no puede atenderme”, me informa.

Creo que lo dice para burlarse de mí, pero no me importa. Entonces abro la puerta para pasar. Antonio está solo, lo que me alegra muchísimo. Pongo mi mano en su antebrazo, ligeramente, y despeja el camino. “Oh, sí va a atenderme. Y será rápido”, le digo.

Aseguro la puerta después de pasar. Me ve y pone a un lado los documentos que leía. Entonces el mundo se reduce a su cuerpo y el mío.

CAPÍTULO 18

ANA

Está asombrado. Descubre la expresión de deseo en mi cara y se levanta. Camina hacia mí sin dejar de verme. “Ana, ¿ocurre algo?”, me pregunta.

Esas frases de mi mejor amiga continúan retumbando en mi mente. Son solo buenas cogidas. De ser así, quiero que su pene siga cogiéndome una y otra vez. Hasta que ya no sea mío. Me cuesta respirar mientras me pregunto si de verdad haré lo que me propuse hacer.

Mis ojos se dan cuenta de lo mucho que me desea. Es el mismo deseo que siento por él. Su mirada inicia un fuego en mi vientre, que luego se extiende por todo mi cuerpo. Supongo que es consciente de lo que me provoca. Gimo a medida que se aproxima. Siento que la expresión de lujuria en su cara enciende los latidos de mi corazón hasta el punto de hacerlos correr como una fiera salvaje.

Lo único que debe importarme es que me desea. Solo quiere estar conmigo. Tampoco importan si luego nos “divorciamos”. Solo quiero disfrutar. ¿Cuántas decenas o centenas de chicas se habrán sentido de ese modo antes que yo? Pienso en ello, pero con prisa saco esa pregunta de mi mente. Ya no tiene sentido que me detenga a pensar en algo así.

Ubica su mirada en mi boca. Inclina su cara y pone sus poderosos labios sobre los míos. Su lengua acaricia primero mi labio superior y luego el inferior. Choca con mi lengua. Supongo que quiere alimentar mi ya fuerte deseo. Al llegar al fondo de mi garganta, uso mis labios para chupar la suya. Ya no queda ni siquiera el recuerdo de las dudas que tenía sobre continuar con esto. Antonio saca toda la incertidumbre de mí. De hecho, creo que me demuestra que lo nuestro... va más allá del sexo. Deja caer sus manos sobre la puerta, al lado de mis hombros. No puedo moverme de allí. Cada uno de sus movimientos es pausado. Muy pausado.

Usa sus dedos para subir mi falda. Queda encima de mis caderas, y siento cómo mis piernas se tensan. Ya no me importa Paula. No me importa ella o alguien más puede oírme. Mi mente me dice que ella *debería* oírnos. Que debe darse cuenta de que Antonio me pertenece y que yo le pertenezco. Que no permitiré que se atreva ni siquiera a tocar su mano. Gimo, liberando mi deseo.

Ni ella ni ninguna otra mujer.

“Ponte en mi escritorio”, me susurra en la oreja, volteando mi cuerpo.

Me siento como una leona que quiere someterse a su león. Voy con torpeza hacia la mesa. Un gran ventanal me muestra la ciudad. La gente está trabajando o caminando mientras él y yo nos preparamos para tener relaciones sexuales a media tarde.

Anhelo con todas mis ansias que me penetre. Si no lo hace, lo más rápido posible, voy a estallar. Sube mi falda con fuerza. Me quita la ropa interior con rudeza. Antonio actúa como un león hambriento. Está desesperado. No tiene temor alguno de tomarme. Su deseo es tremendo, y lo entiendo. Siento lo mismo, porque lo deseo también.

Su glande está en mi entrada, y empiezo a gemir con fuerza mientras mi pecho late con fuerza, indomable. Antonio se mueve con agilidad. Saca el condón de su empaque, y surgen preguntas en mi mente. ¿Tendrá muchos? ¿Los reservará para usarlos cada vez que alguna chica lo seduzca?

Pero no puedo pensar en algo más.

Mi aliento se corta e intento aferrarme a algo al darme cuenta de que su pene se desliza en mi interior. Sé que, si un hombre tiene un pene inmenso, como él, es difícil no sentir dolor, independientemente de la posición sexual que adopte, pero eso no me ha pasado con Antonio. Nunca. Lo único que me ha pasado es que he vivido un éxtasis infinito. Y ahora es tan poderoso que creo en el cualquier momento perderé la razón. Sus dedos presionan mi vientre para apoyarse. Está penetrándome con fuerza, como lo deseé.

“Mierda. No entiendo cómo puedes estar aún tan cerrada”, suelta, llevando su pene al fondo.

Veo su cara en la ventana, y me doy cuenta de que no soy la única que lo disfruta. Él también está aturdido por la excitación. La excitación que le proporciona mi vagina al apretar su pene. La posición en la que lo hacemos me sorprende, pero para bien: mis labios vaginales comprimen su tronco mientras mi vagina se adapta al tamaño de su pene.

Lo recibo, y entonces recuerdo que soy afortunada al estar con un hombre tan gentil como Antonio. Soy dichosa por haber descubierto mi sexualidad con él, por lo que ahora solo tengo un deseo en mente: que vuelva a hacerme el amor una, y otra, y otra vez. Mueve sus caderas mientras me penetra. Al inicio lo hace lentamente, y mientras ejecuta la penetración me dejo llevar por la placentera sensación. Me doy cuenta de la habilidad que tiene para acariciarme, para excitarme, para demostrarme que quiere poseerme. Una vez que perdí mi virginidad con él, me sentí molesta, pero no por algo que haya hecho, sino por haber tenido que aguardar por un tiempo que me pareció un siglo para que me poseyera una vez más.

Pone sus dedos en medio de mis muslos. Acaricia mi clítoris, al tiempo que sigue penetrándome. Sus otros dedos halan mi cabellera, forzándome a llevar mi cara atrás. Un arco de explosiones se extiende en mis músculos. Reclino mi cara y aprieto mi mentón.

“Necesito que me veas”, dice con tono autoritario, aunque susurrante. Entiendo que solo puedo asentir y obedecer.

Con cada una de sus caricias siento que el clímax se aproxima cada vez más. Muerdo mi labio inferior, en un intento por ahogar mis gemidos. La imagen de Paula cerca de la oficina llega a mi mente. Quisiera abrir mi boca de par en par para que me oiga. Quiero que todos me escuchen.

Que el mundo se entere que Antonio Vélez y yo estamos juntos. Que me pertenece. Decido abrir mis ojos para verlo. Se nota su lujuria. Me la contagia rápidamente, por lo que siento que en poco tiempo tendré un orgasmo. “Vaya...”, digo en voz baja, con fuego en mi cuerpo. Me reclino para tomar impulso y presionar sus muslos con mis piernas. Quiero que me penetre con todo su pene, sin miedo. Quiero sentir sus testículos chocando con mi piel. Cuando me toma de ese modo, quiero ser suya, sin hacer nada más que dejarme llevar. Toca mi clítoris con delicadeza, y siento cómo su erección me satisface. La temperatura de mi cuerpo sube a miles de grados con sus movimientos.

A mí. Solo a mí.

Tengo que poner mis manos en el escritorio para no caer. Me cuesta controlarme para no caer de bruces. “¡Carajo!”, exclamo cuando la excitación se hace insoportable. Mi cuerpo sucumbe ante los espasmos de placer. Sigue penetrándome sin parar, produciendo esos sonidos salvajes que me encantan.

Me vengo en unos segundos, con mi cuerpo enardecido, y me doy cuenta de que él también está a punto de tener su orgasmo. Su semen sale velozmente de su pene, y puedo escuchar cómo su boca se llena con gruñidos animales mientras sigue cavando dentro de mí. Me siento satisfecha de saber que se agita de ese modo por mí. Su pene late aún en mi interior. Después de unos segundos, todo ese líquido caliente está afuera de él.

El orgasmo continúa sacudiendo mi piel. La forma en la que me acaba de hacer suya es algo que jamás olvidaré. Aún estoy temblando. Exhalo para recuperar la normalidad de mi aliento y empiezo a mover lentamente mis extremidades.

“¿Cómo te sientes?”, me pregunta.

La marea de felicidad es maravillosa. Y tan intensa, que no quiero dejarla pasar nunca. Cada sensación que experimento es algo novedoso, una emoción que ningún hombre me había brindado. Aún siento escalofríos de placer. Y me gustaría sentirlos por el resto de mi vida. Sé que podré, que necesitaré estar con Antonio. Jamás me aburriría. No quiero estar con nadie más...

“Me siento estupenda”, digo, con firmeza. Con la ayuda de su mano me pongo de pie. Frunzo mi ceño mientras me obligo a pensar en otras cosas. Entiendo que ese no fue el motivo de mi visita. Llegué a la oficina con la intención de demostrarme que podremos tener relaciones con el único objetivo de tener un delicioso orgasmo. Pensar en un futuro que tal vez no llegue no lograré eso que me propuse. Entonces asiente y sonrío.

Seguramente Paula va a verme con detalle una vez que salga de la oficina. De todos modos, mis hormonas están tan alteradas que me cuesta pensar en otra cosa que no sea el sexo que acabo de tener. “Es hora de que continúes lo que estabas haciendo... creo”, digo después. Intento alisar mi atuendo para verme nuevamente como una persona decente.

“Tal vez...”, dice, aunque toma mi mano, gira mi cuerpo y vuelve a besar mi boca.

“Mejor... mejor me voy”, le digo en voz muy baja, mientras mi cara se ruboriza. Lo sé perfectamente: tengo que salir. Si no lo hago, volverá a hacerme el amor nuevamente en su escritorio. Mi boca, y luego el resto de mi cuerpo, se hundan otra vez en esa marea de placer. Me quedo sin aire. Sus besos me hacen sentir que esto no se trata de encuentros sexuales. Que no hay nada más. Lo dejo besarme, llevándome por el sabor de su boca. Unos segundos después me separo.

“Te veo más tarde”, asegura.

Sonrío y giro para salir. Es algo que no deseo hacer, pero debo hacerlo, por mi propio bien. Cuando salgo, Paula está sentada, viéndome con desprecio, pero ignora su presencia. Abandono el edificio, sonrío y llego al estacionamiento.

Recuerdo que debo hacer lo posible para que mi relación con Antonio se restrinja al placer. Si me involucro más, tal vez después no podré salir. Y si lo hago, me lastimaría muchísimo. Aún tengo dificultades para caminar, pero logro llegar. También me cuesta pensar con claridad, pero sé Daniela me dijo la verdad. Que no debo enamorarme.

CAPÍTULO 19

ANTONIO

“Señor Vélez, feliz día”.

Al ver la expresión de su cara y su ropa, me siento asombrado de inmediato. “Feliz día, Paula”, digo. No suelo ver las páginas de política de los diarios, pero la voz de mi secretaria me obliga a hacerlo. Actúa muy distinto. Lo noto mientras sorbo mi café.

Paula maquilló toda su cara con colores intensos. Sus labios brillan con un fuerte tono carmesí. Luce como una camarera de un bar de baja categoría en lugar de verse como una secretaria de una empresa del centro de mi ciudad que tiene que programar juntas y recibir correos. Sé que he dado libertad a mis empleados para que se vistan como quieran.

Lo que realmente me importa es que sean eficientes en sus labores. No obstante, creo que ella pasó los límites. Tiene una blusa con tiras finas que levanta sus tetas y que deja a la vista la mitad de su sostén. También lleva una falda azul ceñida, que apenas que cubre sus nalgas. Dejó su cabellera suelta. Está sobre su pecho.

Es la primera vez que se viste de este modo. Ha sido mi secretaria por varios años, pero no había actuado así jamás. ¿Por qué decidió ponerse esta ropa en este momento? No lo sé. Empiezo a pensar, y creo que...

Es posible que Paula sienta celos. Supo o sospechó lo que estuve haciendo con Ana mientras estaba en mi horario de trabajo. Quizás esa sea la razón. Lo pienso al recordar los acontecimientos del día anterior. Vino Ana. Después de que entró, e hicimos...

Paula advierte mi reacción. Su mirada muestra la expectativa que siente por mis palabras. Entonces inclina su cuerpo para que yo descubra el resto de sus tetas.

Pero en el fondo, deseo que pronto vuelva a vestirse como siempre lo ha hecho. Prefiero quedarme en silencio.

Sus dientes lucen como una montaña nevada por la intensidad de su lápiz labial. “¿Hay algo que pueda hacer por usted?”, me pregunta mientras me muestra una gran sonrisa.

Niego con mi cara. “Solo quiero que le des a Arturo los datos de las reuniones del jueves. Si necesito algo más, te lo diré”.

“Estoy dispuesta a hacer *cualquier cosa* que necesite”, responde, en voz baja. “Dígamelo y lo haré, ¿le parece?”. Pone sus manos en su cintura y me ve fijamente. Supongo que quiere decirme algo más, pero no sé qué es.

“Sí”, respondo.

“Lo veo más tarde”, dice, con un tono atrevido, y luego sale de la oficina.

¿Qué carajos le sucede? En caso de que vuelva a hacer algo así, tendré que reprenderla o pedirle al jefe de Personal que tome cartas en el asunto, pienso, y pongo mi café de nuevo en mi escritorio.

De todos modos, ya ella ha demostrado lo que siente por mí. Es evidente. He notado su mirada ardiente o la ilusión que siente cuando espera que la vea. Pero está equivocada en cuanto a sus expectativas. No voy a buscarla para tener relaciones. Sería como arruinar mi oficina para siempre.

No obstante, me doy cuenta de que tiene tacto. Ahora se aparece ante mí como un obsequio de Navidad. Pero pierde su tiempo, si bien puedo unir mi trabajo con el placer. Lo que sucede es muy sencillo: solo puedo pensar en una mujer. Ana.

Cuando me doy cuenta de ello, siento que un auto a toda velocidad me golpea.

Pensé que podría desprender mis emociones, acercarme a ella solo para tener sexo, como hago usualmente con las mujeres, pero no ha sido así. Pongo mis manos en la parte de atrás de mi cuello y veo el techo. Mierda. No entiendo cómo llegué a este punto.

Entiendo que Ana creyó la historia de que estaríamos juntos por el asunto de la finca y mis acciones, pero eso no es cierto. Ahora el dinero no representa nada para mí. No tengo interés en él. Puedo ganar dinero con muchos otros negocios. Además, podríamos habernos convertido en marido y mujer para que recuperara su casa *sin* que se viniera a vivir a mi casa, aunque deseaba que lo hiciera... o eso creo. No solo lo creo. Así fue. Deseaba tenerla a mi lado, en mi hogar, para poder estar con ella cuando quisiera y disfrutar siempre su compañía. Organicé todo para que estuviéramos juntos, independientemente del curso de los acontecimientos. Con ella es diferente. Lo sé. Es distinta a todas las chicas que he conocido. Es mi futura esposa.

Ahora que descubro lo que sucede, siento escalofríos.

Quiero encontrarme con ella, alegrarme con su presencia y su modo de reír, sus ojos intensos y su genuina felicidad. Quiero sentir su piel, halar su cabellera mientras la penetro y escuchar sus gemidos. Sé que mi secretaria está a unos pasos, con una ropa sensual. Es una mujer atractiva y quiere resaltar su cuerpo para que la coja. Pero no puedo pensar en ella. De hecho, solo quiero estar con una mujer en el mundo. Carajo. A pesar de que acaba de salir de la oficina, solo pienso en tenerla otra vez. Y que sea lo más pronto posible.

Las palabras que pronunció su difunto padre llegan a mi mente. A pesar del tiempo que ha pasado, no las he olvidado. Me dijo que me mantuviera lejos de ella. Creí en ese momento que me lo decía porque yo podía ser una mala influencia para ella. Ahora, con todo lo que sucede, hay una probabilidad. Pequeña, pero la hay. Tal vez sea ella quien pueda estar influyendo en mí. Para mal.

CAPÍTULO 20

ANA

El sol me ilumina. Mi vida es perfecta. Cada cosa empieza a encajar. Canto mi canción favorita y continúo caminando. Sonrío mientras el viento agita mi cabellera. Me parece que estoy entre las nubes y puedo ver la tierra desde el cielo.

Natalia y yo nos vemos para para comer juntas. Me tomé el día para caminar por el centro de la ciudad. Quería ver a la gente, distraerme un poco. Me he concentrado en tener sexo. Olvidé todas las cosas que he dejado de hacer, y quiero retomarlas.

“¿Me dices que manejas su Mercedes?”, me pregunta, casi sin aliento.

“Así es. Uno de ellos”, respondo. Sonrío al verla.

“En ese caso, no entiendo por qué sigues acá. Si yo fuese tú, ya estaría en otro país. Recorrería medio continente con ese auto tan espectacular”, responde. Luego suspira. “Solo puedo pensar en lo bien que me sentiría con una experiencia como esa”.

“Lo sé, pero no me queda tiempo para eso”, le digo rápidamente.

“¿De verdad no tienes tiempo?”, pregunta. Luce sorprendida.

“Tal vez sí lo tenga”, digo, admitiendo la verdad. “De todos modos, ¿adónde podría ir con el Mercedes?”, respondo, luego de hacer una pausa. Solía contestar con prisa a todo el mundo para manejar todas las situaciones, pero ahora entiendo que no tengo que hacerlo.

“Eso no es problema. Yo puedo manejarlo”, dice, con una expresión de felicidad. “Puedes ir a pasarla bien por tu cuenta. Disfruta este tiempo libre. Luego podrás relajarte con él”.

“¿Dices todo esto porque quieres conducir el auto?”, le pregunto, con sorpresa.

Niega con rapidez. “No. Lo hago porque quiero que te distraigas. Lo mereces”, asegura, con tono serio.

No quiero simular que no sé qué lo tomará cuando me descuide para ir a pasear en las afueras. Sé que la luz en su mirada me indica lo que pasa por su mente. Entonces suspiro y le cedo el manajo de llaves del Mercedes.

“Espero que seas muy cuidadosa con ese auto. Prométemelo”, le digo con voz seria.

“Lo seré. Si choco el auto, no podré ir al cielo. No lo merecería por dañar un Mercedes”, dice, sonriendo ampliamente y llevando sus manos a su pecho.

Como tiene permiso de conducir, me siento tranquila. Empiezo a sonreír también.

Entonces recuerdo que me casaré con un hombre adinerado, y me digo que no debería hacer otra cosa que no sea holgazanear, o al menos eso creo. A fin de cuentas, creo que Natalia me dijo la verdad. Aunque habló con la intención de convencerme de que le prestara el auto, no he podido disfrutar un tiempo a solas o con alguien desde la enfermedad de papá, o incluso antes, cuando mamá también estuvo enferma.

Mi meta principal es quedarme con La Estancia. Sé que lo demás vendrá poco a poco. Lo pienso, pero algunas preguntas aparecen en mi mente. ¿Qué pasará conmigo cuando acabe esta farsa de mi matrimonio? ¿Qué voy a hacer? No tengo idea. Mi papá ya no está conmigo, pero eso no significa que no pueda ir a la universidad a culminar mi carrera. Quiero tomar clases presenciales en lugar de quedarme en casa a ver el monitor de una computadora o una tableta. Luego podré pensar en ello.

Decido que, mientras llega ese futuro, voy a pasarla bien y disfrutar todo lo que pueda. Quiero pasar unos cuantos días en la biblioteca de Los Dragos. Podré leer en el pequeño museo y olvidar el mundo exterior. De hecho, ya disfruto bastante el hecho de estar en la casa de Antonio, donde no tengo ninguna preocupación ni cuentas por pagar. Ya siento simpatía por Alberto, nuestro mayordomo. Quizás él no siente lo mismo, pero suele sonreír y asentir durante nuestras conversaciones. Supongo que también le alegra mi presencia.

Dejo de recrear esa posibilidad al ver que cerca de mí hay una gran tienda. Está a unos metros de mí. Un pequeño aviso me da cuenta de que se trata de una tienda de juguetes sexuales. Camino y veo algunos artículos. Mi corazón empieza a latir con fuerza. Giro y mis músculos se tensan. Veo que ninguno de los transeúntes me observa ni me juzga. ¿Quién se sentiría ofendido por una mujer que está empezando a tener sexo y lo disfruta? Todos están pendientes de sus vidas, no de la mía.

Me doy cuenta de que estoy sumergiéndome en un universo del que nunca fui parte. Hace un par de semanas no me habría atrevido a pisar una tienda como esa. No obstante, ahora me siento interesada. Me interesan sitios como ese. Doy unos pasos y tomo el pomo de la puerta para entrar.

Hay más mercancía de la que hubiera pensado que habría. Veo a tres o cuatro personas dentro, aunque ninguna se fija en mí. Eso alimenta mi osadía. Todos están tranquilos. No hay nada de temor ni vergüenza, por lo que decido revisar con calma.

Hay látigos, estimuladores y masajeadores. Cuando activo uno de ellos, empieza a vibrar con fuerza. Me sobresalto tanto que doy un paso atrás. Veo vibradores y “amiguitos” para chicas solteras, aunque la tienda ofrece muchas más cosas. Descubro tapones con formas osadas, plumas, arneses con correas y “pistolas” para disparar a las chicas.

Uno de los compradores nota mi reacción de asombro y sonrío al verme.

Entiendo que sonrío porque nota mi sorpresa, por lo que también sonrío al verlo.

Tomo dos productos con prisa y voy a pagar. Antes de hacerlo, continúo caminando por el lugar, viendo todo lo demás. Los artículos son incontables. Veo vibradores con calentador, sábanas con deslizadores y palas. También hay cadenas, lencería muy atrevida y disfraces. Todo lo que considere necesario para disfrutar en pareja por unos cuantos meses. Siento cosquillas al pensar cómo sería si Antonio usara algunos de esos juguetes conmigo. Imagino que sabe muy bien cómo ponerlos en mi cuerpo.

Saco algunos billetes y mi celular comienza a sonar. Espero el recibo y atiendo la llamada. Es Daniela. Asiento mientras veo su nombre en la pantalla y sonrío. Supongo que quiere decirme que está muy feliz por el auto. No obstante, el tono agitado de su voz me indica que seguramente está pasando otra cosa. Siento pánico de inmediato.

“Ana...”, dice, con su voz quebrada.

“¿Pasó algo?”.

“Sí. Choqué hace unos minutos”, me cuenta.

El temor queda en evidencia con sus palabras. Lo que acaba de pasar es terrible, lo sé. “¿Te pasó algo?”, le pregunto al salir de la tienda.

Hace una pausa y comienza a hablar. “No me pasó nada. Gracias a Dios estoy bien. No tengo ni un rasguño”.

“Pero el Mercedes...”, le digo.

Hace una pausa más larga y presiento que me dará una noticia terrible.

“¡No sabes cuánto lo lamente!”, cuenta, y empieza a llorar. “Estaba girando y no pude darme cuenta de que venía otro auto en dirección contraria”.

“¿El daño es grave?”, le pregunto. Toco mi frente ante su revelación. ¿De verdad esto está pasando?

“Muy grave”, dice en voz baja.

“¿Dónde te encuentras?”.

“Estoy cerca de La Estancia”.

“¿Por qué? Sabes que Cristina no quiere que nos acerquemos a la casa”.

“Sí, sí, pero quería estar cerca de mamá. Esperaba ir a su tumba y sentirme mejor. Esperaba...”, dice, pero sus lágrimas le impiden continuar.

“Estaré ahí en unos minutos”, le digo, y pongo los artículos en mi bolso.

Recuerdo a Antonio. No debe saber del accidente. Si eso sucede, nuestra luna de miel anticipada va a terminar antes de lo previsto. Debo hacer algo. Y tiene que ser pronto.

CAPÍTULO 21

ANTONIO

Tengo que saber cuánto antes lo que sucedió con el auto, o me pondré tan nervioso que no podré controlarme. Camino sin parar alrededor de mi escritorio. Cada diez segundos veo mi celular. No he tenido noticias de Ana desde que se fue. A pesar de que le he escrito muchos mensajes, no responde. Miles de cosas negativas pasan por mi mente. Creo que, si tampoco sé de ella pronto, voy a destrozarme mi oficina y luego haré lo mismo con el resto del edificio.

El auto es mío. Así aparece en los registros. La aseguradora me llamó para informarme que el botón de siniestros del vehículo se había activado una hora después de mi almuerzo.

Ana maneja con mucha precaución. En la carretera es tan cuidadosa, como en todos los aspectos de su vida. Es imposible que se haya descuidado tanto en medio del camino. “¿Qué rayos está diciendo?”, pregunté, con molestia. Estaba muy confundido. ¿Cómo sucedió ese accidente? Tenía muchas dudas al respecto.

“Un aviso de su auto nos indicó que hubo un accidente. Su auto tuvo daños graves, señor Vélez”, me dijo el sujeto que me llamó. Su voz me mostraba lo asombrado que estaba por la situación.

“¿Sucedió algo más?”, le pregunté.

Hizo una pausa. “Honestamente, no lo sabemos hasta ahora”.

“Por Dios”, dije en voz baja. Luego terminé la llamada.

Ese fue el fin de la comunicación con la compañía. Comencé a escribirle a Ana. Quería que me contara lo que había sucedido. Esperaba que no le hubiera pasado nada. Si no tenía noticias de ella cuanto antes, empezaría a contactar a las clínicas y los hospitales.

Alguien toca mi puerta. Sé que es Ana. Lo sé porque toca de una forma muy delicada. Voy con prisa a la puerta y la abro. Veo su cara. Es lo que más he querido ver desde que recibí la noticia del choque. Me siento tan feliz de verla que la abrazo con fuerza. Luce agotada como nunca antes, aunque eso no me importa por los momentos.

“Mierda, Ana. He querido saber de ti desde el mediodía”, le cuento, con tono firme.

Da un paso para alejarse. Ve a Paula y cierra la puerta. Quiere evitar que oiga sus palabras.

“¿Te pasó algo?”, le pregunto, y empiezo a ver su cuerpo.

“No”, responde. “Y a Natalia tampoco”.

Me sorprende su respuesta. “¿Natalia?”.

“Es mi hermana menor. Manejaba el Mercedes al momento del choque”.

“Mierda, Ana. ¿Me dices que dejaste que una chica menor de edad condujera ese auto? No tiene ni siquiera dieciocho años. Tampoco tiene seguro”, le digo. Me siento muy molesta. Entiendo que mi reacción es visceral, pero no logro controlarme. De hecho, quiero mostrar la furia que siento.

“Sí, y te pido disculpas. “El otro conductor fue el responsable de todo. No se percató de que ella

estaba incorporándose a la avenida. Aunque el Mercedes tuvo daños serios, ella salió ilesa. No creí que sucedería algo así. Tiene licencia de conducir. Maneja excelente”, me cuenta, con prisa.

“Al menos hay una buena noticia”, digo, peinando mi cabello con mi mano.

“Me gustaría que me dijeras cómo supiste del accidente”, dice. Me ve con sorpresa.

“Recibí una llamada de la aseguradora”, le cuento. “He intentado hablar contigo desde las doce del día. Ahora veo que no quisiste llamarme para decirme que estabas bien”.

“No estaba al tanto de que ya sabías todo”.

“¿Y los mensajes? ¿Además te llamé un millón de veces? No creerás que solo quería saludarte, ¿verdad?”, le pregunto con molestia.

“Estuve pendiente de Natalia. No te recordé. Estaba muy preocupada por ella”, dice, con algo de molestia. Entonces sube sus brazos con rabia.

Doy un paso para quedar más cerca de su cuerpo. ¿Cómo es posible que me hable con ese tono después de lo que acaba de ocurrir?

“¿No me recordaste?”, le pregunto susurrando. Sostiene su mirada sobre la mía.

Muerde su labio inferior. La expresión de sus ojos es de deseo. “Eso es una vulgar mentira, Ana”, le digo. Entonces la halo hacia mí.

Siento cómo se queda sin aliento. Me satisface saber cómo está bajo mi dominio. Se ha convertido en una persona importante para mí. Está sometida a mí y sabe lo mucho que la deseo, cuánto la necesito.

Cómo me gusta tenerla así después de tantas horas de preocupación, en las que incluso había pensado que no volvería a verla. Levanta sus pies para darme un beso suave, pero no puede hacer nada más. La tomo para ponerla entre la pared y mi cuerpo. Llevo sus manos encima de su cabellera. Aprieta mis manos y presiona mi pecho con el suyo. Mierda.

Tomo su cintura y abalanzo su cuerpo sobre mi escritorio. Llevo mis dedos a su vientre, con más fuerza. Su pecho tiembla ante mis movimientos. No quiero que se alarme nunca más. La protegeré para que se sienta segura. Me aterra pensar que algo pueda asustarla. Mientras estemos juntos, se sentirá resguardada. De repente, siento que esa idea se transforma en algo más poderoso.

“Antonio, ¿qué haces?”. Su tono es fogoso.

Esa incertidumbre que sentí por no saber de ella ahora es una fuerte excitación. Una excitación que me supera. No tengo ánimo de escucharla. Solo quiero actuar. Entonces le quito su sujetador. “Será mejor que calles”, le exijo. Creo que va a decir algo, pero inserto su ropa interior en la boca, con lo que queda en silencio. Abre sus ojos ampliamente, pero mantiene las bragas entre sus labios. Subo su falda, separo sus muslos con rudeza y la penetro con un par de dedos. El calor y los líquidos que salen me indican que ya está tan ansiosa como yo.

Noto la ansiedad corriendo por su rostro. “Quiero que me digas una cosa. ¿Deseas que te penetre?”, le digo cerca de su oreja. Entonces muevo mi cara para verla. Abre más sus ojos y asiente.

“Te olvidaste de mí esta tarde”, le recuerdo. Doy un giro para extraer un condón de un cajón del

escritorio. Lo pongo con rapidez en mi tronco, llevo sus muslos arriba y me encuentro con una imagen extremadamente agradable. Su vagina mojada se muestra en todo su esplendor. Llevo mi glande a su entrada, mojando todo el látex con sus líquidos. Veo sus ojos mientras lo hago.

Toca mis nalgas para invitarme a entrar en su vagina con rapidez, pero retiro sus manos con brusquedad. Gime y cierra sus ojos.

Entonces la penetro. Sus ojos se llenan de placer, lo que me encanta. Voy llenando su vagina y ella empieza a adaptarse. Me siento más satisfecho cuando veo cómo su cuerpo se llena de excitación. Parece que mi pene la hace enloquecer. Pongo mis manos sobre sus muñecas para que no pueda moverse. Entierro todo mi tronco, hasta llegar al final. Me encanta hacerlo y escucharla mientras lo hago. “Me encanta esta vagina, pero eso no implica que me olvides y creas que estás sola en este mundo”, le digo en voz baja.

“Te gusta que te coja, ¿verdad? Ya no puedes vivir sin este pene”.

Cuando lo hicimos por primera vez, hice todo lo que ella quería. Ahora debe someterse a mis deseos. Es algo que le hago saber con cada impulso de mi tronco. La penetro, primero con lentitud, y luego me afino con todas mis fuerzas. En unos momentos llego a su fondo con cada penetración. Me muevo poderosamente mientras ella me ve, pero luego cierra sus ojos en medio de su éxtasis. Estamos de nuevo en mi oficina y estoy poseyéndola otra vez sobre mi escritorio.

“Esperarás que te ordene llegar al clímax”, le digo con autoridad.

Gime y asiente, con lo que entiendo que está de acuerdo.

Me pertenece, desde la punta de sus cabellos hasta sus pies perfectos. Sus curvas, sus caderas, su rica vagina comprimiendo mi pene... cada parte de su cuerpo es mía. Y espero que siga siéndolo. Ahora mis empujes son más intensos.

Mis bolas chocan con sus muslos mientras la veo sin mover mis ojos ni un segundo. La deliciosa sensación hace que olvide rápidamente esos escenarios terribles que pasaron por mi mente cuando no respondió mis llamadas ni mis mensajes. Sé que si se hubiera lastimado... me habría sentido terrible. No lo habría soportado. Sería imposible verla con heridas en su piel. Tenía que volver a verla de este modo y tenerla como estoy teniéndola.

La penetro de nuevo mientras exhalo con fuerza. Quiero empujarme dentro de ella hasta llegar al fondo, demostrándole todo lo que siento. Me aferro a sus nalgas para acercarla. Quiero entrar a lo más profundo de su interior. De hecho, deseo tenerla bajo mi cuerpo por el resto de mi vida. La experiencia que acabo de tener con su ausencia me demostró que siento algo poderoso por ella. Ya no soy el mismo hombre que era antes de conocerla. Todo lo que suponía que formaba parte de mi personalidad, ahora no está. Mis convicciones ahora son distintas.

Su orgasmo está cerca, pero quiero mantenerla lejos al menos por un rato más. Noto que su cuerpo se entumece, pero tiene claro que está bajo mi poder y debe aguardar que le dé permiso para venirse. Con sus piernas busca aferrarse a mi trasero y lograr que me aproxime más. Noto que aprieta los puños, pero sigue acatando mi orden. Me encanta su sumisión. Ralentizo mis penetraciones, con la intención de torturarla.

“¿Te gustaría acabar ahora?”, le pregunto. Asiente y luego gime otra vez, sin dejar de verme.

Vuelvo a penetrarla, ahora con el poder de antes. “Eso no sucederá todavía”, le digo, cerca de su

oreja.

Un rato después me doy cuenta de que decide continuar soportando. Entonces decido llevarla a la cima de la lujuria. Jadea mientras sus dedos se aferran a mi escritorio. Reclina su cuerpo para impulsarse y chocar sus caderas contra las mías. Tal vez quiera hundirse en el placer. Tal vez quiera seguir obedeciendo. No lo sé. Pero voy a descubrirlo pronto.

Su ropa interior se mantiene en su boca. No quiero que haga otra cosa que no sea acatar mis órdenes en el momento en el que se las dé. “Ya puedes venirte”, digo. De inmediato tiene un orgasmo. Al parecer, solo esperaba mi orden.

Empieza a apretar mi pene con más fuerza mientras sus muslos se afincan en los míos. Lleva su cabeza atrás y empiezo a chupar su sien, lleno de sudor. Afinco mis dientes en su garganta, con el deseo de morderlo intensamente. Anhele deseo tenerla así, para que se dé cuenta de la forma en la que me sentí mientras no supe de ella. Vulnerable, débil.

Gruño intensamente, al tiempo que cierro mis ojos. Si alguien puede escucharme, me da igual. Sé que Paula está en su escritorio, y seguramente sabe lo que estamos haciendo. Puede que se dé cuenta de que debe dejar de hacer lo que intenta hacer, porque la única mujer que me atrae es Ana. Su cara de placer hace que caiga en el abismo. La electricidad se vuelca en mi interior.

Por un momento la idea de recriminarle su olvido sale de mi mente. Sé que ella no merece mi castigo. Y también sé que no puedo hacerlo, porque en realidad me alegra que haya llegado, que no le haya pasado nada y esté contenta por mi compañía. Decido retirar la ropa interior que sigue entre sus labios para besarlos. Mi piel continúa pegada a la suya. Con sus dedos camina por mi columna vertebral. Después llega a mi cabellera. Empiezo a abrazarla.

Saco mi pene de su cuerpo y retiro el preservativo con prisa. Extiende su mano para tomar su ropa interior, pero la llevo al bolsillo derecho de mi pantalón.

Su sorpresa se hace evidente. “Creo que ya he recibido un castigo ejemplar”.

“¿A eso le llamas castigo? Parece que te gustó bastante”, respondo.

“¿Entonces saldré a la calle sin nada que cubra mis zonas privadas?”, pregunta. Sonríe y me ve fijamente.

“Sí”, le digo. “Y espero que no haya nada de ropa en tu cuerpo cuando llegue esta noche”.

“Tal vez deba chocar todos tus autos”, me indica, frunciendo su ceño.

Tomo sus mejillas y veo su cara. Entonces sonrío. “Espero que no vuelva a pasar algo así, pero si ocurre, deberás decírmelo lo antes posible. De lo contrario, no voy a ser tan amable como ahora”, respondo, con una inusual firmeza.

Me ve con inquietud. “Si hubiera sabido que estabas preocupado, te habría llamado”, asegura.

Aunque me irrita recordar que no me avisó de inmediato que estaba bien, sé que más tarde podré recordarle cómo comportarse mientras esté conmigo. Beso suavemente su boca y se relaja. Lo más importante es que no le sucedió nada. Y eso me alegra muchísimo.

CAPÍTULO 22

ANA

Me pregunto cómo es que ya deseo estar de nuevo con él, si hace apenas unas horas me hizo suya. Al parecer, mi apetito sexual es insaciable. Decido ver el techo después de poner una almohada bajo mi cabeza. Estoy en la cama y no dejo de pensar en lo mucho que deseo ser penetrada.

Natalia regresó a su apartamento. Está cerca de su secundaria. Afortunadamente, está ilesa. También le recordé que no tenía que aparecerse en La Estancia. Cristina pudo haberla visto y decir que intentábamos perjudicarla de algún modo. Le dije que actuáramos con cautela por lo menos hasta mi matrimonio. Lo único que aparentemente la afectó fue ese largo y fuerte sermón que le di tras su choque.

En cualquier caso, la reacción de Antonio no dejó de impresionarme. Me sentí muy agitada cuando lo vi. Su forma de hacerme el amor, sus caricias y luego el salvajismo con el que alcanzó su orgasmo, fueron algo totalmente intenso. Le importaba tenerme bajo su poder, y yo no puedo dejar de pensar en su respiración frenética, en sus fuertes miradas y en cómo había estado usando un escudo para no mostrar sus verdaderos sentimientos. Ya había leído sus mensajes, así como todas las llamadas que me había hecho. Creí que enloquecería por el accidente, pero olvidó rápidamente lo que había sucedido. Sus autos son una de las cosas que menos le importan.

¿Y ahora qué voy a hacer?

Creo que los artículos son los únicos que pueden ayudarme en un momento como este. Aunque no tengo idea de lo que haré exactamente, tengo muy claro que podré pedirle a Antonio que estemos juntos otra vez. De ese modo podré activar esos juguetes que compré. Necesito despejar mi mente y calmar el desorden hormonal que aún sacude mi cuerpo.

Antonio me da órdenes, lo que me hace sentir cómoda y segura. Siento que estoy bajo su tutela y nada va a pasarme. No tengo que preocuparme por nada. No tengo que asumir nada. Solo tengo que concentrarme en pasarla bien. El resto de la gente está afuera. Pueden esperar el tiempo que sea necesario. Estoy con Antonio, y sé que me dirá lo que tengo que hacer, sin importar lo que pase ni lo difícil que sea. Surge una interrogante en mi mente. ¿Cómo es posible que me haya sentido tan satisfecha mientras me sometía? No me detuve nunca a pensar que un hombre podría controlarme así y que yo lo disfrutaría.

Quizás una chica más moderna que yo crea que las mujeres no debemos comportarnos así, pero creo que en mi caso es perfecto.

Puedo aceptar esa nueva realidad con toda tranquilidad. A fin de cuentas, esa persona es un hombre sumamente sexy. Un hombre que me ha hecho el amor de la mejor manera posible. Durante muchos años intenté tener todo bajo control. He asumido el rol de adulta, de enfermera, de mujer aguerrida. Ahora puedo dejar todo eso atrás. Puedo permitir que alguien más decida qué debo hacer.

El deseo que tengo de volver a verlo me rebasa. Decidí acatar su orden: he estado toda la tarde y la noche sin ropa interior. Me entusiasmé al darme cuenta de que hice lo que me pidió, incluso a

pesar de que él seguía trabajando en su oficina. La puerta se abre ligeramente. Mi corazón se acelera mientras apoyo mi cabeza con fuerza.

Cuando cierro mis ojos, tomo aire y luego humedezco mi boca. Ya no puedo esperar más. Ya llegó. Escuchó cómo sube con lentitud los escalones. ¿Será gentil esta vez? ¿Será salvaje? No lo sé. Solo quiero que llegue al dormitorio.

Entra con calma. Me doy cuenta de que su respiración se hace pesada. Es obvio que está viendo mi cuerpo. No tengo ropa, como me exigió. Abro los ojos y noto su sorpresa. Está viendo los artículos que compré. Son los que creí que me excitarían más. Los escogí con mucho cuidado entre todos los que había comprado. Me encanta saber que pude llenarme de osadía para adquirirlos, traerlos aquí y mostrárselos.

“¿De qué se trata esto?”, me pregunta, susurrando, mientras da un paso para verlos más cerca. “¿Compraste estas cosas?”.

“Lo hice. Quiero que las usemos”.

Toma los juguetes y los ve fijamente. Su cara se ilumina mientras me ve. “Eres mucho más atrevida que cualquier otra virgen que haya conocido”, dice.

“Era inocente”, le digo. “Pero tú has despertado mi lado atrevido”.

Entonces se pone a mi lado. Se queda con uno de los productos y luego se quita su chaqueta.

Quiero que me satisfaga cuanto antes, o perderé la cordura pronto. Me cuesta tomar aire. La cercanía de su cuerpo hace que mi clítoris empiece a vibrar. Me doy cuenta de cómo el deseo empieza a flotar en mi vientre.

“¿Tienes experiencia con estas cosas?”, me pregunta, y le respondo que no.

“¿Y por qué quieres usarlos?”, pregunta entonces. Abre mis piernas y gimo. Le digo que no lo sé. “Supongo que quieres que te enseñé a usarlo... ahora”, susurra. Entonces pone sus dedos en mi trasero, halándolo para quedar más cerca de él. Ahora mi cuerpo está chocando con el suyo.

Su rostro se llena de malicia. Esa expresión enciende mi deseo. Soy feliz cada vez que la veo. Me siento atrevida al saber que usará el látigo conmigo. O el vibrador. O el consolador.... “Sí”, le digo entonces.

Solo con ver a Antonio mi vagina se empapa. No creo que me haga falta usar nada. En momentos como este, solo quiero que comience a hacerme suya. Gira para tomar el lubricante que está en la mesa de noche. Opté por el que me pareció más sencillo en medio de ese mar de aromas distintos de la tienda. Era el primero que elegía en mi vida y me pareció lo más sensato comenzar por algo sencillo.

Me caliento de pensar lo que hará, pero también me aterra que algo malo pueda pasar. Inclino un poco mi cara para ver que unta sus manos con la sustancia. Luego pone otra cantidad en el tapón, con lo que queda bastante humedecido. El artículo es diminuto. Equivale a mi dedo pulgar. A pesar de ello, recuerdo que será la primera vez que alguien inserte algo como eso en mi cuerpo. ¿Cómo será tener un artículo así en mi interior?

Entonces sujeta mis piernas para llevar mis muslos adelante. Mis caderas suben, por lo que ya no toco la cama con ellas. Ahora estoy vulnerable. Puede ver todo mi cuerpo y tocar el órgano que le

plazca. “Tranquilízate”, me pide en voz baja. Al parecer nota mi ansiedad. “Relájate y déjate llevar. En caso de que sientas que no lo soportas, solo dilo. Entonces dejaré de tocarte”, dice.

Creo que no puede soportar el deseo tampoco, pues baja su cara y entierra su boca en mi clítoris. Cierro los ojos y gimo. Su lengua pasa por mi clítoris, dibujando círculos sobre él. Unos segundos después sube su cara e inserta el tapón en mi vagina. El juguete se llena con mis líquidos. Empieza a bajarlo con mucha calma y mi cuerpo se llena de escalofríos de placer. “Oh. Qué húmeda está esta vagina”, suelta después, con voz ronca.

Antonio está usando sus manos para tocar todo mi cuerpo. La mezcla de emociones me sacude. “¡Mierda!”, grito cuando me doy cuenta de que el tapón está impulsándose contra mi trasero. Aunque la sensación es nueva y rara, no encuentro las palabras exactas para describirla. De todos modos, me encanta.

Gira lentamente el tapón y entra unos centímetros. “Déjate llevar”, reitera. Entonces baja para succionar mis labios vaginales y hunde un poco el juguete.

Sube su cara y me obliga a verlo. Quiero descubrir su expresión. Es un semblante de deseo, de lujuria pura. Y percatarme de ello me convence de dejarme llevar. Ser aún más atrevida. Decido tomar aire, o intento hacerlo. Siento algo de dolor con la presión que siento, aunque luego experimento una onda de placer que no sale de mí ni un instante. Luego la emoción se convierte en un tren de éxtasis que me recorre desde los pies hasta la cabeza. Comienzo a sentir espasmos por todos lados.

Me concentro en el placer que estoy sintiendo. Lleva el tapón un poco más dentro. Pasa unos centímetros más, y me arranca varios gemidos. Comprendo la función del juguetito. Mis muslos empiezan a vibrar, y mi vagina se llena con la tensión.

Sus dedos pulsan mi clítoris mientras el juguete continúa trabajando. “¿Qué te parece?”, me pregunta.

“Me parece... agradable”. Toda mi vagina luce inflamada, pero mi mente está aferrada al placer que estoy viviendo.

“¿De verdad?”.

“Tendrás que continuar para darte una respuesta más concreta”, respondo, con tono atrevida.

Su sonrisa salvaje anticipa su siguiente movimiento: lleva el tapón a lo profundo.

Lo veo fijamente. ¿Qué otro artículo compraste?”, me pregunta. Aún siento una vez más el shock que me produce el juguete. Las ondas eléctricas sacuden mi cuerpo. Son más poderosas que todo lo que había vivido, y no quiero que Antonio se detenga. Ni un segundo.

Deja su mano en mi clítoris mientras gira para ver la mesa de noche. Toma otro de los artículos que compré. Se acerca a mí con un consolador dorado que cuenta con dos grandes “oídos” que sirven para aumentar el placer.

Mis ojos se nublan con sus movimientos. El éxtasis que siento es tan poderoso que creo que ya no podré soportarlo. No obstante, al ver ese consolador, me doy cuenta de que debo tenerlo dentro de mí pronto.

“¿Podrás soportar esto también?”, me pregunta.

“Por supuesto”, digo con fuerza ante su pregunta, que suena como un reto. Decido actuar con valentía, como siempre. Asumo cada desafío con entereza. Es uno de los principios de mi vida.

Presiona el tapón con algo de fuerza, de modo que se quede en mi cuerpo, y se quita los vaqueros.

“De acuerdo”, dice. “Antes de hacerlo, debo comprobar que puedes recibir esto”, me indica, poniendo su pene frente a mí. Lo sostiene frente a mí y sube su cara.

Comprendo lo que quiere, la razón por la cual puso mi cuerpo de esta manera. Mi boca se abre de par en par por la impresión que siento.

Va a penetrarme por todos lados. Enciende el consolador y luego lo lleva sobre mi clítoris. Lo mueve hacia los lados y luego hacia arriba y hacia abajo. Lo inclina y luego lo retira. Sube un poco y su erección empieza a latir frente a mi nariz.

“¿Podrás con todo esto?”, me pregunta en voz baja. Su órgano se ve de mayor tamaño al tenerlo tan cerca.

“¡Claro que sí!”, respondo de inmediato. Abro mi boca y guío su pene a mi garganta. Simultáneamente, Antonio inserta el consolador en mi vagina. Mis orificios están llenos al mismo tiempo, por primera vez en mi vida.

Los labios vaginales se separan, en un intento por recibir el juguete con comodidad. Es inmenso, como el pene de Antonio, o quizás más, lo que me hace alterarme un poco, pero intento calmarme con mis inhalaciones, largas y profundas, para acostumbrarme a la intensidad del momento. No hay palabras ni expresiones que describan adecuadamente la emoción que está atravesándome. Todas mis neuronas chocan entre sí. Intento asimilar todo lo que sucede mientras mis agujeros reciben tantas avalanchas de placer. Compruebo el tamaño y la intensidad del consolador mientras se agita dentro de mi vagina.

Sé que esto no es el fin. Lo compruebo cuando separa mis piernas. Entiendo que quiere ver mis senos. Están libres y los observa con satisfacción. Mantiene su pene en mi garganta, y aunque no hay forma de descubrir qué hará a continuación, mi cuerpo se sacude pronto. Pone pinzas en mis pezones, y siento que voy a desmayarme.

Uso mi lengua para lamer su tronco, y él no deja de impulsarse para llegar a mi garganta. Escucho sus gruñidos, lo que me indica que le gusta todo lo que hago. Todo lo que estoy viviendo es algo tan intenso y tan novedoso que no sé exactamente adónde me dirigiré a continuación. Me parece que estoy en algún otro planeta del universo, aunque no sé muy bien cuál es.

Me doy cuenta de que mis mejillas se sonrojan. Siento que comienzo a cansarme, pero no me importa para nada. Estoy dejándome llevar, como me indicó. No quiero burlarme de él. Solo quiero mostrarle lo mucho que me encanta tener su pene en mi boca y ver cómo lo satisfago.

Estoy actuando con calma para adaptarme a todas estas nuevas emociones. Siento que en algún momento haré algo que no le gustará o habrá algún evento que no podré tolerar, pero entonces lleva los productos unos milímetros más dentro de mi interior, lo que me lleva a otra nueva zona de placer, una en la que siento que pronto explotaré.

Comienzo a gemir, con lo que mis labios quedan más abiertos. Su pene se relaja un poco. Me siento un poco inquieta. ¿No podré darle tanto placer como deseo? Pero un movimiento suyo me hace olvidar esa pregunta: tuerce un poco mi consolador, y las orejas comienzan a agitarse sobre

mi entrada. Lleva su pene más adentro, llegando al fondo de mi garganta. Su accionar es tan inesperado que me sorprende por completo.

Inclina un poco su trasero, llevando su tronco aún más profundo. Pongo mis manos en sus caderas para acomodarme. Olvido las náuseas y el leve mareo que sentí cuando comencé la sesión de sexo oral. Quiero actuar como una fiera. Quiero ser tan primitiva como él. Sé que estoy siendo cogida por todos lados, aún no me siento satisfecha.

Debo ir con calma para disfrutar. Quiero pasarla bien y ser paciente en lugar de arruinar el momento. Lo recuerdo cuando me pregunto algo mentalmente: ¿cómo es posible que tenga tantas ganas de comerme su pene? Quiero saciar esa sed llevando su erección a mi boca, sin dejar que salga ni un instante ni permitirme respirar por unos cuantos segundos, tomarlo como el consolador toma mi vagina, pero tengo claro que quizás me falta preparación para llegar a ese punto.

Mi orgasmo se aproxima, y empiezo a gemir sobre su tronco.

Quiero dejarme llevar una vez más, para caer al fondo del clímax dentro de poco. La sensación de placer es tan intensa que apenas puedo tolerarla. Lleva el consolador a mi interior mientras seguramente piensa que es su pene el que me penetra. Ya estoy al borde. Creo que no aguantaré mucho más. Me parece que caeré de bruces en unos segundos.

Mi vagina presiona el juguete mientras mi trasero hace lo mismo con el tapón. El éxtasis llega a mi cuerpo desde varias direcciones. Mi intención es soportar todo lo que pueda, en espera de sus órdenes, pero no puedo. Mi cuerpo ya no puede esperar. Esta vez no puedo anticipar el clímax. Me sacude sin anticiparse. No puedo emitir ningún sonido, pues su pene ahoga mi boca. En cualquier caso, él puede notar la electricidad que sacude mi pecho.

El clímax es tan intenso que me sacude más de lo que creí. No logro comprender nada de lo que sucede.

Retira su pene y lo sacude sobre mis labios en dos, tres, cuatro ocasiones. Cierro los ojos, pero un mar de líquidos calientes me hace abrirlos. Es su semen, que cae sobre mis senos como una avalancha.

Me relajo un poco mientras exhalo. Sus líquidos calientes caen en mis pechos... lo que increíblemente me encanta. Es como si marcara su territorio. De todas formas, ya sé que le pertenezco. Me aferro a sus nalgas para llevar de nuevo su tronco a mi boca. Seco lo que queda de su glande mientras él continúa tenso.

“Mierda”, dice en voz alta, con su voz alterada.

Me mantengo en mi lugar, si bien recuerdo que tengo que tomar los productos, limpiarlos y asearme también. Mi piel sigue aturdida por los espasmos. Mi vagina aún vibra por todo lo que Antonio hizo en mi cuerpo.

“¿Qué tal lo hice?”, le pregunto, luego de que retira su pene con suma calma.

“Me encantó”. Toma aire mientras se desliza para ponerse a mi lado. Besa mi boca con algo de fuerza y luego choca su nariz contra la mía. “Estupendo, cariño”, dice, con firmeza, me asegura. No había usado una palabra como esa para referirse a mí hasta ahora.

Tomo los juguetes con ambas manos, pero levanta su brazo. “No lo hagas”, me pide. “Tenemos

tiempo para seguir. Y lo haremos ahora”.

CAPÍTULO 23

ANTONIO

Llegó el día de nuestro matrimonio. Supuestamente es una gran mentira, así como todo lo que hay dentro de él. No obstante, estoy convencido de lo contrario.

Decidí negarme a invitar a mis familiares. Sabía que de inmediato notarían que había algo extraño. Son conscientes de que preferiría casarme en otro sitio. De hecho, recordarían que nunca me casaría con alguna mujer, ni en este lugar ni en otro. Recordé que organizamos toda la ceremonia en apenas unos días. ¿Ceremonia? ¿Debería llamarla así? Apenas les pedimos a Daniela, la amiga de Ana, y a Natalia, su hermana menor, que nos acompañaran. Vinieron, pero solo con la intención de apoyar a Ana y demostrarle que la quieren.

Ana ya está demorada por cinco minutos. Nuestras dos invitadas esperan mientras yo empiezo a desesperarme. Ella comentó anoche que no quería casarse con un traje blanco. Lamenté su decisión. Supuse que ninguna otra chica luciría un traje de novia tan bien como ella. No pude ver el atuendo que había decidido llevar para la ceremonia.

“Puedo ir por ella si me lo pide”, me indica la señora que oficiará nuestra unión.

Estoy seguro de que llegará en unos instantes. Estoy convencido de que lo hará porque creo en su palabra. “No tiene que hacerlo. Llegará pronto”, le digo, con tono firme.

No entiendo la razón por la cual no hay nada real en nuestra boda. Me doy cuenta de que hay un inconveniente con esa realidad. Es la primera vez que confío en una mujer. Es ideal en todos los aspectos, por lo que es perfecta para ser mi esposa.

Todo lo que planeamos quedó atrás. Ya no hay forma de que yo lo vea del modo inicial. El camino más sencillo habría sido concebir nuestra unión como inicialmente era: un matrimonio falso del cual extraeríamos lo que nos hacía falta. Pero eso ya no puede suceder.

Ya solo quiero regresar a mi casa después de trabajar para encontrarme con ella. Suele esperarme, aunque sea tarde. Al verme, sus ojos vibran de felicidad. Deja de ver la televisión o leer algún libro para abrazarme.

O que hagamos el amor.

Ella me sorprendió. Es atrevida y no tiene miedo de decir lo que quiere. Además, siempre quiere explorar territorios sexuales inesperados para ella. Estar con ella, no solo en la cama, es una de las mejores experiencias de mi vida. Ninguna mujer me ha hecho sentir tan satisfecho como ella. Creí que como no tenía experiencia, me aburriría de ella pronto. Lo supuse porque no había tenido en dos décadas de vida. Creí que era una mujer aburrida y anticuada, como todas las vírgenes. Pero no fue así.

Me encanta ser su guía turístico en la tierra del sexo. Es tan curiosa que siento que nunca dejará de interesarse por el placer. En el trayecto a casa, siempre me pregunto qué pasará durante la noche. Todo le parece muy novedoso, como quien llega a un lugar diferente y quiere conocer todos los lugares.

Escucho los pasos de alguien detrás de mí. Cuando giro me encuentro con las miradas de Daniela y Natalia. Ambas sonríen. Levanto un poco la cara y me doy cuenta de que mi esposa está llegando. Es Ana quien camina hacia mí, y sonrío como nunca lo hice en mi vida. Estoy muy feliz de verla.

No me agrada lo que veo. Debo hacer algo mejor, cuando pueda. Sí, tiene un vestido largo color rosa. Se ciñe a sus curvas. Se ve perfecta con ese atuendo. Resalta cada parte de su cuerpo. Además, es muy elegante. Lleva algunas rosas pequeñas sobre su cabellera. Pero repentinamente siento una profunda decepción. Y tristeza. Supongo que siempre planeó casarse de otro modo, en otras circunstancias. Seguramente querría una boda real, con todo lo que conlleva: muchos invitados, amigas ayudándola con todos los detalles, una ceremonia en una iglesia antigua, rosas en todos lados y muchas fotos.

Llega donde estoy. Tomo su mano mientras sonrío.

También me muestra una sonrisa. Me doy cuenta de que hay desdén en su rostro.

¿Será que también me veo tan triste como ella? No lo sé. Tampoco sé qué parte de esto es ficción y qué parte es real. En el fondo de mi alma, siento que realmente estoy casándome.

“Podemos comenzar la ceremonia”, dice nuestra oficiante. Como me cuesta articular las palabras, solo asiento.

Entonces comienza todo.

Si esto hubiera sucedido unos meses antes, habría estado más pendiente de mi agenda o las juntas por venir. También estaría preocupado por las videollamadas o los informes que deberían entregar los gerentes al final de la tarde. Ahora es distinto, pues siento que el reloj se detuvo porque estoy al lado de Ana Terán. Decidió conservar su apellido en lugar de empezar a usar el mío.

No quería tener inconvenientes por los cambios y trámites que eso conllevaría. Además, no seremos un verdadero matrimonio. Sin embargo, uno de mis mayores deseos en este momento es que si empiece a usarlo. Sé que sería bueno para ella. Se convertiría en Ana Terán *de* Vélez. Incluso se oye perfecto. Pudiera iniciar una carrera en la música con ese nombre si lo quisiera, pues es perfecto.

“¿Alguien se opone a esta unión matrimonial?”, pregunta la oficiante. Sé que, si nadie dice algo, podremos ser marido y mujer.

Daniela simula que subirá su mano, y luego usa la otra para bajarla.

Natalia sonrío y baja la cara.

Ana agita su cara, y empieza a sonreír también.

La oficiante se ve un poco confundida. “¿Aceptas a Antonio como esposo?”.

“Acepto”, dice Ana en voz baja.

Natalia y Daniela también son conscientes de lo que sucede, pero no deja de parecerme genuino. De hecho, quiero que lo sea. Por eso, no olvidaré jamás la expresión de dulzura que tiene la mirada de Ana. Acerco mi cara para darle un beso en la boca. Nadie ha sido testigo de un beso nuestro. Es una sensación extraña, porque entiendo que lo hacemos como parte de una mentira.

Saco el anillo para insertarlo en su dedo. Entonces se convierte oficialmente en mi esposa.

Nuestra oficiante luce más contenta después del momento tenso que había estado viviendo. Entonces cierra el libro que leyó para nosotros y sonríe. Todos salimos y comienza a hablar con nosotros. En voz baja, admite que nunca había oficiado una boda.

Me siento estupendo con Ana. Es una chica distinta. Puedo repasar cada momento que vivimos desde que nos conocimos, y creo que estoy realmente comprometido con ella. Ella sonríe y le asegura que todo fue perfecto. Toma mi mano y el anillo roza mis dedos. La sensación es muy agradable. Eso me extraña. Creí que esas alianzas eran un símbolo de una soga que los hombres nos poníamos. Pero no siento eso.

“¿Ya tienen un destino para su luna de miel?”, nos pregunta la oficiante.

De hecho, no. No he tenido tiempo para buscar lugares. Solo sé que nuestros próximos días serán largos y ocupados, pues necesitamos hacer todo lo que planeamos para evitar que Cristina venda la casa.

Ana, sin embargo, muestra su lado irreverente. “Iremos a Mongolia”, le cuenta, y luego sonríe. “Nos gusta mucho la comida oriental. De hecho, a mi esposo le gusta mucho más que a mí. Ha ido varias veces a Asia, pero yo no he estado en esa parte del mundo. Los dos creemos que es el lugar ideal para que comencemos esta etapa de nuestras vidas”.

“Vaya. Es un plan excelente”, responde.

Daniela muestra su sorpresa. Recuerda que lo que sucede es una mentira, pero decide hacer silencio. Y me siento agradecido de que lo haga.

“Esposo”. Me encanta que lo haya dicho. Además, se oye perfecto. “Lo es”, digo, mientras asiento, aunque mi mente se concentra únicamente en esa palabra que dijo.

“¿Mongolia? ¿Por qué le diste esa respuesta tan rápida?”, le pregunto, unos minutos después, cuando quedamos a solas. Decidimos volver a casa. Giro para verla y sonrío.

“Siempre he querido ir”, me cuenta. “Aunque no planeé que lo hiciéramos juntos. Esperaba ir allí de luna de miel con mi esposo. Lo que sucede es que la cultura de ese país, su historia, la paz que transmite, además de la comida, por supuesto, me encantan”, dice, y luego comienza a sonreír.

Entonces una pregunta surge en mi mente. ¿Cómo puedo despejar mis pensamientos y liberar el deseo que siento? Me lo cuestiono porque solo puedo ver su sonrisa, amplificadas por la luz del día que entra entre las hojas de los árboles. No puedo respirar por la emoción que siento.

Cuando llegamos a casa, le hago el amor en varias ocasiones.

Al abrir los ojos, ya son las siete de la mañana. Me abraza con fuerza mientras despierta. ¿Estará pensando lo mismo que yo? Quisiera saberlo, pero no puedo, pues permanece en silencio. Ella está a mi lado, y no quiero tener que levantarme y que se quede sola. Me gustaría tener una razón para pedirle que me acompañe a trabajar, pero no la tengo.

Creo que me he vuelto adicto a su cuerpo, a su presencia, a su aroma. Lo pienso cuando desayuno y luego voy a la oficina. No puedo pensar en otra persona que no sea ella. Al subir por el ascensor, siento que me hace tanta falta que no podré soportarlo por mucho tiempo.

Entro a mi oficina mientras exhalo, y siento su aroma en mi nariz. Sigo pensando en su sonrisa,

pero lo que veo al pasar, por poco hace que pierda el equilibrio. Lo que veo me deja en shock.

CAPÍTULO 24

ANA

Voy por los pasillos para llegar a su oficina. En el camino, no dejo de ver mi anillo de bodas. La luz del sol chocaba contra él y lo hace brillar más. Creo que lo necesito para lo que quiero hacer. A pesar de su apariencia discreta, soy consciente de que debe haber costado una fortuna. Entiendo que uno de sus hábitos es gastar mucho dinero para comprar los mejores artículos. Sigo sintiéndome extraña con ese artículo en mi mano, aunque admito que me gusta.

Debo estar con él. ¿Cómo es posible que esté haciendo esto?, me pregunto de todos modos. Cuando se fue, comenzó a hacerme falta de inmediato. Me convencí de ir a visitarlo. Quizás fue una mala idea. Seguramente dirá que no quiere tenerme mientras trabaja. De todos modos, llegué aquí. Para que me haga suya.

Tenía que ver a Antonio, pues me hacía mucha falta. Había algunas carpetas en casa cuando salió. Decidí actuar como una buena esposa y las ordené para llevárselas. Alberto estuvo dispuesto a subir conmigo a la oficina de Antonio, pero me negué a que lo hiciera. Solo me acompañó hasta la entrada del edificio. Lo convencí diciéndole que no quería sentirme como una niña, que necesitaba siempre la compañía de un adulto responsable. Al estar en su enorme casa, olvidé lo que se sentía tener un espíritu independiente y hacer las cosas por mi cuenta. Además, aunque a Alberto seguramente le sonó como algo mezquino de mi parte, tenía que ir a la oficina.

Me dije que todo estaría bien. Sería algo rápido y luego saldría para visitar a Natalia. Mi objetivo es cerciorarme de que no cometa más errores. Si bien no suele comportarse como una jovencita descarriada, debo estar segura. Después de lo que sucedió con el Mercedes, no puedo tener ninguna certeza.

Voy hacia su puerta y pienso en su expresión al verme por primera vez en este lugar. También recuerdo las emociones que viví mientras me mostraba esa sonrisa. Una sonrisa que indicaba que se sentía más dichoso que cualquier otro hombre en el planeta. Quizás fingía todo, pero no me quedó dudas de que era bueno para mentir.

Entonces recuerdo que estoy aquí para hacerle una visita breve, aunque sé que bastará para volverlo loco.

De hecho, yo también estoy volviéndome loca. Es el hombre que me ha hecho sentir realmente deseada por primera vez en mi vida. Mi cuerpo se inquieta cuando pienso en todo lo que haremos en su escritorio. Sé que no puede dejar de hacerme el amor una vez que quedamos solos.

No he dejado de repasar lo que dijo cuando me encontré con él para plantearle el trato. Aseguré que me aburriría de él y me iría. Tal vez lo decía porque creía que sería él quien se cansaría de mí, pero ninguno de esos escenarios se ha presentado. No me he cansado en absoluto. Lo que sí me inquieta es que intente mantener lo nuestro como una mentira y no quiera ir más allá. De todos modos, voy a su oficina. La abro, y lo que veo me produce un terrible escalofrío. No puedo mover ni un dedo.

En su oficina ya hay una persona. Es una mujer. Y sé quién es. Su secretaria.

Mi boca sigue abierta ampliamente y aún no puedo moverme. Ella tiene sus piernas separadas y está acostada sobre su escritorio. Solo una fina lencería cubre la parte superior de su cuerpo, pero es como si no tuviera nada, pues está muy abierta, por lo que puedo ver su piel delicada y su pecho perfecto. Antonio está cerca de ella. Creo que no me han visto. Me pregunto si tienen un romance. Esa sería la razón de la molestia que mostró cuando llegué a su oficina sin anunciarme. ¿De verdad esto está pasando?

“Antonio, por favor”, le dice Paula, con un tono atrevido. “No creo nada de lo que me dices. Estoy segura de que deseas probar este cuerpo”.

“No lo quiero”, dice, con voz molesta.

¡Qué puta es! Me estremezco más. Es obvio que no se han dado cuenta de que llegué. Entonces no tiene motivos para negarse a estar con ella. Tampoco hay alguno para que ella diga que no cree en sus palabras. Eso me hace pensar que no hay nada entre ellos. Está intentando convencerlo de hacerle el amor, a pesar de que es consciente de que ya es mi marido.

Paula está convencida de que puede entrar a la oficina de mi esposa para tratar de seducirlo, pero no sabe que hay alguien que se lo impedirá. Me siento momentáneamente relajada cuando me doy cuenta de que él no quiere hacer nada con ella, pero pronto una emoción ahoga esa calma. Es ira pura.

Aclaro mi garganta.

Paula me escucha. “Vaya, Ana”, dice, con un tono con el que intenta demostrar que es una linda chica haciendo algo normal. Se levanta de inmediato y cubre su pecho.

“Ana, te pido que...”, dice Antonio, preocupado.

“Es hora de que te vayas, ramera”, le ordeno. Antonio no puede continuar por mis palabras. Además, subo mi brazo para detenerlo. Sigo viendo la mirada fingida de Paula.

Abre bien sus ojos y empieza a caminar.

Parece que realmente supone que puede estar con Antonio, que puede convencerlo de tener sexo, aun cuando esté completamente equivocada. ¿Cómo puede ser tan atrevida?

“Ana, debes reconocer que Antonio necesita una verdadera mujer que lo complazca”, asegura Paula, con tono calmado. “Una esposa como tú no puede hacer eso. Yo sí puedo”.

Su voz educada me produce náuseas.

Recuerdo que Antonio me aseguró que no tiene relaciones con sus empleadas. Confío en su palabra. Tal vez tenga defectos, pero nunca miente. Además, la expresión en su rostro cada vez que la ve me ha hecho entender que no la desea. Me ha visto con verdadero deseo y me ha hecho el amor como un animal, lo que me ha hecho entender que ella no podría satisfacerlo como yo. “No sé qué carajo dices. Además, aunque tuvieras tres vaginas y seis tetas, igualmente no podrías satisfacerlo”, le digo.

“Tenemos tiempo en esto”, me asegura Paula, con tono firme, mientras sonrío. “Pero está fingiendo para que no lo descubras”.

Veo fijamente a Antonio.

Está en shock, pero sé que no tiene nada con ella. No dice una palabra. Aunque abre su boca, no puede decir ni una palabra.

“Mejor vete. Y no vuelvas. Este es tu último día de trabajo aquí”, digo. Su descaro ha hecho que me irrite. Giro para verla y le muestro la furia que siento luego de hablar.

Aparentemente está asimilando la realidad. Sus ojos se tornan lacrimosos y me ve como si suplicara por mi perdón. “No puedes echarme. Soy la mano derecha de Antonio. Nadie más puede hacer que esta oficina funcione, Ana”, asegura, pero ahora su voz está quebrada.

Es el efecto que quiero lograr. Preocupación. Miedo. Ira. Que se dé cuenta de lo que ocurre. Que se equivocó al buscar a mi esposo. Que es mío y defenderé mi matrimonio.

“¿Quién te dio la autoridad para despedirme?”, me pregunta con rabia.

Mis venas saltan, pero no puedo calmarme. No permitiré que ninguna zorrita trate de involucrarse con mi esposo. Estoy cada vez más furiosa, lo que me asombra. Quiero decirle algo más, pero Antonio empieza a hablar.

“Nadie, pero yo sí tengo esa autoridad. Debes irte. Ahora. Sal. Te daré dos horas para que desocupes tu oficina. En unos días recibirás los tres meses de sueldo que te corresponden por ley”.

Paula le lanza una mirada de furia mientras abandona el lugar. Al salir, el portazo que le da a la puerta es tan fuerte que las paredes vibran.

“¿Puedes asegurar que no tienes nada con ella? Dímelo, por lo que más quieras. “Júrame que no actué así en vano”, le pido. Tomo aire mientras giro para ver su cara.

Ve mis ojos fijamente.

Cuando veo su expresión, me siento segura de que no tenía nada con ella.

CAPÍTULO 25

ANTONIO

“No tengo nada con Paula”, respondo. Es la verdad. Soy consciente de que mis palabras tal vez no basten para persuadirla. Ni a ella ni a nadie. Sin embargo, su reacción me demuestra que mi palabra es suficiente para que me crea.

Toma aire mientras lleva sus manos a su frente. “Menos mal. De haber echado a una secretaria a la calle y dejarla sin nada, me sentiría como...”.

“No tienes que sentir nada, salvo paz”, digo, impidiendo que siga hablando. “No he tenido nada con ella en ningún momento. Jamás he sentido interés por Paula. Además, la habría echado, aunque no hubieras dicho nada, o al menos la habría enviado a otra oficina”.

“Eso lo tengo muy claro”, dice, y empieza a sonreír.

Entonces siento calma y alegría al ver esa sonrisa y la luz en su rostro.

“Oí que le decías algo antes de aclarar mi garganta”, dice. “Creí que solo fingías, no que intentarás pedirle que saliera de tu oficina. Ahora veo que no querías nada con ella. Ahora creo más en ti”.

“Crees más en mí”, digo, en voz baja.

Se muestra sorprendida. “¿Cómo dices?”.

“Que crees más en mí”, le reitero. “Ni te imaginas lo que siento ahora. Ninguna otra mujer creería más en mí después de eso. De hecho, ninguna mujer creería ni una sola de mis palabras. Soy famoso por mi forma de relacionarme con las mujeres. Seguramente Paula creía que me convencería rápidamente por esa razón”.

“No eres capaz de traicionarme así. Lo sé”, asegura.

“Me emociona saber qué crees en mí. Eres la primera mujer que lo hace”, respondo. Luego acaricio sus mejillas mientras sostengo mi mirada sobre la suya. Entonces sonrío.

La forma en la que cree en mis palabras despierta la felicidad en mi pecho. Hay una luz de alegría en su cara. Siento que mi relación con ella es bastante... estable.

Ella inclina un poco su cuerpo para darme un beso tierno en los labios. Es una muestra del compromiso que siente.

Lo que dijo es cierto. No quiero traicionarla. Y no lo haré. Jamás. Además, me demostró con su beso y su actitud que también tiene un compromiso real conmigo, pues ahora hay una profunda confianza entre nosotros. No pensé que pudiera surgir ese sentimiento de lealtad en algún momento. Creyó en todo lo que le dije, me defendió y dijo lo que sentía sin chistar. Todo el mundo suele creer en los rumores que surgen sobre mí, especialmente por mi fama. Generalmente, cada chisme es más fuerte que el anterior, y la gente acostumbra tomarlos como verdad. Con Ana fue distinto. No se dejó llevar.

Ahora comprendo que realmente somos compañeros, socios, aliados. Que estamos juntos y debe

haber confianza, fidelidad y compromiso por parte de ambos. La tomo por la cintura para acercarla a mí. Nos convertimos en una sola piel. Este es nuestro primer encuentro en la oficina desde nuestra boda.

Ya estoy olvidando el mal rato que viví antes de su llegada. Empiezo a sentir que eso no me sucedió, que no tengo nada que ver con ese feo asunto. Pone sus manos en mis hombros y comienzo a besarla con pasión.

“Antonio, ¿no has deseado hacerme al amor sin condón?”.

Su pregunta me impresiona. “Siempre he querido, pero...”.

“Comencé a tomar píldoras anticonceptivas. Podemos hacerlo”.

“Mierda, Ana. A decir verdad, lo que más deseo en este momento es sentir tu vagina desnuda”.

“En ese caso, estás perdiendo el tiempo”, me dice, con tono atrevido.

Quiero encontrarme con su mirada mientras la penetro una vez más. Por eso, empiezo a moverme. Beso su garganta mientras llevo mis dedos por el borde de su blusa. Los subo y me encuentro con la tela de su sujetador. Escucho sus gemidos y acomodo su cuerpo sobre mi silla. Veo su cara, porque quiero descubrir la expresión en su rostro.

Acomoda su cuerpo en mi regazo. Entiendo que sabe lo que espero que haga. Asiente mientras levanta su falda para mostrarme su cuerpo. Me encanta todo lo que veo. Su anatomía es preciosa. Sus curvas aparecen ante mí. Son preciosas. La imagen de Paula llega a mi mente y me doy cuenta de que su cuerpo no se acerca ni un poco al de ella. Baja su ropa interior y luego la arroja al piso.

Hago lo mismo con mis vaqueros y tomo mi pene con mi mano derecha.

Usa sus manos para sujetarse al respaldo de mi silla. “Antonio, debes saber que...”, dice en voz baja, pero beso su boca, y sus palabras se quedan en su garganta.

Anticipo sus frases. Quiero escuchar su voz, pero solo mientras gime y grita de placer. Pongo mis dedos en sus caderas para que se sienta cómoda y reciba mi pene. Al presionar su entrada, me siento dichoso. No experimentaba algo como esto desde que era un jovencito y no me protegía, cosa que siempre debí haber hecho. Luego de eso, he estado con muchas chicas, y aunque el sexo siempre ha sido placentero, nada se compara al éxtasis que me produce Ana.

El control que ejerzo sobre su cuerpo me encanta, aunque estar juntos también deja en evidencia lo vulnerable que soy por lo que siento. En unos segundos entro en su vagina. Me impulso para llegar a sus profundidades para sentir cada parte de su interior. Siento su humedad, su calidez y la forma en la que me recibe, como si siempre me hubiera esperado. Comprime mi tronco mientras gime y cierra sus ojos. Nunca habíamos juntado nuestras carnes como ahora. No ha dejado de impresionarme la forma tan natural en la que nuestras pieles se acoplan. Parece que estamos hechos el uno para el otro. Me convengo de ello cada vez que hacemos el amor.

Está acostumbrándose a una posición en la que nunca había hecho el amor. Se aferra a la silla mientras impulsa sus caderas sin parar.

Veó su cara fijamente. Ya es mi mujer.

Toda mía.

Sé que Ana no está fingiendo nada. Quiere hacer lo que le place para saciar su deseo. Entonces me quedo allí, sentado, mientras explora el sexo y se hunde en el éxtasis que está experimentando. Ya es mi esposa, y está atreviéndose a hacer el amor en posiciones que nunca había intentado. Eso me fascina. Comprendo que actúa instintivamente, haciendo lo que le parece oportuno o más satisfactorio. Solo puedo verla, dejarme llevar también y proporcionarle todo el placer que pueda.

Activo mi cuerpo lentamente. Después me muevo con más potencia. Finalmente estoy totalmente dentro de ella, impulsándome una y otra vez. Aprieto su trasero para sentir sus movimientos.

Escucho sus gemidos, cada vez más poderosos.

El resto del mundo puede irse a la mierda. No tengo problemas con los gemidos ni los gritos de Ana, si empiezan a salir. Sé que estamos solos en el piso de mi piso. De todos modos, si hubiera alguien, no me importaría. Ya estoy más que satisfecho con su cara lujuriosa.

Ya olvidé esa chica inocente y temblorosa que estuvo conmigo cuando era virgen. ¿Cómo actuará cuando ya sea toda una experta? Me muero de ganas de ver esa versión de ella, una chica madura y consciente de todo lo que le gusta hacer en la cama. “Cielos”, exclama, y me saca de mis pensamientos. Baja su cara y me regala un beso feroz, que me demuestra su hambre. Su lengua choca con la mía. Ahora es mucho más atrevida que antes.

Quiero que reciba toda mi erección. Presiono sus caderas para que se afinquen en mi pene, con una intensidad tremenda. Tengo ganas de llevar mi semen caliente a sus profundidades. Saber que derramaré mis líquidos dentro de ella, sin condón, estremece mi cuerpo. Apretaré sus piernas para que mi semilla no salga de allí. Entonces surge una posibilidad confusa en mis pensamientos. Quiero que no use píldoras. Que mis líquidos engendren una criatura en su cuerpo.

“¡Dios!”, suelta.

Su vagina empieza a comprimir mi pene. Me balanceo mientras me empuja con fuerza. Quiero que sus caderas movedizas saquen todo lo que tengo para ella. Está teniendo un orgasmo. Su cuerpo no deja de sacudirse. Luego comienza a temblar. Gime de nuevo cuando vuelve a bajar sus caderas. Quiere liberar los focos de éxtasis que aún agitan su piel.

Pongo mis manos en su cintura mientras sigo moviéndome en su interior. Al rato, vivo mi propio clímax. Mis líquidos calientes salen y llegan al fondo de su ser. Es una sensación muy emocionante. Parece que el mundo se paraliza mientras me libero.

Pongo mis labios sobre su cuello, con delicadeza. Parte de su piel sigue desnuda. Y estoy feliz de ver ese tono tan maravilloso. Es un cutis delicado y tierno. Recuerdo que suelo levantarme y tomarme unos minutos para contemplar su piel iluminada por la luz matutina mientras sigue dormida. Pero no le cuento nada. No quiero que se entere de lo que hago.

Ana sube un poco y comienzo a salir de ella. Luego me abraza tiernamente. Deja su cara sobre mi pecho y luego toca mi hombro. Sé que puede oír cómo late mi corazón por ella. “Tu corazón está acelerado”, dice, y ríe. “¿Tanto te gustó?”.

Suspiro y beso su frente. Sí, mis latidos son rápidos, pero su abrazo hará que se calmen en unos segundos.

“No me gustó. Me encantó”, digo, y dejo que el aroma de su cabellera llene mi nariz.

CAPÍTULO 26

ANA

Un mes después

Estoy en shock. De nuevo veo mi cabellera. Es la décima vez que lo hago. Estamos en el apartamento de Natalia y me siento muy inquieta. “¿En serio estamos haciendo esto?”, le pregunto a Natalia. “¿Cómo luzco?”.

“Luces bien. No irás a un desfile de modas, de todas maneras, ¿o sí?”, me pregunta Natalia, con tono chistoso.

Sé que intenta burlarse de mí, pero igualmente se nota su alegría. Retrocedo un poco para ver una vez más mi atuendo. “¿Debería quitarme algún accesorio antes de salir?”, le pregunto. “Entiendo que es una costumbre...”.

Se levanta y alisa su vestido. “Te ves maravillosamente bien”, dice, con tono firme.

Aún no estoy totalmente convencida de que todo esto sea verdad. Es inconcebible para mí. Sin embargo, parece que sí es cierto. La vida está jugando a mi favor. Solo tengo que asimilarlo y entender que sí puede pasar. Debo reconocer que mi suerte cambió y ahora soy una mujer con éxito. “No te creo”, digo, con algo de molestia, cuando dejo de pensar en mi éxito. Le respondo de ese modo porque me siento temerosa. Sé que mi ropa y mi apariencia son importantes para el mundo en el que estoy a punto de entrar.

Una asistente de Hernán Simpson me contactó la semana pasada. En ese momento creí que era un chiste de mal gusto. De hecho, esa posibilidad está en mi mente. Creo que en cualquier momento alguien me dirá que se trata de una cámara escondida o algo así, y aterrizaré en la realidad.

Entonces creí que algún abogado estaba llamándome para hablar sobre La Estancia. Lo sospeché porque no tenía el número telefónico en mis contactos.

“¿Hablo con Ana de Vélez?”, me preguntó. Se trataba de una mujer.

“Así es”, dije, con reservas. Era la primera vez que alguien se refería a mí de ese modo.

“Qué bueno. Por fin podemos hablar con usted”, dice, con tono alegre. “Trabajo para Palmeras. La llamo porque queremos hablar con usted personalmente. Queremos mostrar sus diseños y...”.

¿Mostrar mis diseños? ¿*Mi* ropa?

Solo le había contado a Daniela de mis planes. Creí que era parte de la jugada, que lo hacía para burlarse de mí. Creí que en cualquier momento cedería y me diría que todo era un teatro. No fue así. La asistente se mantuvo a la espera de mi respuesta, sin decir nada. Me quedé sin aliento. Tenía que ser un sueño o una broma. Se trata de Palmeras, una de las principales empresas de moda de mi estado. Los había contactado hacía tiempo porque quería realizar una pasantía con ellos, pero nunca me contestaron. Me sentí frustrada porque creí que otra persona con más capacidades había conseguido la oportunidad. Pero entendí que eso no había ocurrido.

“¿Mostrar mis diseños? No entiendo muy bien”, dije, luego de un rato.

“Hernán Duarte, nuestro jefe de diseño, estuvo viendo las fotografías de tu matrimonio”, me contó.

Cuando me casé no recordé, como me pasa todo el tiempo, que Antonio es una persona conocida y atrae la atención de mucha gente. Era muy diferente a mí, una mujer que no estaba en el radar de los medios. Había muchos fotógrafos estaban afuera de la iglesia. Tomaron muchas fotos, pero creí que solo lo hacían para subirlas a los portales de chismes o los periódicos sensacionalistas. Nunca creí que habría alguno de Palmeras.

“Descubrimos que teníamos su petición en nuestras oficinas”, dijo después. “Decidimos echarle otro vistazo, así como revisar su portafolio. Esperamos que te acerques a nuestras oficinas, si tienes tiempo y no has sido contratada por otra empresa”.

Jamás pensé que una persona que trabajara en una empresa tan importante como Palmeras se fijara en mí. No imaginé que eso sucedería ni siquiera en varios siglos. Ciertamente, les había remitido un portafolio, pero se trataba de diseños de modas que había hecho para la universidad. Los profesores quedaron encantados, pero no creí que alguien tan respetado en la industria los revisaría y creyera que yo tenía talento para el diseño. Ahora, estaba en la cima. Apenas podía respirar.

Comencé a saltar mientras hablaba. “Estoy disponible. Y nadie me ha contratado”, le dije, en voz alta. “Y obviamente, tengo muchas ganas de ir allí y ver al señor Duarte. Solo dime el lugar y la hora. Allí estaré, sin falta”, dije, y me obligué a parar para no parecer paranoica. Ella buscó en su agenda un momento oportuno y luego le dije que me parecía perfecto.

No podía quejarme. La suma de los eventos me había traído a este lugar. ¡Iba a verme con uno de los hombres que siempre había admirado! Eso no habría podido pasar hacía unas semanas. No se habrían fijado en mí. Me sentí un tanto extraña al recordar que tenía esa oportunidad porque era la esposa de Antonio. Sin embargo, yo ya había dado un paso al llevar mis documentos y mostrado mi talento.

Estoy cerca de Palmeras, adonde planeo ir en unos cuarenta minutos, si alguien no me avisa antes que todo es una broma y quedo ante el mundo como una estúpida.

“Puedes estar tranquila. Luces muy bien. Supongo que Antonio debe estar a punto de llegar”, dice Natalia.

Él pasará por mí y luego me llevará a la junta. Aunque le pedí que no lo hiciera, insistió y me convenció. “Es un momento especial para ti. No dejaré que alguien más te lleve. Quiero estar cerca de ti”, aseguró. Llegará al apartamento de Natalia en poco tiempo.

“¿Lo haces por esa razón o porque sientes celos al saber que comeré a solas con un hombre que no eres tú?”, le pregunté, con tono jocoso.

“Por supuesto que lo hago por lo primero. Aunque no confío en ningún hombre, sé que nunca me traicionarías”, dijo en voz baja, antes de besar mi boca. Luego me vio fijamente y me abrazó con fuerza.

Tras lo que sucedió con su asistente, me he sentido más comprometida. Sé que él también experimenta esa sensación. En ese momento supe que era un hombre en el que podía creer ciegamente. Las palabras que le dijo me demostraron que solo quería estar conmigo. Entonces le recordé que me encantaba estar con él. Sonrió ligeramente. Estaba diciéndome la verdad, otra vez.

“Me siento muy feliz por lo que estás logrando, hermana”, dice Natalia. Todo saldrá perfecto.

Estoy segura”, continúa, y me abraza suavemente.

Sé que ella es la única integrante de mi familia con la que aún puedo contar. Y también sé que debo protegerla. “Lo sé. Y te lo agradezco”, le digo, tocando sus hombros. “Espero que hagas los deberes de la escuela”, le digo, con tono serio.

“No es el momento para hablar de eso”, dice, y levanta su dedo índice.

“Oye, aunque ya no estemos en la misma casa, voy a procurar que estés al día. Tengo que hacerlo. Soy tu hermana mayor. Tal vez creas que exagero, pero es mi deber cuidarte y recordarte lo que tienes que hacer”, le recuerdo.

“De acuerdo. Haré todo a tiempo. Te lo prometo”, responde, y sonrío. “Tienes mi palabra, así que puedes relajarte. Ahora concéntrate en ese almuerzo de negocios. Sé que todo saldrá bien”.

“Espero que todo también salga bien con tus estudios”.

“No tienes que actuar como mamá porque no lo eres”, dice. Luego baja su cara y noto su dolor.

Es verdad que no soy mamá, aunque sí existe la posibilidad de que me convierta en madre en unos meses. He tenido retrasos en mi menstruación. Como he usado las píldoras anticonceptivas, estoy calmada. De hecho, no me he realizado ninguna prueba de embarazo. Decidí que me tomaré unos días más para hacerlo, si nada cambia. Mi médico aseguró que las situaciones que he vivido tal vez hayan alterado mi ciclo. Cuando veo que Natalia sube su cara, siento que un puñal atraviesa mi pecho al escucharla. Y no puedo hablar.

Dejo de pensar en mi cuerpo cuando escucho que alguien toca mi puerta. Quiero abrir, pero mi hermana se adelanta.

CAPÍTULO 27

ANA

Es Antonio. Le da un beso en la mejilla a Natalia. Sonríe mientras la ve. “Imagino que te gusta estar sola en este apartamento”.

Ella asiente. “Sí, aunque si tuviera una casa como la tuya, disfrutaría más”.

“Hermana, por favor”, le digo.

Antonio sonrío. Entiende que no quiero que ella siga expresándose de ese modo. Camina para llegar hasta mí, mientras la sonrisa se mantiene en su rostro. Su mirada recorre mi atuendo. “Vaya. Luces muy linda”, afirma, con tono alegre.

Me costó mucho volver a coser mi vestido de bodas para insertarle matices más intensos. También me parece que quedó estupendo, pero no sé si se adapte al estilo de Palmeras. “Agradezco tus palabras”, respondo, en voz baja.

“¿Nos vamos?”, me pregunta.

Todo lo que ha pasado desde que le dije a Antonio que debíamos casarnos para que yo pudiera conservar La Estancia me parece irreal. Cada pregunta que me hace me lleva a las nubes, de donde no quiero bajar. “Sí”, respondo. Veo a Natalia y sonrío. Entonces la abrazo y giro para tomar la mano de Antonio. Me guía a la entrada mientras mi pecho no deja de vibrar con fuerza. Aunque me parezca imposible, almorzaré en unos minutos con Hernán Duarte, el jefe de diseño de Palmeras.

Enciende su auto y partimos al oeste.

“Quiero saber la verdadera razón por la que querías acompañarme”, le digo, mientras veo a las personas que caminan, entran a las tiendas y toman café. Recuerdo que a esta hora Antonio suele trabajar mucho. Después de casarnos, he podido descubrir muchas cosas de su personalidad y su empresa. Sé que arrancó desde cero. Que trabaja casi todos los días del año. Que su compañía es muy importante para él.

Gira para verme y sonrío. Es obvio que tiene dudas. No sabe si confesar. “Ana, sé lo que siente en momentos así”, dice, tras una pausa. “Los hombres como él son ambiciosos y poderosos. Se valen de circunstancias como esta para... aprovecharse de algunas mujeres”.

“¿Podrías explicarte?”.

“¿No te parece raro? Apareció de repente para decirte que quería hablar contigo”.

“Quise hacer una pasantía con ellos”.

“Pero lo único que conoce de ti son los datos que enviaste y tus diseños. Lo de pasantía pasó hace meses”.

“¿Qué intentas decir?”, le pregunto, cruzando mis brazos.

“Que podría valerse de eso para aprovecharse de ti”.

“¿Aprovecharse?”, le pregunto, repitiendo su palabra.

“Exacto, Ana. En esta industria, esos tipos se acuestan con las chicas y les prometen cosas. No seas ingenua”.

“Él sabe que soy tu esposa”.

“Y no bastará para que se quede tranquilo, te lo aseguro”, me dice. “Incluso algunos de ellos se sienten motivados cuando se enteran de que la chica tiene un esposo. Se excitan al pensar que están con alguien que ya está en una relación”.

Entonces Antonio para. Veo el camino sin decir nada.

“Ana, como soy hombre, sé muy bien lo que pueden hacer otros hombres. No serán decentes como yo”, dice. Cuando nota mi expresión de calma y el silencio que hago, pone mi mano sobre la suya. “Ana, no te digo esto para que sientas temor. Tal vez sea un hombre decente, pero debo protegerte en momentos así”, asegura.

No entiendo muy bien las frases que dijo, pero comprendo su argumento. Tal vez Hernán haga una propuesta laboral que implique otras cosas, lo cual seguramente ocurrirá, pero ojalá esté equivocada. “Entiendo”, le digo, en voz baja.

“¿Vamos adentro?”, me pregunta Antonio pregunta.

“Vamos”.

“De acuerdo. Entremos”, dice, y asiente.

Apaga su auto y salimos de él. Luego entramos de la mano al restaurante. Es un sitio amplio y majestuoso. Recuerdo que papá amaba ir a lugares como este. Aunque ahorró mucho durante toda su vida, solía reservar buenas sumas para que comiéramos en sitios tan esplendorosos como este. Le encantaba compartir con toda la familia mientras degustábamos una cena deliciosa.

La imagen de Natalia tomando champán y tomando algunas fotos en la cena por mi último cumpleaños aparece en mi mente. El recuerdo me arranca una sonrisa. Mis músculos también se relajan. Entonces me doy cuenta: voy a lograrlo. Lograré que todo salga bien. Será complicado, eso lo tengo muy claro, pero papá tuvo que hacer cosas mucho más serias para que su empresa se mantuviera a flote, y lo logró. Tomaré su ejemplo para esta reunión y me llenaré de confianza.

Veo a Hernán Duarte. Él observa a Antonio rápidamente y noto cómo su alegría se convierte en preocupación. “¡Ana!”, dice Hernán, desde la izquierda del restaurante.

Tal vez Antonio tenía razón, pero espero que no sea así. Me aferro a esa esperanza cuando me doy cuenta de su reacción, pero decido pasarla por alto.

Su cara huele a loción de afeitar, una de las más fuertes. Es tan fuerte que me mareo un poco. Veo la camisa de flores que lleva puesta, sus vaqueros coloridos y los zapatos de diseñador, seguramente hechos solo para él. Sonríe, da unos pasos y me besa en la nariz. Eso me sorprende.

“Te presento a Antonio, mi esposo”, le digo. Estrecha su mano y lo ve fijamente.

Tomo asiento y ellos lo hacen después. Nuestro camarero descorcha una botella de vino blanco. Me doy cuenta de que ellos no se ven como hombres de negocios. Están actuando como hombres. Quieren marcar su territorio.

“Gracias, pero no tomaré”, le digo con amabilidad. Hernán insiste. Nos indica que debemos brindar porque es un momento especial. Volteo mi cara para verlo y le muestro mi asombro. Él sube su copa y la choca contra la mía.

Noto que no deja de verme. “Creo que lo ideal es brindar por esta unión”, dice.

Pienso en lo que hace para ganar dinero, y sé que un sujeto como Hernán Duarte no querrá acostarse conmigo. Puede tener a todas las mujeres que le plazca. Luego lo veo fijamente. Quiero analizar su cara, intentando descubrir si hay algo de lo que dijo Antonio antes de que llegáramos. Pero no veo nada.

Bebo un poco de la bebida. Quiero mostrarle que sigo la corriente, aunque solo vine para hablar de trabajo en vez de llenar mi cuerpo de alcohol. “Puede ser. Aún hay tiempo para celebrar mi boda con Antonio, pues no fue hace mucho”, respondo, desviando el verdadero foco de su brindis.

“En realidad, hablaba de *nuestra* unión”, dice Hernán.

“Vi tus diseños. Quiero que trabajes con nosotros”, cuenta, con tono atrevido. Siento que mi cuerpo va a derrumbarse. Parece que después de todo, Antonio había dicho la verdad. Hernán habla como si solo estuviéramos él y yo.

“Mientes, ¿verdad?”, le pregunto, una vez que puedo reaccionar. No puedo creer lo que me dice. Antonio se equivocó por completo. Creí que me había pedido almorzar porque quería saber más de mí, de mis diseños, que me preguntaría cosas sobre la industria para darse cuenta de que no hablaba con alguien que no sabía nada, pero ahora está haciéndome una propuesta laboral.

Está invitándome a trabajar con una de las empresas más importantes del sector. Las miradas curiosas de los comensales aterrizan en mi cara. No me fijo en ellas. Desde que empecé a estudiar diseño quise oír una frase como esa. Soñé que alguien de la industria me la diría. Ahora me encuentro al lado de mi esposo y frente a un hombre que ha trabajado como diseñador por años.

“Sus diseños me impactaron desde que los vi. Revisé tu traje de matrimonio y me encantó. Tienes un don para diseñar trajes clásicos y al mismo tiempo sofisticados”, asegura. Bebe lo que queda de su bebida y asiente mientras sonrío.

Antonio toma con fuerza mi mano bajo la mesa.

Me siento muy tranquila. Tanto, que empiezo a charlar con Hernán sobre diseños, peluquería, maquillaje y trajes de bodas. Aún no puedo creer que esté hablando animadamente con él sobre mis planes. Le gusta escucharme. Quiere saber sobre mí. Me presta atención. Aparentemente le interesa conocer mis ideas. Eso me hace sentir como alguien importante. Giro para verlo y me encuentro con su cara, inescrutable. Pero mi cara sí muestra una expresión. Una expresión que le indica que tal vez, solo tal vez, cometió un error. Un gran error.

“Ana, como estás llegando a la industria, debes tener un mentor”, señala. “Quisiera trabajar contigo, de cerca, mientras te adaptas a este mundo”, dice repentinamente Hernán. Nuestro camarero aún no trae nuestro recibo.

“Te agradezco el interés, pero no es necesario. Creo que tu ayuda no hará falta. Podré manejarme sola”, respondo.

“Un tutor nunca sobra, y menos si es una persona experta y amable como yo”, dice.

Antonio toma mi mano con más fuerza.

Hernán vuelve a besar mi nariz, en un par de ocasiones, se despide y me da su número de celular antes de salir del restaurante.

Cuando subo de nuevo al auto, no puedo contener mi alegría, aunque, al parecer, todos los diseñadores son tan elocuentes y carismáticos como para besar en la nariz.

“Dime que esto está pasando realmente”, le pido, mientras mi corazón late con todas sus fuerzas.

Sé que hace un esfuerzo por mostrarse contento, pero en el fondo hay una llama de enfado. “Está pasando. No sabes lo mucho que me alegra todo esto”, responde él, y sonrío.

“Solo dilo”, le pido. Lo veo con algo de ira.

“No pasa nada”, me asegura, y abre mi puerta para que entre.

“Si no pasa nada, con más razón debes decírmelo”, contesto. Tomo asiento, pero saco mi brazo y mi pierna para que no cierre.

“De acuerdo. Es solo que tengo mis sospechas. Aunque es una simple corazonada, creo que no debería actuar como lo hace”.

Intento convencerme de que no está pasando, porque si es así... estaría entrando en una espiral infernal. “Parece que intentas iniciar un incendio donde cae la lluvia”, respondo, aunque también siento algo de confusión en mi mente.

Su expresión es tan seria que me parece que debo tomar en cuenta sus palabras.

Solo he tomado clases por internet y apenas pude dibujar algunos vestidos para la universidad, que nunca han visto la luz, salvo en el departamento de personal Palmeras, así que ciertamente Hernán siente una alegría que no debería sentir.

“Solo sabremos quién tiene la razón cuando algo suceda”, responde, con tono profético.

Reclino mi espalda mientras suspiro. Veo los vestidos de las chicas que salen del restaurante, y me alegro de pensar que pronto, muy pronto, algunas de ellas lucirán los míos. “Cuando algo suceda”, pienso. Ojalá que nada suceda.

Ojalá que nada malo pase.

CAPÍTULO 28

ANTONIO

“Puedo traerle los documentos de los activos de la familia Herrera para que los firme, jefe”.

Cuando recuerdo la imagen de Paula sobre mi escritorio, siento ganas de vomitar. ¿Cómo pudo creer que tendría relaciones con ella, al punto de desnudarse antes de que yo entrara? No sé cómo, pero realmente lo creyó. Le pareció que me lanzaría sobre ella sin pensar. Y erró. Suspiro y levanto mi cara para ver a Víctor. Es mi nuevo asistente. Tiene veintisiete, y no deja de parecerme preocupado. Es obvio que no hará nada parecido a lo que hizo Paula el último día que trabajó en mi empresa.

“Por supuesto. Los espero”, le digo.

Pasa un rato y luego vuelve a mi oficina. Tiene los documentos y luce un poco más tranquilo. Los pone en mi escritorio y sale.

He tenido a esta empresa en mente hace algunas semanas. Quiero comprarla. Mi intención es comprarla antes de que otros lobos se acerquen para morderla. Repaso los papeles. Está a punto de declararse en bancarrota. Es Bienes Raíces La Red, una compañía inmobiliaria que cuenta con múltiples filiales en varios estados, pero ha entrado en crisis. Nadie quiere comprar las mansiones que ofrece, por los precios altos que tienen y los pocos agentes que quieren ofrecerlas. La situación caótica del mercado no juega a su favor. Los bancos no dan créditos para ese tipo de propiedades desde que comenzó la recesión.

Pongo los papeles y el bolígrafo en la mesa. Sin embargo, me pongo de pie para ver la ciudad. Una vez que termino de leer, me doy cuenta de que solo falta mi firma para llegar a un acuerdo definitivo, pero no puedo dar el paso. Aunque veo el último párrafo y tomo mi bolígrafo para estampar mi firma, siento dudas.

¿De dónde vienen esas dudas? ¿Qué más estoy pensando que no sea dinero? ¿Qué me sucede?

Es una compañía parecida a la que tenía el padre de Ana. Comprar empresas como esa es parte de mi rutina. Es un trato, como muchos otros que he firmado. No entiendo qué me sucede. Se trata de una propiedad familiar. Le ha pertenecido siempre a los Herrera. Es lo de siempre.

Pero sé que este sector se come a las personas que no tienen talento. Es como la selva. Los más débiles no sobreviven. Sé que eso sucedería con mi propia compañía si se la cediera a un joven inexperto. Por eso, hay detalles que no puedo omitir. El padre, el líder de esta familia, falleció, y dejó la empresa en manos de su hijo menor, un joven de veinticuatro años. A pesar de que ya se graduó en la universidad, no tiene la experiencia que se requiere para desarrollar las destrezas que estos cargos requieren. Difícilmente podrá disuadir a su equipo de trabajo de mejorar sus capacidades o a potenciales compradores de comprar alguna casa.

Además, los Herrera parecen una familia honorable y con valores.

Pienso que podría colaborar con ellos, de cerca, para que puedan sacar a flote a la empresa. Tal vez estoy actuando en contra de mi propio beneficio, pero no creo que haga falta despedazar esa compañía para ganar dinero. Podría hacer algo distinto. Usar otro enfoque para obtener ganancias

en un tiempo. Sé que les costó mucho abrir una compañía inmobiliaria en este estado, pues es un negocio con muchos altibajos. Supongo que todos en esa familia tienen algún talento para los negocios en el que ya han estado trabajando.

Tomo el celular para marcar el número que aparece en los documentos. Llamo con prisa, para no arrepentirme de lo que estoy haciendo.

Después de un rato me responden. “Buenos días”, dice la persona del otro lado. Se oye cansado.

“Buenas tardes. Quiero hablar con Darío Herrera”, digo.

“Está hablando con él”, me contesta. Su voz está llena de incertidumbre y juventud, como la que tuve hace algunos años.

“Retiramos este número de todos nuestros anuncios. ¿Quién te lo dio?”.

“No importa. Te llamo para que conversemos sobre tu empresa”.

Sé que no me cree. Escucho su resoplido.

De hecho, me parece que solo al escuchar mi última frase se sintió agotado. “¿Empresa?”.

“Sí. Soy Antonio Vélez”, le respondo. “Podríamos trabajar juntos para que recuperes la empresa”.

Estaba a solo segundos y una firma de adueñarme de una compañía importante, pero un instinto solidario me pide que me ofrezca para colaborar con ellos. Sé que soy el único que está dispuesto a hacerlo, y eso me convence de ponerme manos a la obra. A pesar de ello, frunzo mi ceño y siento que mis músculos se tensan. Me duele la cabeza de pensar en lo que estoy haciendo. En lo que me convertí. Algo en mis pensamientos me indica que así es. Entonces comienzo a contarle mi plan. Quiero contarle de qué modo la compañía podría resurgir. Hablo de una manera tan calmada que no puedo creer que lo haga. Nunca había actuado de un modo tan benevolente. Sé que estoy dejando de ganar dinero por ahora, y no me importa.

“Se oye bien, pero tal vez no tenga el dinero que hace falta para ejecutar ese plan”, me cuenta. “Quiero decir, te agradezco el gesto, pero si esto hubiera ocurrido antes, hace solo unas semanas o meses, habríamos podido hacerlo. En este momento, no obstante...”.

Decido hablarle del enfoque que planeé usar cuando tuve la idea. Sé que no podrá decir que no y luego recuperaré todo. Incluso ganaré más. “Aportaré el dinero que haga falta”, le digo, interrumpiendo.

“¿De verdad quieres hacerlo?”, pregunta. Escucho su aliento pesado al fondo. Sé que la propuesta le parece increíble.

“Así es”, le contesto, con rapidez. “Podrás usarlo para cambiar el nombre y comenzar de cero, con la condición de que me actualices todos los días. Quiero comprobar que no estés malgastando el dinero. Voy a darte setecientos mil”.

“Vaya. Está bien, pero quiero hacerte una pregunta. Entiendo que tu propuesta es estupenda. No hace falta que me lo digas. Es solo que no me queda claro cuál es tu verdadera intención. Suelen buscar a empresas con dificultades para comprarlas y obtener ganancias. ¿Por qué estás haciendo esto?”, me pregunta. “Y no te preocupes por el dinero. Puedes estar seguro de que lo usaremos adecuadamente”, dice, con seguridad. Luego vuelve a respirar con pesadez.

Hago una pausa para pensar. Tal vez haya tomado la decisión acertada, o tal vez simplemente haya echado mi dinero a la basura. Repaso la pregunta de Darío. Sinceramente, tampoco sé qué me lleva a hacer lo que hago. Sé que es algo peligroso, pues estoy poniendo mi dinero en una compañía que tal vez nunca podrá volver a ser lo que era. Pero no quiero que una empresa que forma parte de una familia vaya a la bancarrota sin que yo no haya hecho algo antes.

Antes no me gustaba colaborar con las personas que lideran empresas que tienen dificultades. Creo que todo se debe a que pienso que todos deben esforzarse tanto como yo lo hice para lograr lo que quieren. Nadie debe tomar atajos para ganar dinero. Pero ahora, tal vez hago lo que hago porque nadie me ayudó cuando inicié mi empresa. Después de cometer algunos errores, he comprendido que algo de ayuda siempre viene bien.

Y también por Ana. Ella está constantemente en mi mente, y cada vez que se presenta algo me pregunto si ella estaría de acuerdo, si lo hago es tan gentil como todo lo que ella hace, o si puedo ayudar de algún modo a alguien haciendo algo que nunca he hecho, como ahora. Todo cambió cuando Ana llegó a mi vida. Con ella he entendido que el dinero no lo es todo en la vida.

Aún puedo hacer que la empresa de Darío Herrera se recupere. Puedo poner todos mis conocimientos y algo de dinero a disposición de esa familia para que la compañía renazca. Con el tiempo podría volver a ser exitosa.

“¿Sigues allí?”.

Darío me hace la pregunta y vuelvo a concentrarme en la conversación. Regreso al presente con sus palabras. “Así es. Tal vez se debe a que tienes algo de suerte. Estoy en una etapa de mi vida en la que me siento muy feliz. Eso no significa que no deberás regresar todo lo que estoy aportando, con intereses. Además, espero ser propietario de parte de la empresa”.

“¡Puedes contar con ambas cosas!” , dice con alegría.

En sus palabras se nota la ilusión de que las cosas mejoren. Me doy cuenta de cómo cambió el tono de su voz. Cuando comenzamos a charlar, se oía como un reo condenando a muerte, pero su última frase estuvo llena de seguridad e incluso fe.

“De acuerdo, Darío. Tengo que colgar. Pídele a mi asistente que concerté una junta para que podamos hablar todos, incluyendo a tu familia, un día esta semana”, le pido, y exhalo. Entiendo que Darío está contento por mí. Hice algo por él, por su familia. Pude haber hecho lo que siempre hacía: esperar que quebrara y tomar los restos de la empresa. Haría dinero con ellos en un tiempo, pero decidí hacer algo muy distinto. Siento una satisfacción y una sensación de orgullo que nunca había sentido. Recuerdo a Ana. Quiero contarle lo que hice, y mi corazón se emociona. ¿Qué dirá cuando lo haga?

“Cuenta con eso”, dice. “Te agradezco esto. Te lo agradezco mucho. Todos en mi familia estarán agradecidos contigo por este gran gesto que están teniendo con nosotros”.

Es raro que alguien me dé las gracias por algo. “De nada”, digo, aunque me cuesta hablar.

Es algo que jamás me ha pasado, y me sigue produciendo confusión, aunque una voz en mi cerebro insiste en que es lo mejor que puedo hacer. Termino la llamada y contacto al jefe del departamento de contabilidad. Quiero que gire el monto de la transacción para reflotar Bienes Raíces La Red. Quiero ayudar a una familia a recuperar su empresa.

CAPÍTULO 29

ANA

Recuerdo todo lo que dijo Daniela, asegurando que me veo perfecta, aunque no sé si es cierto. De hecho, siempre me ha costado creer en sus palabras, especialmente ahora, que debo empezar a reunirme con personas para quienes la apariencia es muy importante. Las repaso mientras veo mi falda y mi cabellera una vez más para comprobar que luzco bien. Ya lo he hecho en más de diez ocasiones.

Me he esforzado para que el mundo note mi talento. Y ha llegado el momento. Me veré por primera vez con Hernán en las oficinas de Palmeras. La ansiedad es tan fuerte que incluso me mareo. Antonio quiso acompañarme otra vez, pero me negué a que lo hiciera. Ha llegado el momento de actuar sola.

Que descubran todo lo que puedo hacer. ¡Que soy capaz de diseñar!

Por momentos olvido todo lo que pasó antes de conocerlo, pues ahora estoy viviendo entre las nubes. Lo he hecho desde que me convertí en su esposa. Entiendo que estamos juntos solo como parte de una farsa, pero de todos modos me alegra que esté conmigo y me dé apoyo constantemente. Sé que hice muchas cosas por mi cuenta antes de casarme con él. Mantengo eso en mi mente. Además, fui exitosa en todo lo que me propuse hacer, aun cuando no estaba en mi vida todavía.

Ahora solo está, aunque solo lo hace para quedarse con las acciones de la empresa de papá.

Llego a las oficinas y toco la puerta. La secretaria de Hernán es la primera persona que veo. Noto su expresión de inmediato. Y su edad avanzada. Frunce su ceño y no deja de verme ni un segundo.

Tomo aire e intento relajar mis hombros. Veo las paredes para despejar mi mente y calmarme un poco. ¿Me verá de ese modo por mi ropa? Creo que perderé el equilibrio en cualquier momento. Incluso me sobresalto cuando puedo oír los pasos de Hernán en su oficina. Él abre la puerta, y hago un esfuerzo para sonreír.

Camina hacia mí y besa mi nariz dos veces. Entonces da un paso atrás para estrechar mi mano. Cuando pasamos a su oficina, cierra la puerta. “Ana, cuánto me alegra que hayas llegado”, dice.

Tal vez Hernán compró muchas cosas para que sus visitantes se recreen con la idea de un estilo de vida lleno de lujos y artículos recién salidos al mercado. Lo pienso cuando me doy cuenta de que su oficina es amplia y moderna. Tiene unas pequeñas sillas de diseñador y un sofá crema de lujo, pero que no deja espacio para que los pies descansen.

“También es un gusto estar aquí, Hernán”, le digo.

“Puedes sentarte”, me indica, levantando su mano para señalar el sofá.

“Agradezco que hayas aceptado recibirme tan pronto. Imagino que alguien con tanto trabajo como tú...”, dice, pero veo que abre su boca para hablar. Camino al sofá, pero me acomodo en el borde en lugar de hacerlo en el centro. Como sospeché, no puedo posar los pies en el piso. Es un mueble muy incómodo, especialmente para las personas de baja estatura.

Sonríe y ve mis ojos. “Tengo mucho trabajo, pero siempre puedo abrir un espacio en mi agenda para recibir a una chica talentosa como tú”, asegura, interrumpiéndome.

Me limito a sonreír con calidez, con la esperanza de que se sienta contento por mi gesto. ¿Cómo respondo a sus halagos? Es algo que no he descubierto todavía.

“Me gustaría que conversemos de los diseños que planeas hacer una vez que te incorpores a Palmeras para trabajar conmigo”, dice, besando mi nariz otra vez.

Sé que los diseñadores tienen algunos comportamientos raros, sobre todo cuando tienen tiempo trabajando. Quizás sea el momento para que yo también comience a besar a la gente en la nariz al momento de saludar para abrirme paso y ser exitosa en la industria. Creí que tomaría asiento cerca de su escritorio o lejos de mí, pero decide sentarse a mi lado. Eso me asombra. De hecho, pronto me siento muy confundida, aunque hago un esfuerzo para que no descubra esa reacción. Supongo que hace lo mismo con todo el mundo.

Sonríe y abro mi bolso para sacar una libreta y un bolígrafo. Decidí llevarlo a la oficina para tomar algunos apuntes, aunque incluí algunos de mis diseños, en caso de que Hernán quiera volver a verlos o tomarlos como base para otros diseños. “¿Qué quisieras que hagamos?”, le pregunto.

“Eso no te hace falta”, indica, inclinando su cuerpo para cerrar la libreta.

“De todos modos me gustaría dejarlo aquí, si no te importa”, respondo. Su reacción me sorprende.

“De hecho, sí me importa. Y espero que a ti también. Quiero que nos relajemos. Pero con esas libretas no puedo hacerlo. Tampoco lo lograré si traes una de esas grabadoras. Me irritan mucho”, dice, con tono amable.

Es posible que Antonio haya estado en lo cierto. Probablemente estaba al tanto de algunas cosas que yo desconozco. Mi piel se llena de miedo. Creo que lo que está haciendo Hernán no es correcto.

“Supongo que ya sabes que las empleadas y los jefes de las empresas como Palmeras suelen tener mucha... química”, dice, y su última palabra se queda en el ambiente y mis oídos. Ya imagino que entiendes cómo funcionan las cosas en la industria de la moda”, dice, bajando el tono de su voz. Creo que intenta explicarme lo que aun no comprendo.

Una posibilidad se asoma en mi mente. Tal vez pueda ponerme de pie y salir, pero sé que eso significaría olvidarme de mi inicio en esta industria. Sé que tiene poder e influencia, y tiene la posibilidad de sacarme del negocio incluso antes de que comience. Lo veo y no sé qué decir. Quiero pensar que no se refiere exactamente a lo que estoy imaginando, pues no creo que pueda hacer otra cosa.

“Entonces...”, dice, y sonríe con malicia, “quiero que me digas si estás dispuesta a abrirte un poco”, indica, y pone sus dedos en mi dedo, sin anticipar que lo haría, y los deja allí, con fuerza.

“Claro. Quiero abrirme un poco para mostrarle lo que tengo en mente para los diseños”, digo. Trago grueso mientras veo sus dedos. Entonces veo sus ojos otra vez.

“Además de los diseños, ¿qué más tienes en mente?”, dice, llevando sus dedos más arriba.

Pongo mi libreta sobre mi pecho, intentando protegerme o que se quede dónde está en lugar de acercarse a mí, pero sé que es inútil. Si antes lo sospechaba, ahora estoy convencida. Me levanto

para ponerme a una distancia segura. Sonríe, pero en mi interior siento un profundo deseo de salir de allí con prisa, no sin antes darle una bofetada, como hice con Cristina. “Muchas cosas como accesorios y diseñadores famosos con los que me gustaría trabajar”, le digo.

Sé que intentará seducirme. Entonces se levanta.

Quiero que se aleje, pero me controlo. “Me refería al sexo”, dice en voz baja.

Tal vez cree que se oye convincente, pero no fue así. Su voz y sus palabras son tan absurdas que no puedo pensar en otra cosa que no sea reírme. Podría empezar a hacerlo, pero su mirada intensa me lo impide. Me observa como si fuese una presa, una porción de comida que saciará su apetito.

Recuerdo la expresión de la cara de la secretaria cuando llegué. ¿Me vio de ese modo porque sabía lo que me haría? Supongo que ya Hernán ha estado actuando de este modo hace tiempo. Sospecho que ya es una costumbre, un patrón. Pero si se atreve a intentar hacerme algo, voy a darle una bofetada y luego una patada en los testículos, para que respete. “Parece que crees que soy alguien que en realidad no soy”, respondo, retrocediendo, aunque sigue dando pasos para mantenerse cerca de mi cuerpo.

“O tal vez sí”, lo eres, dice, con tono lujurioso.

“Tengo esposo. Y es un hombre con dinero y mucho poder”, digo. Subo mis dedos para que vea mi anillo.

“¿Hablas de Antonio?”, dice, frunciendo su ceño. “Sé que no le importará si la pasamos bien. Es muy conocido en esta ciudad. De hecho, creo que debe estar con alguna chica de las chicas que conoce en este momento, pasándola bien también”.

No quiero pasar ni un segundo más a su lado. Ya no quiero conseguir un trabajo como diseñadora, si eso implica acostarme con ese pervertido. Creo que escuché suficiente. La ira me sacude, y decido salir. Tomo el pomo de la puerta mientras jadeo.

Sin embargo, me doy cuenta de que no puedo salir. Aseguró la puerta con llave. Estoy atrapada.

CAPÍTULO 30

ANA

Aprieto mi libreta, con la intención de que sienta miedo, pero no se agita ni un poco. Giro, con todos mis sentidos perturbados. “Ábrela”, le exijo. Mi rabia es tan intensa que empiezo a temblar.

“Por favor, Ana. ¿Me dirás que no te has imaginado conmigo?”, pregunta, poniéndose más cerca.

“Voy a empezar a gritar si no la abres”, le digo, con tono amenazante. Como está a solo unos centímetros, el aroma irritante de su loción vuelve a mis fosas nasales. Doy un paso atrás, intentando extraer el miedo que siento de mi cuerpo.

Pero él avanza, y con rapidez se acerca a mi cuerpo. Toca mi camisa y la baja raudamente. Mi hombro se aparece ante él. “Grita todo lo que quieras. Nadie podrá oírte porque todo esto está insonorizado”, dice, señalando su oficina. Luego ríe a carcajadas.

De nuevo estoy expuesta, vulnerable. No he podido controlar lo que sucede conmigo, lo que pasó con La Estancia, con la empresa de papá. Y ahora tampoco puedo controlar lo que este asqueroso está haciéndome. Pienso qué puedo hacer, pero pronto hinca su dentadura en mi hombro. Siento que algo en mi alma se quiebra.

Pero eso no seguirá pasando. Subo mi brazo y lo golpeo con mucha más fuerza que a Cristina. Su cara queda enrojecida.

“¿Qué mierda fue eso?”, pregunta. Le cuesta hablar y retrocede. Jadea y da más pasos atrás. Su boca está abierta ampliamente. Es obvio que nunca imaginó que yo haría algo así.

“Si no me abres, tus pelotas lo lamentarán”, le digo, poniéndolo en desventaja. Deberá abrir y dejarme en paz, o actuaré. Siento que mi piel está agitada por su mordisco. Uso mis manos para subir mi blusa, de modo que mi piel está cubierta otra vez. “Necesito salir de aquí ahora”, le digo con autoridad.

La mejilla que golpeé está inflamada. “Cuando salgas, tendrás que olvidarte de que seré tu mentor”, responde, con su rostro lleno de furia.

Es claro que ninguna chica lo había abofeteado. Todas lo habrían buscado, con tanto nerviosismo por empezar a trabajar o hacer alguna pasantía, que no les importó que abusara de ellas.

Descubro el odio en su mirada.

“Lo sé. Actúas como lo que eres: un depravado y un cobarde”, digo. “Ahora, abre”, le digo. Y es cierto. Lo sé. Y me importa un carajo. Solo pienso en la vergüenza que quiero que sienta. La misma vergüenza que sentí cuando intentó tocar mi vagina.

Parece que tiene un lado más cruel, que ahora está mostrándose con desprecio ante mí. “Todos sabrán que eres una puta con dinero que no tiene talento para el diseño, porque eso será lo que les diré”, dice, con tono de advertencia.

No quiero tener que acostarme con él para tener una oportunidad. Ninguna mujer debería hacer eso. Supongo que en otras circunstancias su amenaza me afectaría, pero ahora eso no sucede. Lo

que piense de mí ya no me interesa en absoluto. Sé que puedo contar con otras personas, pero no con él.

“De acuerdo”, digo, con firmeza. “Diles lo que quieras. Solo quiero que todos sepan que no me acosté contigo para lograr algo”.

Abre la puerta de su oficina y con sus manos me lleva al pasillo. “Sal. Ahora”, grita.

Levanto mi cara y salgo. Veo a su asistente. Tiene la misma expresión de antes. Lamento que ella se sienta cómoda con un abusador como él. Solo espero que le vaya bien. Yo, en cambio, no quiero tener contacto con ese tipo de personas. Mi corazón late con fuerza. Tomo aire y poco a poco me calmo. Siento una profunda tristeza. ¿Por qué no lo sospeché?

Creí que iba a abrirme camino en el mundo de la moda, pero no fue así. Me dejé llevar por mi impaciencia y el profundo deseo de trabajar para Palmeras. No me di cuenta del comportamiento de Hernán. Cuando no acepté, afirmó que no iba a poder entrar jamás en la industria. Tendría que aceptar sus deseos y satisfacer sus peticiones, o las de cualquier diseñador, para tener éxito. Exhalo y enciendo el motor para conducir hacia la casa. Mi cuerpo se llena de orgullo. Y no solo de esa sensación: también estoy experimentando otra sensación. Dejo escapar el nerviosismo que aún atraviesa mi pecho, y otras emociones llegan a mi cuerpo. Dolor. Un gran pesar.

La situación me parecía terrible... incluso intolerable. Imagino la cantidad de chicas que habrían entrado en su oficina, ilusionadas, que luego habrían salido decepcionadas, como sucedió conmigo. Sus esperanzas habían sido destruidas por el comportamiento de Hernán.

Intento recuperar la calma. No quiero contarle a Antonio lo que viví o que se moleste por el episodio. Pero una vez que llego a la sala de estar, descubro su presencia. Y su semblante. Está muy preocupado, y se le nota. Cuando paso, empiezo a llorar.

CAPÍTULO 31

ANA

“Ana, dime qué ocurrió”, me pide, acariciando mis mejillas. “¿Las cosas en la reunión no salieron como esperabas?”, me pregunta, y corre para tomar mi cintura. Luego me abraza con fuerza. Así, evita que caiga al piso. Se arrodilla y me ve fijamente para ponerse a mi lado. Puedo notar el dolor en su mirada.

Mis lágrimas muestran mi tristeza. Después de unos minutos, puedo exhalar con calma y volver a verlo. Con mi expresión le dejo claro que lo que sospeché era cierto. Hernán actuó como imaginó que lo haría. Estoy sin palabras. El llanto me impide articular una frase.

“¿Te hizo daño?”, me pregunta con delicadeza. “Tu ropa...”, dice después en voz baja, viendo la tela de mi blusa. Está rasgada en la zona del hombro, justo donde ese asqueroso me mordió. Hace una pausa y descubre cómo dejó la marca de su dentadura en mi cuerpo. Entonces sube su cara para ver mis ojos.

Aunque mi dolor aún me impide hablar, veo sus ojos y niego con mi cara.

Frunce su ceño y entiendo lo que siente. Hay un profundo enojo en su alma. Es una ira intensa, una sensación que nunca había notado en él. Con su expresión puedo darme cuenta que hará algo pronto. Que hará que Hernán se arrepienta por haberme tratado de ese modo.

“Te lo dije. Te dije que intentaría aprovechar la oportunidad. Estaba seguro”, susurra, abrazándome cálidamente. “Pero no te detuve, aunque quería. Dejé que fueses a la reunión porque sabía cuánto deseabas obtener ese empleo. Anhelé estar equivocado o que te arrepintieras de ir antes de hacerlo. Que te dieras cuenta por ti misma de lo que te haría”.

“Discúlpame. Debí creerte y no lo hice”, digo finalmente, en voz baja.

Se levanta y me ayuda a hacer lo mismo. “No tienes que disculparte. Y te juro una cosa: ese pendejo no volverá a acercarse a ti. Ni a ninguna otra mujer”, asegura.

“Alberto, necesito que busques un auto en el garaje y lo prepares”, le pide amablemente Antonio a Alberto cuando llega, con prisa. Quiere saber lo que sucede. Su preocupación también es visible.

“De acuerdo”, responde Alberto, y asiente. Sale velozmente.

“Dime qué harás”, le pido a Antonio.

“Haré algo rápido. Volveré en un rato. ¿Podrás esperarme?”, pregunta. Aún hay ira en su cara.

“Lo haré, pero solo dime que no irás a Palmeras. No quiero que vayas allí. Tendrás problemas por mi culpa, y ahora solo quiero olvidar este asunto lo más pronto posible. ¡Por favor, no lo hagas!”.

“Ana, todos en esa industria deben enterarse del modo delictivo en el que actúa. Puedes acompañarme, si quieres. Tengo que ir allí. Ese pendejo debe recibir un escarmiento ejemplar, y yo se lo daré. No volverá a acercarse a una chica después de esto, te lo aseguro”, dice, con fuerza.

Lo que dice Antonio es cierto. Hernán debe recibir un escarmiento por sus actos. Debe recibir una dosis de humillación. Y debe dársela alguien con más poder que él. Debe ser lastimado por lo que

me hizo. Además, todos deben saber que sus acciones son terribles. Que solo usa a las chicas porque sabe que quieren hacerse un lugar en el mundo de la moda. Y quiero, al igual que Antonio, que nunca más se atreva a tocar a una chica como me tocó a mí, o les haga algo peor. Me levanto y seco mi llanto. “Creo que lo haré. Lo que planeas se oye bien”, contesto. Estoy convencida de que debo ir.

Antonio decidió tomar cartas en el asunto. Hará valer el poder que tiene. A fin de cuentas, Hernán no es el único hombre con poder en la ciudad. Subimos al auto. Antonio arranca la máquina y yo me quedo a su lado. Ya no estoy llorando. Estoy contenta de saber que Hernán pagará por todo lo que ha hecho.

Cuando llegamos a Palmeras, Antonio apaga el auto y sale antes que yo.

Pero creo que no tengo el valor que necesito para volver a entrar en la sede de esa empresa. “Mejor me quedo aquí, en tu auto”, digo. Antonio me ve fijamente. “Espero que no te moleste”. Está claro que no puedo bajar. Tenía el deseo de ver a Hernán lastimado, pero ahora no tengo el ánimo como para verlo caer al piso, con su cuerpo lleno de moretones y sangre.

Se acerca a mí y me sorprende con un beso en la boca. “No me molesta. Quiero que estés tranquila y segura”, dice, y asiente.

Una idea pasa por mi mente y mis sentidos se agitan. Entiendo lo que hace y por quién lo hace. Es por mí. Porque ver mi dolor lo hace sentirme mal. Es mi esposo, aunque solo sea una mentira. Y, sin embargo, quiere que yo esté bien.

“Solo tomará unos minutos”, recuerda, y entonces llega con prisa a las oficinas.

Subo mi cara para encontrarme con los ventanales de la sala de espera del segundo piso, donde está la oficina de Hernán.

Sé que muchos no se atreverían ni siquiera a ir a ese edificio, pero a Antonio nada lo detiene. Demuestra su valor y lo mucho que valgo para él. Pienso en ello y me concentro en la ventana. Aunque la distancia me impide oír algo, puedo ver cuando Antonio llega al segundo piso. Está cerca de la oficina de Hernán. Su asistente se levanta rápidamente. Sé que quiere impedir que entre, pero no puede. Me siento tan feliz de que él sea mi esposo

El silencio se mantiene por unos largos segundos. Entonces oigo un fuerte ruido.

Escucho los gritos de Hernán y veo que da unos pasos atrás. Aunque estoy lejos, puedo comprobar la forma cobarde en la que actúa. Se nota su temor, incluso desde aquí. Sus palabras no se oyen, lo cual no hace falta. Solo me hace falta saber que Hernán ya fue castigado por Antonio. El abusador está soltando sangre a borbotones. Como puede, sale de la oficina. Se tambalea, y toca sus mejillas como si quisiera detener la hemorragia o calmar su dolor. Tal vez Antonio ya le dio unos cuantos golpes. Va detrás de Hernán, con prisa, y levanta su mano. Aparentemente volverá a golpearlo.

Después de unos minutos, Antonio regresa al auto, como un chico de secundaria que vuelve de una pelea feroz. Veo la sangre en sus manos, pero a pesar de ello, sonrío.

“¿De verdad lo golpeaste en su...?”, empiezo a preguntarle mientras sube al coche.

“¿En su oficina? Sí. Y creo que le saqué varias muelas”, dice, y sonrío. “Lo hice, y me encantó.

Además, le aseguré que hablaré con los medios para contar lo que hace. Hablaré con mi abogado para llevar esto a la corte. Es muy probable que haya unas cuantas chicas dispuestas a contar sus experiencias. Incluso su asistente podría aportar su testimonio. Su cara me lo demostró. ¿Te imaginas todo lo que habrá presenciado desde que trabaja allí?”.

Cuando pone sus manos en el volante, gime. Le duelen ambas.

“Iremos a casa, pero quiero manejar”, le digo. Luego toco su mano ensangrentada con mis dedos. ¿De verdad hizo defenderme? Aún no lo creo. Fue allí, sin demostrar miedo ni arrepentimiento. Ha cambiado mucho desde que lo conocí. Hace unos meses actuaba como un hombre mezquino, que solo pensaba en él, quería ganar dinero y tenía una naturaleza vil. Ahora piensa en los demás, especialmente en mí.

Niega con su cara, pero insisto.

“Mereces que lo haga después de lo que hiciste en su oficina”, le digo, con una sonrisa. “Manejaré, e incluso podría cocinar para nosotros más tarde”.

“Sí, tal vez tengas razón”, dice, y se mueve para que yo tome el volante. Sonríe y me ve fijamente.

“Me defendiste. Eso me ha hecho sentir mucho mejor. Ahora sé que no osará tocar a otra chica”, le indico. Cuando se acomoda al asiento del copiloto, veo sus ojos otra vez. “Una vez más, muchas gracias”, continúo.

“Jamás volverá a hacerlo”, dice, con mucha firmeza.

Antonio me cuida y quiere que me sienta bien, tal como haría un esposo real. Eso me hace darme cuenta de que mis emociones son correspondidas. Siente lo mismo que yo. Por eso sé que cuando me asegura que Hernán no volverá a tocar a ninguna mujer, tiene razón. Cuando Antonio se propone hacer algo, no se detiene hasta lograrlo. Me he dado cuenta de ello en las semanas que hemos compartido. Tiene algunas cosas que debe corregir, pero cumple su palabra. Al conocerlo, creí que me mentiría constantemente, porque estábamos involucrándonos en un matrimonio falso, pero ahora me doy cuenta de que nunca lo ha hecho.

Sé que, ante cualquier eventualidad, podré contar con él. Cuando apago el auto y salgo, puedo sonreír otra vez.

Sonreír de felicidad.

CAPÍTULO 32

ANTONIO

Alexis, el abogado de Ana y el resto de su familia, está frente a mí. “Por favor, repite lo que acabas de decir”, digo con fuerza mientras lo veo fijamente y doy un paso adelante.

“Surgió un problema. Tu fama de depredador de propiedades no nos ha ayudado, Antonio. Es un factor que se ha convertido en una gran desventaja”. Levanta sus gafas mientras aclara su garganta. Vuelve a revisar las carpetas, pero sé que es inútil. “Honestamente creí que el plan daría resultado”, dice. Abre sus ojos y me ve sin parpadear.

Volteo para verla, y noto cómo el cuerpo de Ana se llena de tensión. Entiendo su reacción. Acaba de recibir una bofetada de la vida. Es exactamente la misma sensación que estoy experimentando. Apoyo mi espalda en mi silla, sin dejar de verlo. Sé que ella ha hecho un gran esfuerzo, así que me cuesta creer que no pueda quedarse con el hogar que tanto ama.

Me equivoqué desde el principio. No pensé que mi terrible fama sería un obstáculo para que ella lograra lo que quería. Yo también creí que el plan daría resultado. Cuando lo ideamos, creímos haber cubierto todo. Ahora tenemos que lidiar con esto. Me dediqué a revisar cada artículo, cada palabra del contrato, de tal manera de cubrir todo y que Ana pudiera conservar la casa. Pero jamás pensé que sucedería algo como esto. Todo salió mal.

“Dime qué rayos sucede”, le pide Ana. Su voz quebrada agita mi corazón.

“Lo que sucede, Ana, es que pedimos que te transfieran La Estancia a ustedes dos, pero creo que eso no será posible”, aclara Alexis, con un educado tono de voz. “Entiendo que esa era tu meta, pero la corte decidió no dártela”.

“Leí el contrato y me pareció que estaba perfecto. No entiendo qué motivos podría haber”, aclamo. “¿Por qué hizo eso?”, le pregunto.

“Creo que compraste una empresa que le pertenecía a un primo de la jueza, o, mejor dicho, los restos de esa empresa”, responde Alexis, y siento el filo de sus frases.

Soy el responsable de lo que pasó.

He tomado la decisión de actuar de un modo más solidario y ayudar a las empresas que tienen dificultades, pero los años que pasé comprando compañías a punto de declararse en bancarrota regresan para recordarme que desde que empecé mi negocio he sido un depredador. Agito mi cara, intentando negar lo que sucede.

“Por todos los cielos”, exclama Ana. Palidece y cada paso que da me indica que va a caer de bruces en cualquier momento.

Alexis sirve un poco de agua y deja el vaso cerca de la mano de Ana. “Sería una buena idea que bebieras un poco”, señala, y su tono educado está de vuelta.

“¿Entonces ella va a quedarse con La Estancia?”, le pregunta, con un tono cada vez más angustiado. Luego toma agua, aunque no puede relajarse. Toma aire mientras ve el techo. Entonces espera la respuesta de Alexis.

¿Por qué no puedo hacer nada? Sé que eso hace que sienta un profundo odio por mí. No debería estar pasando nada de esto. Ana ama ese hogar como nada más en este mundo. De hecho, desde el principio dejó claro que haría todo lo que hiciera falta, que incluso dejaría de lado sus acciones, se convertiría en mi esposa, y todo lo tuviera que hacer para conservarlo. Pero eso no sucedió. Un misil está cayendo sobre su pecho. Es terrible saber que no podré hacer lo que acordamos, pero aún más terrible es saber que por mi antigua forma de actuar ella perderá la propiedad familiar, la que siempre ha querido conservar y heredar a su hermana o hijos.

“Tienes la posibilidad de intentar convencerla de que te la venda, sin más intermediarios no tratos, pero tal vez no quiera hacerlo. Aunque le hagas una oferta tentadora, se negará. Conservar esa casa es su forma de vengarse de ti y Natalia”, indica. “Creo que lamentablemente tu unión con Antonio no bastará para quitársela”, dice, con un tono de dolor.

Sé que cometí errores, y ahora ella no podrá recuperar el que ha sido su hogar durante toda su vida. Qué mierda. Exhalo, me inclino y apoyo mi mano en la palma derecha de Ana. Siento sus dedos, pero no los mueve. Es como si le restara importancia a mi presencia o mis ganas de animarla. La pesadez que siento no se compara con ningún dolor que haya vivido.

“Podríamos hablar con Cristina. Sería una junta urgente. Yo podría convencerla, decirle que necesitamos...”.

“Es imposible”, dice Alexis, interrumpiéndome. “Se fue de viaje”.

“¿‘De viaje’?”, exclama Ana.

¿Qué otra persona sería tan sádica como para alegrarse del sufrimiento de alguien como Ana?, me pregunto mientras la oigo. Su tono me demuestra la rabia que siente. Está muy claro que solo siente algo por Cristina: odio. Y la entiendo perfectamente. Actúa como una bastarda, que quiere conservar una casa exclusivamente para vengarse y demostrarle que tiene poder.

“Sí. Dijo que necesitaba vacaciones. Se tomará al menos un mes para volver. Tal vez cuando regrese ya haya negociado la venta de La Estancia”, dice. “De hecho, algunos interesados le han hecho algunas propuestas”.

“¿‘Algunas propuestas’?”, pregunta Ana, reiterando la frase de Alexis.

Él asiente. “Sí. Y seguramente decidirá tomar alguna”, responde, con delicadeza. “Mi sugerencia es que Natalia y tú se preparen para ese momento”.

“¿Me dices que ya debo olvidar mi hogar familiar solo porque esa malnacida no quiere vendérmela? Ella no quiere vivir allí. Tampoco quiere vendérmela. No entiendo por qué pasa esto. “No tengo que prepararme”, dice, y se levanta. Como noto que aparentemente va a desmayarse, también me levanto, con prisa. “Es una...”, dice. No puede completar su frase. Su cara se llena de un intenso rojo. Busca el respaldo de la silla para sentarse, pero no puede hacerlo. Sus ojos se cierran y se tambalea, hasta que empieza a caer.

Me levanto mientras me hablo a mí mismo. Me digo que debo hacer algo. Algo que permita que Ana recupere su casa. Uso mis brazos para impedir que caiga a mis pies. “Necesito que abras las ventanas”, le pido a Alexis. “Quiero que reciba aire fresco. Está muy tensa con todo esto. Creo que tardó mucho antes de sentir el estrés”. La recuesto en su silla y bajo un poco su cara. Me acerco a su oreja y en voz baja le pido sinceras disculpas por todo. Por equivocarme y no haber

podido ayudarla a lograr lo que quería.

Ana reacciona en unos segundos. Una vez que lo hace, noto que su rostro vuelve a llenarse de dolor.

“Antonio, perderemos La Estancia”, declara en voz baja, y el llanto empieza a correr por su cara.

Salgo a mi auto mientras me digo que debo hacer lo correcto, lo que es justo para Ana. Tiene que haber una forma de hacerlo. Su llanto me ha causado una emoción que nunca había experimentado. Siento que todo mi cuerpo se quiebra. Jamás creí que eso pudiera suceder. Abrazo a Ana con fuerza, beso su mejilla y pongo su cuerpo sobre mi pecho.

Sé que la noticia la derrumbó. Aunque no diga nada, es evidente. Sé exactamente lo que está pensando. Y lo que siente. Dolor. Un terrible dolor por saber que perdió su casa. Acomodo a Ana en el asiento del copiloto y empiezo a manejar. Ella levanta su cara luego y ve por la ventana. Está en silencio. No ha hablado desde que salimos de la oficina.

Y soy el responsable de eso.

Lo único que me queda por hacer es buscar otro modo de solucionar este problema para que Ana se quede con la casa. Pienso cómo hacerlo mientras siento culpa. Entiendo que me culpe. Pienso en la corte y deseo conversar con ese juez, contarle todo lo que sucedió, decirle que ya no actúo como antes. Que he cambiado y hay muchas cosas de mí que no sabe. Que no tiene idea sobre lo que quiero para mi futuro. Pero entiendo que no puedo hacerlo. En el mundo real, las cosas son distintas a como las pienso. Él ya decidió. Igualmente, debo hacer algo.

En unos minutos llegamos al consultorio de mi doctor. Con prisa, salgo del auto y la ayudo a salir.

Creo que aún está impresionada por la noticia, pero es raro que se haya debilitado tanto como para no poder caminar por su cuenta. Al verla noto lo exhausta que está. Pone su brazo sobre mi hombro y siento la fuerza con la que se sujeta. Es obvio que se le dificulta mantenerse de pie sin ayuda.

El doctor Patrocinio me ve y me pide pasar rápidamente. ¿Es posible que le suceda algo malo?, me pregunto, y eso me inquieta.

Ella se acuesta en la camilla y él empieza a examinarla. Luego le toma una muestra de sangre.

Ana ve la cara del doctor y contesta cada una de las preguntas que él le hace, como si fuese un autómata. Permanezco cerca de ella, invitándola con sigilo a verme. Quiero saber si está culpándome por lo que sucedió o ya me odia, pero no me mira en ningún momento.

“Voy a revisar tus indicadores y en unos minutos estaré de vuelta”, señala. Asiente al verme y sale.

Tomo la mano derecha de Ana. Apoyo mis dedos sobre los suyos, con fuerza.

Entonces me ve. Por fin. Aparentemente acaba de darse cuenta de que estoy aquí, lo que aparentemente la relaja un poco.

“Buscaremos otra manera de hacerlo. Te lo juro”, le digo. “Puedes contar con ella. Aunque se me vaya la vida en ello, te quedarás con la casa. Si...”.

Comienza a llorar otra vez y su cara se llena de tristeza. “No estoy tan segura como tú”, susurra

después. Parece que está convencida de que ya perdió La Estancia. “Creo que ya...”, dice, y siento que le cuesta expresar lo que siente. “Es hora de olvidarla. Continuar. Dejar esa casa atrás”.

“Eso no tiene que suceder”, le digo. “¿Dónde está esa Ana que conocí? ¿La que lucha por lo que quiere? Muéstramela. Quiero decirle que hay otro modo de recuperar ese hogar, y voy a enfocarme en él. Puedes contar con eso. Ten paciencia. Mi padre decía que cuando un tren no te lleva a tu destino, puedes tomar un barco”. Seco su llanto y empiezo a prometerme a mí mismo que lo haré, sin decirle nada. Aunque me cueste todo el dinero que tengo en el banco, compraré ese hogar. Se lo merece.

El médico está de vuelta. Sonríe, y creo que los resultados de los exámenes le parecieron fenomenales. Ana abre su boca, pero no puede hablar.

También sonrío por su llegada. Ana es la persona más importante para mí. Mi presente no tendría sentido si ella sale de él.

“Creo que todo está perfecto”, cuenta, y luego vuelve a sonreír. “Tanto Ana como el niño están sanos”, dice, y el silencio se esparce en la habitación.

Abro ampliamente mis ojos y espero que el doctor Patrocinio ofrezca más información. Nadie dice ni una palabra. Me cuesta pensar en lo que sucede. De hecho, mis pensamientos están colapsados.

“No tengo... no espero... no estoy en estado. No hay ‘niño’. He estado tomando píldoras”, exclama. “Creo que se equivocó de paciente”, indica Ana. Intenta reír, pero el eco que viene de su garganta se oye muy forzado.

“Hay bebés que son tercos, y se gestan a pesar de que te protejas”, responde el médico, y junta sus manos. “Debes tener unas cuatro o cinco semanas de embarazo. Supongo que olvidaste tomarla un día o vomitaste luego de tomar una”.

Nuestro matrimonio es una farsa. Pero ese niño... no lo es. Es completamente real, como todo lo que está diciendo el médico. Él continúa con la explicación, pero no puedo escuchar nada de lo que dice. Es como si alguien hubiera apagado mi cerebro. Esto no es posible. Simplemente no lo es. Ella no debería estar en estado.

Cuando vuelvo a la Tierra, Ana está diciendo algunas cosas, o intentando hacerlo. “Doctor, estuve... Esto no puede ser verdad. Él y yo solo estamos...”.

“Entiendo su sorpresa. Creo que sería buena idea que converse con Antonio sobre lo que planea hacer. Como es posible que él o usted, o ambos, quieran tener el bebé, podré darle los datos de contacto de algunos colegas de ginecología que podrían recibirla”.

“Estupendo”, respondo.

Estoy allí, pero mi mente no pudiera procesar nada. El doctor busca las tarjetas de sus colegas y las pone en mi bolsillo. Asiento, pero no puedo decir nada.

“De acuerdo. Espero que les vaya muy bien”, afirma el médico, rompiendo el silencio que hay en el ambiente.

El silencio vuelve a cargar el ambiente, y creo que será difícil que vuelva a decir algo. Ana se levanta con mi ayuda. Salimos del consultorio y vamos a mi auto.

Aparentemente no ha asimilado nada de lo que sucede. Cuando entra al auto, ve por la ventana en silencio.

Lo sé. Es como si un tren a toda velocidad nos hubiera arrollado sin avisar. Por eso, entiendo exactamente lo que pasa por su mente.

“Antonio, sé que es difícil de creer, pero estoy tan impresionada como tú por esto. No tenía idea”, confiesa unos minutos después. “Te lo juro. No sabía nada de esto”.

Entonces me doy cuenta: quiero ser padre. Tanto o más de lo que ella quiere conservar La Estancia. “Lo sé. Puedo verlo en tu cara”, le digo, y mi voz le demuestra el dolor que siento por lo que pueda pasar. ¿Qué otra cosa puedo decirle? No lo sé. De hecho, tampoco sé si quiere tener al niño. A su niño. A nuestro niño. Nuestro.

“Te lo habría contado de inmediato. Me crees, ¿cierto?”, pregunta. “Sabes que no escondería algo como esto”, dice, con tono airado.

“Totalmente”.

“Estupendo. Ahora quiero ir a casa”, me indica. “Debo recostarme. ¿Y tú?”.

Entonces enciendo el auto. “También lo necesito”, digo, y asiento.

Un angelito iluminará nuestras vidas. La abrupta imagen de un bebé llega a mis pensamientos. Habrá una pequeña criatura en nuestra casa. Ya no seremos dos personas.

CAPÍTULO 33

ANTONIO

“Necesito que me lo cuentes otra vez”, dice Darío Herrera, por tercera vez.

“De acuerdo. Bienes Raíces La Red va a comprar La Estancia, pero será una compra falsa. Una vez que la compres vas a cedérmela, pero no debes contarle a ella o sus socios, bajo ninguna circunstancia, que solo lo harás para dármela”, le digo. Para ejecutar ese plan no hace falta ser extremadamente inteligente, pero se lo explico una vez más. De todos modos, no me importa hacerlo varias veces. Sé que debemos actuar con cuidado para lograr el objetivo, así que explicaré las veces que sea necesario.

“Bien. Cuando lo haya hecho y tenga los documentos de la propiedad listos, te informaré de inmediato, ¿de acuerdo?”, pregunta.

“Excelente”, respondo.

“¿De verdad quieres hacerlo? Podrías buscar otro modo menos laberíntico de obtener tu dinero”, dice, y me ve fijamente.

“No me hace falta nada más”, digo, con mucha firmeza. “Si logras que te venda la casa, podrás contar conmigo por el resto de tu vida. Cuenta con mi palabra”.

Sus hombros están cada vez más relajados. Bienes Raíces La Red, la empresa de su familia, volverá a sus manos, después de estar al borde del abismo. También veo que su rostro se llena con una sonrisa. Aún está contento por la oferta que le hice, pero ahora está feliz por lo que estoy diciendo.

Cuando me ayude a recuperar otra propiedad, también familiar, será el fin de este infierno que hemos vivido por culpa de Cristina.

Entonces se levanta y estrecha mi mano. “De acuerdo. Como te dije, te informaré los términos cuando los documentos de la casa estén listos”, me recuerda.

“Me alegra escuchar eso”, digo, y lo saludo con fuerza.

“Pronto tendrás noticias de mí”, asegura, y sale de mi oficina.

He estado muy ocupado en la oficina, pero aún debo concretar este negocio para que La Estancia vuelva a manos de Ana y se quede en ellas por el resto de su vida. Me siento y exhalo profundamente cuando Darío abandona la sala.

No sé si Ana quiera ser madre. Tampoco quiero presionarla, aunque entiendo que eso no hará falta en ningún momento. Sé que puedo confiar en ella como lo he hecho hasta ahora. No es una asesina de niños. Tampoco matará todo lo que ha pasado entre nosotros. Este niño es un símbolo de todo lo que hemos vivido y de cómo hemos salido adelante, a pesar de tener todo en contra. Repaso todo lo que ha sucedido desde que me casé con ella. La posibilidad de tener un hijo jamás pasó por mi mente. Cuando el doctor me dijo lo que sucedía, creí que sentiría pánico pronto, pero no fue así. Y ahora tampoco lo es. Quiero tener un hijo y asumir el compromiso de criarlo.

Pero Ana aún está asimilando la tonelada de cosas que ocurren en su vida, así que, A pesar de tener esa certeza, no he tenido la oportunidad de decírselo.

Siento que todo lo que ocurre es parte del destino. Contrajimos nupcias, y en poco tiempo salió en estado. Es lo que sucede con todas las parejas... aunque nuestro inicio haya sido muy distinto.

Pero así pasaron las cosas. Y me alegra mucho. Me encanta estar con Ana, y cuando no estoy a su lado, ya quiero volver a casa para abrazarla y sonreír. No sé qué habría pasado si hubiéramos empezado del mismo modo en el que comienzan todos los novios, pero sí tengo la seguridad de que haber estado con ella esta semana me ha hecho sentir feliz. Me siento pleno. Y punto. Tal vez hablo como un hombre exageradamente romántico. Además, sé que me hubiera quedado en shock si alguien me hubiera dicho que me casaría y luego sería padre.

No le he contado que reflaté La Red sin necesidad de matarla antes, aunque sé que en poco tiempo se lo diré. Y una vez que se lo diga, le confesaré que estar con ella fue lo que me movió a hacerlo.

Mi celular suena constantemente, pero Darío no me llama. Al menos no por el momento. Sé que cuando lo haga, será para informarme que compró La Estancia y firmó los papeles. Y Cristina no se enterará en ningún momento de lo que sucedió. Me concentro en los correos que debo responder y las previsiones de ganancias que me envían los gerentes.

Ha sido la propiedad de su familia por siglos. Su voz se emociona cada vez que menciona los caballos del lugar o las travesuras de niña que hizo en su infancia. Sé que solo quiere regresar y sentirse en casa nuevamente. Por eso, tengo algo muy claro: para persuadir a Ana de que nos mudemos y tengamos un hogar real, seguramente dirá que quiere quedarse en el lugar en el que ha pasado toda su vida.

El celular suena una vez más. Es Darío. “¿La compraste?”, le pregunto.

Empiezo a pensar que no la compró. Que Cristina descubrió mi plan, no le vendió La Estancia, a pesar de que mi propuesta incluía más dinero que el resto, y se quedará con ella. Hace una pausa. Los segundos se convierten en horas.

“¡Sí!”, dice con alegría.

“¿Tienes los documentos?”, le pregunto, mientras mi corazón empieza a latir con fuerza. Mi mente se llena de confeti y aplausos. ¡Es increíble! De verdad lo hizo.

“Así es”, responde. “Los llevaré a tu oficina cuando tenga tiempo. Entonces todo quedará en tus manos”.

“Te lo agradezco mucho, Darío”, respondo. “Esta casa y lo que has hecho por mí significan mucho para mí... y para mi familia”.

“Y lo que tú has hecho por mí significa mucho para mí y mi familia”, dice con honestidad, repitiendo mi frase. “Salvaste a nuestra empresa. No nos alcanzará la vida para agradecerte”.

“No tienes que agradecerme ni pagarme nada”, contesto. “¿Cuándo vendrás a mi oficina?”.

“Podría ser en unos treinta minutos”.

“Te espero”, le respondo. “Llamaré a mi equipo de mis abogados para que revisemos los documentos y firmemos lo que haga falta”, le digo.

Antes no habría dado tanto dinero, sabiendo que una propiedad como esa no valía tanto dinero, pero ahora, con la compañía de Ana, estoy dispuesto a dar todos los billetes que sean necesarios para que ella se sienta feliz. Cuando termino la llamada, comienzo a gritar. Me subo en la mesa para bailar. Aún me cuesta creer que el plan funcionó, aunque tuve que invertir una gran suma. Pero eso no me importa. Lo que me importa es que Cristina no se enteró que soy el verdadero comprador de la casa.

Siento que el mundo gira más de prisa. Pero cuando se detiene, una posibilidad se fija entre mis pensamientos. Sé que no saldrá de allí, porque no suelo dejar de pensar en algo que quiero hasta que lo logro. Y lo que quiero lograr es mudarme a La Estancia con Ana para que nuestro bebé crezca allí. Unos minutos después, Darío llega a mi oficina. Me saluda y comenzamos a revisar los documentos. Quiero que todo esté en orden.

Una vez que he firmado todo, voy al auto y vuelvo a casa. Ana seguramente cree que no he querido llamarla, pues he pasado varias horas en la oficina, sin comunicación con el exterior, aunque solo he usado el tiempo para firmar los documentos de La Estancia. Cuando lo sepa...

Siento una profunda ansiedad al pensar en convertir la ilusión de tener un hogar con Ana, y que nuestro hijo crezca con nuestra protección y cuidados, en una realidad. Mierda. ¡Cuánta emoción! Es una mezcla de nerviosismo con felicidad, pero, sobre todo, felicidad.

CAPÍTULO 34

ANTONIO

Quiero llegar pronto a la biblioteca. Ana está ahí. Estoy seguro. Es su refugio cuando se siente nerviosa o agitada. Suele leer para calmarse, lo que ha estado haciendo casi todos los días de la semana. Y la anterior. Acelero mis pasos al llegar a la sala de estar.

He entrado en varias ocasiones en silencio y la he visto, ya dormida, con la lámpara encendida y un libro en su pecho. Entonces la pongo en mis brazos, cautelosamente para no despertarla, y la subo a nuestro dormitorio. He repetido el proceso en cuatro ocasiones durante esta semana. Cada vez que la tomo, apoya su cabeza en mi hombro. Parece que... me quiere, pero evita demostrarlo.

“Ana, ¿estás aquí?”, pregunto, y paso a la biblioteca.

. Sé que suele vestirse bien y mostrar el cuidado que tiene con su apariencia, pero eso ha cambiado por estos días. Se siente débil y ha olvidado lo que significa la moda para ella. Está sentada en un rincón, en uno de los sofás del gran espacio. Usa ropa de dormir y unas pantuflas. Además, no está maquillada. Y su cabello está recogido con dos lazos. Se ve muy cansada.

“Aquí estoy, Antonio”, dice, y apenas la oigo.

“Creo que debemos hablar”, digo. Avanzo para sentarme a su lado. Pongo el maletín con los documentos de La Estancia cerca de sus rodillas.

Asiente y suspira. “Lo sé. También lo creo”, admite en voz baja, y ve la lámpara. “Dilo de una vez”.

“¿Qué crees que voy a decir?”, le pregunto, y frunzo mi ceño.

“Antonio, Entiendo que no quieres continuar con esta cagada”, dice. “Que no quieres pasar por nada de esto”, comenta, y queda en evidencia el dolor que siente. Es tan intenso que se niega a verme. “Entiendo que ser padre no estaba en tus planes. Tampoco planificaste estar a mi lado tanto tiempo. Tu intención era adueñarte de las acciones y la mía era comprar la casa. Pero sucedió todo esto”.

Estoy impresionado. “Es absurdo que pienses que vine a decirte que no quiero seguir con lo nuestro”, le digo.

“Podré ser una madre soltera. He hecho muchas cosas en mi vida, así que también podré encargarme de un bebé”, dice. Asiente y baja su cara. “No hace falta que digas más mentiras. Es hora de acabar con esta farsa”, responde. Luego lleva sus manos a su vientre.

“No pienses eso, cariño. Solo oye lo que vine a decir. Estoy aquí por otra razón”, respondo. Acaricio su cara y subo su mandíbula para que me vea.

Me ve con extrañeza, como si pensara que estoy jugando con ella. “¿Me dirás cuál es esa razón?”, pregunta, y sostiene su mirada. Escucho su respiración acelerada. Hay una pizca de ilusión en su mirada, aunque rápidamente desaparece.

Bajo mi cara y abro el maletín. Entonces hago una pausa y extraigo los documentos de la casa. “Es

esta”, susurro, y le doy las carpetas con los papeles. Tiene mucho miedo. Mi pecho se encoge de tristeza por su reacción.

Toma las carpetas y empieza a leer la primera página. En unos segundos se da cuenta de lo que sucede. “Son los documentos...”, dice, pero no puede seguir. Abre sus ojos ampliamente y me ve como si estuviera descubriendo todo.

“De propiedad de tu casa, la herencia que siempre has debido tener”, digo, completando su frase. “Además, están los documentos de las hectáreas que la circundan y el terreno en el que está construida La Estancia. Está todo allí, Ana. La compré para ti”.

Sus ojos se fijan en mi cara por largo rato.

“¿Qué hiciste para comprarla?”, me pregunta. “¿Cometiste un delito o algo así? ¿Le pagaste a alguien?”. Veo su rostro, pero no entiendo lo que pasa por él. No sé si Ana está feliz, desanimada o asombrada por lo que está sucediendo. Tomo su cara con mis manos y ella la deja caer en mis palmas.

“No. Los papeles están en regla”, le cuento. “Empecé a trabajar de cerca con una empresa llamada Bienes Raíces La Red. Estaban en problemas. Les di algunas recomendaciones para que volvieran a tener números positivos. El dueño compró La Estancia y entonces la compré. Es mía, Ana. Nuestra”.

“¿Qué quieres decir? ¿Cómo es eso de ‘nuestra’? Ya tienes las acciones”, dice y, reclina su espalda. Después hace un silencio abismal mientras retoma la lectura de los papeles. Al terminar, compruebo la expresión de extrañeza en su rostro.

“Nuestra, porque me gustaría que nos mudemos. Que vivamos juntos”, le digo. “Que nuestro hijo nazca y lo criemos en ese lugar. Obviamente, tendrías que estar de acuerdo”, le digo. ¿Por qué duda de mí después de todo lo que hemos vivido? No lo sé, pero voy a continuar explicándole todo para que se calme.

“¿Es tan maravilloso que no puedo creerlo! Creí que no querrías tenerlo. Estuvimos en ese consultorio y el médico dijo lo de mi embarazo, y entonces pensé que te irías para no responsabilizarte del niño ni saber nada más de mí”, exclama. “Un momento. ¿Estás hablando en serio o no?”, me pregunta.

“Sí. Y reconozco que tuve miedo”, contesto, asintiendo. “Pero un miedo agradable. Ahora, quiero asumir este compromiso. Es el más importante que he tenido en mi vida. Este bebé. Tú. Ahora son los seres más importantes para mí. Honestamente, tu presencia en mi vida me ha permitido darme cuenta de que tenía que cambiar. Y lo hice. Ahora siento que soy un hombre que, en lugar de huir, da la cara y asume adecuadamente los compromisos que se le presentan”.

“Cielos, Antonio. ¿Estoy soñando o esto de verdad está pasando? Si es solo un sueño, tendrás que despertarme para...”.

“Calma”, le pido. Toco sus manos y las pongo otra vez sobre su vientre. Veo que empieza a llorar otra vez, y seco su llanto con mis dedos.

Sigue llorando y baja su cara. “¿Pasa algo?”.

“Es solo que todo esto es tan hermoso. No habría imaginado que sucedería”, afirma. “Pero, de

verdad, no pasa nada”, dice, en voz baja.

“Supongo que lo único que imaginaste fue que te dejaría, a pesar de lo que ha pasado”, respondo.

Suspira. “Me di cuenta de que... me gustaba estar contigo, pero no sabía si tú también lo disfrutaba o sentías algo poderoso por mí. Lo único que podía hacer era preguntarme si estaba sola en cuanto a esos sentimientos, o si estaba dejándome llevar una vez más por la ilusión”. Ve a los lados y niega con su cara. “Entiende, Antonio. Sentí pánico. Supuse que tal vez te quedarías, pero no quería ilusionarme. Siempre que lo hago, después tengo que enfrentarme a una gran decepción. Ha sido así toda mi vida. Siempre tuve que encarar la pérdida de las cosas que más deseaba conservar”, dice.

Me di cuenta de que estaba caminando hacia un punto sentimental en el que aceptaba lo que me ocurría. Aceptaba que sentía un profundo, real e impresionante amor por Ana. “Ana, no estás sola en cuanto a eso. En absoluto”, le digo, con firmeza. “La verdad es que... te amo”, digo, y una vez que lo hago, me di cuenta de lo que sucedía: ya no había forma de volver atrás.

“¡Antonio, qué cosas dices!”, exclama. Abre sus ojos ampliamente y luego cubre su boca con su mano. Sus ojos empiezan a brillar y empieza a reír.

Entonces sonrío. “Lo que oíste. Ahora espero que tú también lo digas, como suelen hacer las parejas”, le digo.

“Antonio Vélez, también te amo. Mi amor por ti es tan profundo que ya no puedo vivir sin ti. Moriría si no estás a mi lado”, dice. Entonces deja de reír y toma mis manos. Me ve fijamente y el brillo de sus ojos me entenece.

Me acerco y le doy un beso suave en los labios. Recuerdo que un beso como ese inició nuestra relación. Un beso en los labios. Y ahora, frente a ella, me doy cuenta de que no puedo parar. “Será mejor que no lo hagas”, contesto.

Sé que yo no lo haré, porque amo sus sonrisas, sus ojos, las palabras que me dice, la manera en la que descubre lo que pienso, la forma en la que hace el amor. Amo todo de ella. Me inclino un poco más para ponerla sobre mis piernas. La abrazo con suavidad y exhalo para encontrarme con su aroma. ¡Cuánto amo a Ana! ¡Cuántas cosas quiero que hagamos! Ha sido así desde que la conocí, aunque solo lo reconozco frente a ella.

Y de ahora en adelante voy a reconocerlo siempre.

Separa sus muslos, de modo que puede sentarse encima de mi pene.

Siento que será como si estuviera descubriendo su cuerpo. Como si me encontrara por primera vez con sus aromas, con sus mágicos senos. Tomo la tela que cubre sus hombros y la dejo caer. No hay nada que cubra su vagina. Cómo disfruto ver su cuerpo sin ropa. Noto el rubor de sus mejillas, y me parece que siente algo de vergüenza, tal como ocurrió cuando estuvimos juntos la primera vez.

Ana hizo que me convirtiera en un hombre con el que cualquier mujer pensaría tener un bebé. O varios... Por eso sé que ella es mi vida. Lleva a nuestro hijo en su vientre. Además, es mi esposa. Y no es por conveniencia. Es porque la amo. Es la chica que me hizo cambiar para bien. Me ha hecho actuar mejor en mi trabajo, pensar en los demás, ser más solidario y gentil con la gente que me rodea y con quienes están en aprietos.

Pongo mis dedos en su vientre. Ya tengo un plan en mi cabeza. Quiero explorarla como no lo hecho hasta ahora. Llevo mis labios hacia su sien y luego llego a sus senos. Chupo uno de sus pezones. Siento el néctar de sus tetas en mi garganta. Es un cálido y agradable sabor, que luego llena mis entrañas.

Baja su cuerpo para tomar mi pene con ambas manos. Lo presiona a través de la tela de mis vaqueros. Con agilidad lo extrae y lo toca con suavidad. Luego lo acaricia nuevamente dos veces más. No creo que haga falta. Mi erección es tremenda. Después sube la mano izquierda para apoyarse en mi silla y usa la derecha para llevar mi tronco a su vagina.

Guía mis dedos a sus labios. Luego los inserta en su boca. Veo los movimientos sensuales que hace mientras empieza a jugar con mis dedos con su lengua húmeda. La sensación de placer es tan poderosa que cierro mis ojos y mis hombros se tensan. “Oh, mierda”, exclamo. Con mis manos me aferro a sus caderas y las acerco rápidamente a mi cuerpo. Es increíble lo bien que se siente. Puedo deleitarme con su suavidad, su humedad y su cuerpo tan sexy. Y es todo mío. Pongo mi mejilla en su cara y la toco delicadamente. El oro de su anillo se refleja en las paredes

Solo puedo pensar en la expresión ansiosa de sus ojos, en su lengua provocativa, en la forma en la que está demostrándome que yo soy la persona más importante de su vida y el resto del mundo no le importa. Sé que alguien podría descubrirnos, pero no me importa.

Mientras cierra sus ojos y gime, introduzco todo mi pene en su vagina.

Paso mis dedos por su cuello, toco sus pezones, acaricio su vientre y encuentro su clítoris. Empujo mis caderas rítmicamente, con lo que puedo entrar y salir un poco de su cuerpo. Cuando incremento ligeramente la rapidez de mis movimientos, Ana comienza a seguir mi ritmo y levanta un poco sus caderas. Entonces me doy cuenta de sus manos atrevidas.

Luego levanta su culo y se apoya con más fuerza sobre mi erección. “Cielos”, susurra, tomando todo mi pene.

Como fiera intrépida, sube el ritmo, el accionar de sus caderas, y siento que quiere saciar la sed que tiene. La tensión de sus músculos me indica que su orgasmo se aproxima. Lo que más anhelo en este momento es que se venga encima de mi pene. Tengo que ver su cara cuando lo haga. Rasga la piel detrás de mis hombros a medida que aumenta la fuerza de sus movimientos.

“¡Mierda!”, suelta, llevando su cara atrás mientras el clímax la arropa.

Deseo prolongar este instante y registrarlo en mi memoria. Conservar su cuerpo, las sensaciones que me brinda, la expresión de sus ojos en mis pensamientos, y que no salgan de allí nunca. Su vagina comprime mi pene. Al hacerlo, me hace pensar que también tendré un orgasmo, pero eso no sucede.

Sus senos rebotan frente a mi cara mientras se mueve para invitarme a venirme también, al tiempo que libera las últimas ondas de placer que sacuden su cuerpo. Tomo con fuerza sus nalgas para que sus caderas se mantengan sobre mí.

Finalmente, me vengo. Dejo salir mis líquidos, que al parecer han querido soltarse hace siglos. Exhalo y acerco su cara para que toque mi rostro. Beso sus labios y retomamos el aliento. Minutos después sonreímos. Estar con Ana ya no se trata solo de placer físico. Ahora se trata de compartir una verdadera intimidad. Una intimidad real, más humana. Una que implica sexo, pero también

compromiso, la idea de un futuro, el recuerdo de todo lo que nos ha pasado y los planes para nuestro porvenir.

Baja de mi regazo, se viste con la bata que tenía y cubre mi pecho con ella. Se sienta de nuevo sobre mí y sonrío una vez más.

Cada cosa que hace me encanta. La amo, y sé que nunca me aburriré, como le dije que pasaría. Qué equivocado estaba entonces. “¿Por qué sonrías?”, le pregunto, volviendo al presente mientras toco su mejilla. Me gustaría que no se reserve nada, que me diga todo lo que no me ha contado sobre su vida, que me cuente sus planes y me hable sobre lo que pasa por su mente.

“Porque recordé que ya eres mi esposo”, me dice. “Y me alegra recordarlo. Estamos juntos, lo que significa que no tendremos que sentirnos nerviosos si salgo en estado, otra vez, o cometemos algún error grave”.

“No creo que tener hijos sea algo que te ponga tan nerviosa”, respondo, y ella deja caer su cara en mi pecho.

“Ya nada me hace sentir nerviosa. Sé que puedo contar contigo”, señala. “Así que tienes razón”.

No pienso en lo que ocurre afuera. Solo puedo pensar en la alegría que siento al poder abrazar a mi esposa. Y a nuestro bebé. Exhalo, asiento y beso su cabellera. Entiendo lo que quiere decir. Yo también lo siento, porque lo único que quiero por los momentos es abrazarla, sentir su cuerpo y acercarme a mi hijo mientras la toco. Cierro los ojos, feliz, por lo que estamos viviendo.

CAPÍTULO 35

ANA

Daniela no luce convencida. “¿Crees que están bien?”, me pregunta.

Creo que no se refiere al tema de la renovación de mis votos, pues si pensara que no debo hacerlo, me lo habría planteado mucho antes. Eso lo tengo muy claro. Giro para verla. “¿De qué hablas?”, le pregunto, pensando que tal vez sí tenga dudas sobre la idea de renovar mis votos con Antonio. Lo amo y quiero hacerlo.

“De los zapatos que estoy usando”, me dice, y luego sonrío. “¿O creíste que me refería a tu futuro esposo y tus votos?”. Se fija en mi ropa y luego baja la mirada para contemplar mis zapatos. Yo, en tanto, me concentro en el espejo para ver su lindo vestido crema.

“No es mi futuro esposo. Somos marido y mujer hace tiempo”, le recuerdo.

Sonríe y asiente. “Entiendo, pero no hablo de eso y lo sabes”, indica. “Ahora va a ser tu esposo *real*. Ya no será una farsa”.

“Lo sé”, digo. Asiento mientras veo sus zapatos. “Y son estupendos. Son perfectos para ti, así que no te preocupes”.

“Lo dices porque todo lo que usas se ve estupendo en tu cuerpo”, responde.

Decidí hacer un diseño más clásico que el de mi primera boda, pero la sensación que tengo es más agradable. Ahora sí estoy casándome de verdad. Lo recuerdo cuando giro para ver mi atuendo en el gran espejo. Es el vestido de mi primer matrimonio, pero con algunos cambios. Y me encanta el resultado. Usé tela adicional por mi embarazo. El cuello está rematado con tonos suaves. Además, usé accesorios de tela azul clara para destacar el tono de mi piel.

No quería volver a sentir la ansiedad que había vivido cuando me habían llamado de Palmeras. Una ansiedad tal, que me había llevado a dudar de Antonio. Por eso no había hecho un diseño en varias semanas. Tras el episodio con Hernán, me había inhibido de realizar más bocetos. Antonio insistía en que lo hiciera, pero no podía. Estaba segura de que pasaría por una situación similar.

“Ana, eres muy talentosa. Tienes que enfocarte en ello y demostrarle a la gente que puedes diseñar trajes espectaculares”, dijo. “Tienes que olvidar lo que pasó con ese pendejo. Debes continuar con tus sueños”, dijo, en innumerables ocasiones.

“Pero ¿cómo lo haré? Es imposible”, le dije, viendo hacia los lados. “Seré madre y...”.

“Tienes que volver a diseñar”, reiteró. “Cuando seas madre, querrás ser un ejemplo para nuestro hijo. Demostrarle que las mujeres son capaces de hacer muchas cosas, aun cuando tengan responsabilidades en casa. Querrás mantener tu espíritu emprendedor”.

“¿Cómo lo hago otra vez?”.

“No olvides el objetivo que te planteaste: que sujetos como Hernán no vuelvan a tocar a chicas jóvenes con ilusiones de empezar en el mundo del diseño”, me recordó. “Luego, solo... comienza”, dijo.

Muchos otros diseñadores actuaban del mismo modo que Hernán... o peor. Hice una búsqueda en internet que me hizo darme cuenta de que incontables chicas habían vivido episodios como el que había tenido en Palmeras. Y me di cuenta de que él no era el único. Sentí asco, y quise hacer algo para que todo cambiara para las mujeres, pero simplemente no sabía por dónde empezar. “No lo he olvidado”, dije, de todos modos.

“Solo ponte manos a la obra. Deja que tus diseños te abran el camino, ¿de acuerdo?”, me preguntó. “Cuentas con tus destrezas, tus contactos y nuestro dinero”, aseguró.

“Solo lo dices porque...”.

“Porque estoy convencida de que lo lograrás”, dijo, completando mi frase. “No podría poner dinero en alguien en quien no confío ni creo”.

“¿Entonces soy tu esposa porque quieres ‘poner dinero’ en mí?”, le pregunté, con tono de broma.

“No es así”, dijo, y sonrió. “De todos modos, espero que me devuelvas ese dinero, con los intereses, de algún modo...”.

No recuerdo lo que pasó después. Solo sé que empezamos a hacer algo que no tenía nada que ver con los diseños de los que hablábamos. De todos modos, el hecho de que Antonio dijera eso me hizo convencerme de que tenía que avanzar.

Entonces volví a hacer algunos diseños. Hay dos asistentes que recorren las tiendas de ropa para ofrecer mis trajes. Aún no han convencido a ningún propietario, pero sé que ese momento llegará. Tal vez tarde, pero llegará. Luego indagué sobre otras cosas que necesitaría para iniciar mi empresa. Entendí que sería muy arriesgado, que implicaría mucho dinero, y que no tenía la habilidad que se necesitaba para ser la directora de una compañía, pero igualmente tenía que intentarlo. La idea era crear una empresa modesta. Hice los trámites para registrarla. Antonio estuvo a mi lado mientras hacía todos los trámites y aportó el capital inicial.

“¿Ya estás preparada? Me refiero a... la renovación de los votos”, dice Daniela.

“Pues eso creo”, le digo. “Solo me gustaría que me dijeras que no parezco un barril con esta ropa”, respondo. Suspiro mientras toco mi vientre. Luzco enorme debido a mi embarazo. Siento que me veo bien, aunque no sé si el resto de la gente piense lo mismo.

Daniela frunce su ceño de inmediato. “¿Qué rayos dices?”, pregunta, con fuerza. “Luces estupenda. No te habías visto tan bien jamás. Sé que él pensará lo mismo”.

Si no fuese por ella, ya me habría desmayado por mi nerviosismo. Sonrío y vuelvo a verme en el espejo.

Natalia me ha contagiado su ansiedad. No ha parado de agitarse desde que supo que estoy embarazada y que me casaría otra vez. Pero está bien. Sé que nuestra familia está creciendo después de todo lo que pasó. Es normal que esté tan exaltada. Entra sin tocar, y se queda sin aire. Parece que está más nerviosa que yo, y que sí va a desmayarse.

“Creo que debes salir”, dice, asintiendo y sonriendo. “Es el momento para que lo hagas. Hay mucha gente afuera. Y todos quieren verte...”.

Antes no pensaba en lo que pudiera salir mal, pues no había nada de su familia en la ceremonia. Ahora puedo resbalarme, caer o decir alguna grosería sin querer. Y eso me genera muchísimo

miedo. “Lo sé. Parece que no puedo usar ninguna otra excusa para seguir en este lugar”, digo, forzando una sonrisa. Quiero mostrar alegría, pero lo único que hago es aumentar mi ansiedad. Sí, siento mucha alegría. Voy a renovar mis votos con Antonio. Sé que ya estamos casados, pero a partir de ahora será un verdadero matrimonio. Uno real.

“Así es. Ya no tienes razones”, responde Natalia. “Iremos juntas. Toma mi mano”, dice, y extiende su brazo.

“Puedes tomar la mía también”, dice Daniela, extendiendo su brazo también.

“Quédense tranquilas, madrinas”, les digo, y río. “Podré ir con ambas. Iremos los cuatro”, les digo, y señalo a mi vientre.

“Tal vez sean cinco, dentro de poco”, dice Natalia, y sonrío. “Espero que no olvides que estoy aquí. ¡Cuántas ganas tengo de conocer Mongolia! Envíame fotos mientras estés de luna de miel. Toma en todos los lugares que puedes”.

“Bueno, creo que deberías ir cuando puedas”, le indico. “La pasarías muy bien”.

“¡Tres chicas en Mongolia!”, exclama Daniela.

Sonríó con su ocurrencia. “Muy bien. Basta de juegos”, les digo. “Vamos”. Me alegra contar con ambas. Si no fuese por ellas, la ansiedad me habría impedido renovar mis votos.

Abandonamos la habitación, con rumbo a la iglesia. Sé que Antonio ya está allí.

La idea de realizar una ceremonia eclesíástica fue suya. De hecho, hace semanas que esperaba que planteara algo así. Al unir nuestros destinos frente a Dios podremos olvidar el infierno que vivimos y avanzar. Los tres. Como la familia en la que ya nos hemos convertido. Le aseguré que solo quería estar con él, que una boda más no era importante para mí, pero dijo que para él sí lo era, pues representaba un nuevo inicio en nuestras vidas. Que pensara en ello me pareció muy lindo, por lo que decidí aceptar su propuesta.

Me dijo que debíamos casarnos antes de que eso sucediera, pues así sería menos complicado. Nos apuramos, pues el nacimiento del bebé está cerca.

Adicionalmente, deseo reafirmar la unión que ya tenemos y luego comprometernos con la crianza de nuestro bebé. Esperaremos que nazca para descubrir si es un niño o una niña. Queremos que la vida nos sorprenda, aunque mi intuición de madre me dice que será una niña. En todo caso, su nacimiento va a ocupar nuestro tiempo, por lo que no podremos preparar una ceremonia nupcial en un momento así.

Queríamos una ceremonia privada, íntima. Que todos se concentren solo en nuestra unión. Que puedan ser testigos privilegiados de nuestro amor, y demostrarles que valoramos sus presencias. Que son mucho más importantes que el dinero que cualquier medio nos ofrezca. Por esa razón, invitamos a todos los integrantes de la familia Vélez. Y vinieron. Les agrado a todos, afortunadamente. Antonio y yo estuvimos de acuerdo en que no debíamos hablarles de la forma en la que iniciamos nuestro matrimonio. Algunos periodistas lo contactaron para tomar las fotos de la boda, en exclusiva, pero nos negamos a hacerlo. Queríamos estar solo con personas queridas.

Para mí era impensable que alguien con la antigua personalidad de Antonio quisiera casarse, o que se fijara en mí como para convertirme en su esposa. Yo ni siquiera había tenido relaciones

sexuales cuando lo conocí. Él me mostró el placer que podía sentir, así como que el sexo no se trata solo de una penetración, sino de la intimidad que puedo compartir con la persona que amo. Con él. El hombre que amé, amo y seguiré amando. En ocasiones pienso que sigo soñando. Lo creo durante las noches, aunque al despertar me doy cuenta de que Antonio sí está conmigo.

Escucho la música que interpreta el pianista que contratamos y doy mi primer paso en dirección al altar. Hay algunas velas que me guían. Están en todos lados, pero solo puedo ver sus ojos.

Unos ojos que me demuestran que nunca ha amado a nadie como me ama a mí.

Le pido a Dios en silencio que mis padres puedan verme, y que se sientan orgullosos de lo que he logrado, del hombre que escogí para que fuese mi esposo y de que hayamos podido recuperar el hogar en el que nuestra familia ha vivido por cientos de años. La ansiedad que sentía desaparece.

Las frases que dijo mi padre antes de morir aún resuenan en mi mente. “Ana, hija adorada, te amo. Eres mi hija mayor. Has sido mi favorita desde que naciste. Organicé todo para que nadie ajeno a nuestra familia te perjudique ni te quite la casa”, recuerdo. He pensado mucho en la posibilidad de que papá le haya legado La Estancia a Cristina a propósito, sabiendo que había una rendija legal para que pudiera recuperarla si me casaba con Antonio.

Sí. Organizó todo. Ahora entiendo lo que pasó. Se dio cuenta de que Alexis recordaría las acciones de Antonio. Aunque no tenía motivos, le cedió esas acciones. De ese modo, me convertiría en la esposa de Antonio, la esposa real, y todo quedaría en nuestras manos.

Antonio me espera al fondo. Natalia y Daniela se quedan a mis espaldas. Sonrío y asiento. Él toma mi mano y sonrío también.

“¿Lista, mi amor?”, me pregunta.

Vuelvo a asentir. Estoy lista, pero la felicidad que siento me impide decir algo. “Muy bien. Empecemos”, dice nuestro sacerdote.

Entiendo que mi vida es perfecta. Que *nuestra* vida es perfecta. Presiona mis dedos y luego hago lo mismo. El sol de la mañana acaricia mis hombros y me hace sentir relajada.

Que nadie ajeno podrá hacerme daño. Y que tenemos un hogar.

EPÍLOGO

ANA

Seis años después

La luz de los primeros días del verano me informa que la tarde será estupenda. Me siento cerca de la lápida. El césped hace cosquillas en mis rodillas. Hay un gran silencio y siento paz. El cementerio en el que descansan mis padres y mis abuelos me relaja. Veo el horizonte y me encuentro con las pequeñas nubes que se acercan al sol.

“Mamá, vine a desearte un feliz cumpleaños”, digo en voz baja.

Muevo un poco mi cuerpo y me encuentro con la lápida de mi padre. El viento sube mis cabellos y sonrío. Soy consciente de que no es mi madre la que hace que el viento sople, pero creo que su corazón está allí, en el aire que acaricia mis mejillas. Sé que me ve desde el cielo, y que le alegra que haya podido honrar mi palabra.

Después de que nuestra hija Génesis cumpliera un año, entré en la oficina de papá para ordenar sus documentos. Entonces quedé impactada con lo que descubrí. Me había dejado una carta. La leí, y cada palabra quedó anclada en mis pensamientos para siempre.

Amada hija:

¡Supongo que no has olvidado que durante toda mi vida me comporté como un engreído, y eso no cambiará jamás! ¡Aunque esté muerto! Ahora, cuando puedas leer estas líneas, sabré que lo que planifiqué salió como esperaba. Y también sabrás que estoy en algún lugar del universo, riéndome a carcajadas por lo que hice.

De todos modos, ¿no crees que es el hombre ideal?

Me convencí de inmediato de que merecía estar contigo, pues tenía muy claro que siempre estaría a tu lado. Desde el principio tuve claro que Antonio era el hombre que debía estar en tu vida. Pero sé que los jóvenes son inmaduros y no tienen la paciencia suficiente para esperar que las relaciones se consoliden. Por eso quise que lo conocieras, aunque decidí que debía esperar para iniciar una relación contigo. Lo mantuve lejos mientras crecías. Y de haber seguido con vida, tendría que haber aguardado un par de años, pero ya ves que no pude evitarlo. La muerte es tan inevitable como los impuestos...

Ana, no olvides que estaré en cualquier lugar al que vayas, sin importar que esté lejos o cerca. Continuaré siendo tu padre y dándote todo el amor del mundo... ¿Qué más puedo escribirte? Solo que seguiré amándote, que estaré siempre cerca de ti, cuidando tus pasos, acariciando tus mejillas, como un ave aleteando cerca de ti en el campo.

Espero volver a verte, dentro de muchos, muchos años. No olvides nunca ser feliz. Lo mereces, mi amada.

Volteo y me encuentro con mi pequeña, Génesis. Corre para abrazarme. La mañana ilumina su pequeña nariz y hace que sus mejillas se llenen de amarillo. Veo que trae una pequeña flor. Abro mis manos para recibirla. Suspiro y recuerdo el rostro de mi padre, pero los gritos de mi hija me

sacan de mis pensamientos.

“Esta rosa es para la abuela”, suelta, mientras sostiene la flor. La presiona con tanta fuerza que las hojas caen.

“Qué linda”, digo. Sonríó tímidamente.

“Felicidades, abuelita”, dice, con mucho respeto. Ve sobre mi hombro para encontrar el jarrón. Se acerca y ubica su rosa al lado de las flores que compré para mamá.

“¿Y tu padre?”, le pregunto después. Hago una pausa mientras espero su respuesta. Ella suele hablar y hablar sin parar, lo que me llena de alegría.

“Está preparando el almuerzo”.

“¿Llegaste acá sola?”.

“Vine por el camino más corto”, me cuenta. Encoge sus hombros, como si le restara importancia al asunto. Ese gesto trae a Antonio a mi cabeza. Él encoge sus hombros del mismo modo.

“¿El camino más corto en el bosque?”, le pregunto. Su frase me dejó en shock.

“Ese”, dice, con expresión de satisfacción.

“Anduviste sola por esa vía. Espero que no vuelvas a hacerlo”, le digo. Luego le muestro un semblante de molestia.

“Papi me dio permiso”.

“Entiendo. Creo que tu padre y yo tendremos que charlar sobre ese tema. No creo que...”, digo, pero me callo. El viento vuelve a mezclar mis cabellos. Entonces veo la cara de pureza de Génesis, y me doy cuenta de que no es el mejor momento ni el mejor lugar para reclamarle nada. Este es el lugar en el que mis familiares fallecidos reposan. “Gene... quisiera decirte algo. En el futuro, este lugar va a pertenecerte”, le cuento, y recorro con mi mano La Estancia.

“¿La casa? ¿El bosque?”, me pregunta. Después abre su boca, impresionada.

“Así es. Estoy hablando de todo el lugar”.

Niega con su cara. “¿Y Gerardo? Tal vez... no esté de acuerdo”.

Él heredará la casa de papi”.

“Vaya”, dice, con un gesto pensativo. “¿Papi tiene una casa más grande o más pequeña?”.

Más grande”.

Asiente y me ve fijamente. “Perfecto. A él le gusta dormir en la habitación más grande”.

“Así es. De todos modos, La Estancia ha sido nuestra casa hace mucho tiempo. Siempre la hereda una niña. Cuando llegue el momento, voy a dejártela para que vivas en ella”, le digo. Sonríó y tomo su mano.

“Qué bueno, mamá”, dice, y empieza a saltar y reír. “¿Regresamos a casa? Si no lo hacemos, Gerardo me dejará sin almuerzo”.

Me levanto lentamente. Vamos de la mano por el bosque para regresar a la casa. Usamos el camino corto para hacerlo. Los árboles nos cubren del sol hasta que retornamos a casa por la

entrada de nuestro comedor.

“Llegaron en el momento oportuno”, dice Antonio. Veo que está cocinando. Aún tiene un delantal. Ningún cocinero luce tan sexy con esa prenda de vestir como él. Nota que llegamos y sonrío ampliamente.

“Antonio, ¿le diste permiso a Gene para que caminara sola por el atajo?”

“Sí”.

“Pero solo tiene cinco”.

“¿Y? No pasa nada. Lo único grave que puede pasar es que un conejito lama sus zapatos”.

“Qué chiste tan malo. Podría caer, lastimarse o desmayarse”, le respondo. Frunzo mi ceño.

“Mi amor, como te lo he dicho en tantas ocasiones. Este es nuestro paraíso. No hay posibilidades de que algo así ocurra en el paraíso”, me recuerda. Apaga la cocina, sonrío y me abraza. El calor de sus manos me llena de inmediato.

“Peor te he dicho que...”.

No puedo hablar, pues besa mis labios con fuerza.

Se aleja y lo veo fijamente. “De todos modos me parece que no...”.

Me besa una vez más. Ahora su beso es más fogoso. Incluye la lengua. Mi piel se eriza. Empiezo a preguntarme qué rayos pasa conmigo. Mamá está de cumpleaños. El día es radiante y estoy rodeada por quienes más quiero. Además, el bosque es seguro. Génesis puede jugar allí tranquilamente, como lo hice tantas veces cuando era niña. O en mi adolescencia, con Natalia. No tengo que protegerla en exceso en ese sentido.

Abre sus ojos y ve mi cara. “Lo que ‘dices’ es verdad”, le digo, en voz baja, si bien me cuesta hablar.

“Eso era lo que quería oír”, dice, y sonrío. “Si no lo decías, hubiera tenido que darte otro beso... eso me recuerda algo: cuando desperté hoy no pude hacerlo”.

“Tranquilo. Esta noche podrás hacerlo varias veces”, le susurro.

“Cuenta con eso. Voy a besarte esta noche, y mañana, y pasado mañana”, dice, con tono atrevido.

“Se oye muy interesante”, digo, bajando más mi voz.

Su cara se llena de deseo. “Señora de Vélez, ¿quiere despertar ya la fiera que en mí?”

“Es posible, señor Antonio”.

“Sería bueno que paren esos besos y esas murmuraciones”, dice Génesis, tocando mi falda. Se nota que tiene hambre y está impaciente. Lleva su otra mano a su cintura, lo que me encanta.

Él se aleja de mí y ríe con fuerza. “En unos años un chico intentará acercarse a ti, pero no dejaré que lo haga. Iré a tu casa para evitarlo”.

“No pasarás. Dejaré las puertas cerradas”, contesta Génesis.

“En ese caso, tiraré esa puerta abajo”, suelta él.

Génesis ríe con fuerza. “¿Harás lo mismo del lobo malo del cuento?”.

“Exactamente”, dice Antonio, y asiente.

“¿Y Gerardo?”, pregunto.

“Aquí, en el baño. ¿Quieres venir a ver los misiles de caca que estoy lanzando en el inodoro?”, grita nuestro hijo desde el sanitario del fondo.

Veo a Antonio con extrañeza. “¿Esos misiles cuentan como algo malo en este edén?”.

Sube a Génesis y la gira con fuerza. “Huelen terrible, pero creo que no son algo tan malo”, dice, y asiente.

Comienzo a reír y me dirijo a la cocina. El humo inunda el comedor. Hay “misiles” en el baño, y el almuerzo que preparó Antonio se quemó, pero no me queda ninguna duda: estamos en el paraíso.

Fin



Gracias

¿Te gustaría compartir tu experiencia conmigo y otros lectores?

Quiero mejorar y tus comentarios son valiosos. Te agradeceré puedas tomar apenas 3 minutos de tu tiempo y dejar un **comentario de forma totalmente honesta en Amazon** sobre la novela que acabas de leer.

Muchas gracias por la confianza y espero sorprenderte en una nueva entrega.

Saluda atenta y calurosamente.